

Niamh Byrne

*Contigo
hasta el
infinito*

**CONTIGO HASTA
EL INFINITO**

NIAMH BYRNE

© De la imagen de cubierta: Fotolia

© Del diseño de cubierta: Olalla Pons García

Primera edición: febrero, 2019

Registrado en Safe Creative con el número 1902079879855

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del autor.

Puedes encontrarme en:

Facebook: @chei18

Twitter: @JuliaOrtega1996

Instagram: @juliaortega.niamhbbyrne

*A Raquel, quien me descubrió Escocia como territorio literario.
A todos mis lectores, en cualquier rincón del mundo.*

CONTENIDO

PORTADILLA

CRÉDITOS

DEDICATORIA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

AGRADECIMIENTOS

1

Lunes, 8 de junio

Dime, ¿qué ves tú en mi cocina?

Te diré lo que veo yo:

Dos botellas de vodka, dos de mojito, otras dos de ron y otro par de ginebra. Tres bolsas de doritos, tres de pipas tijuana, un tarro de helado de tarta de queso y otro de brownie de chocolate. ¡Divinísimos todos! Chokolatinas snickers: cinco. Chokolatinas twix: cinco. Chokolatinas mars: cinco. Todas en packs de oferta. Una bolsa de nubes de chocolate y otra de ositos de gominola. Las dos de un kilo y de lo más apetitosas.

¿Que si voy a montar un pic-nic de medianoche con la peña?

Pues no. Lamento desilusionarte; me lo voy a comer todo yo solita.

No, lo reconozco: no es una dieta muy saludable.

¿Y a quién le importa?

A mí no, desde luego.

Soy una feliz treintañera con la inmensa fortuna de un metabolismo rápido que todo lo quema; además soy ciclista. Si vives en Amsterdam solo tienes dos opciones: ir a pie o en bici. Yo prefiero la bici porque pedalear es sexy y se hacen amigos. O eso cuenta la vieja leyenda urbana. En realidad, yo pedaleo porque me ayuda a mantenerme en forma, ya que los fines de semana, cuando no trabajo, paso dieciséis horas seguidas delante de un ordenador. Duermo una media de cuatro al día, a veces incluso menos, y las otras cuatro que me quedan las gasto follando (cuando hay suerte) o zapeando en el sofá, o tomando copas en el Barrio Rojo.

¿Por qué tantas horas delante de una pantalla?

Soy adicta al chat. ¡Hala, ya lo he dicho!

Y claro, también a los dulces.

En cinco breves minutos guardo todas mis deliciosas compras y voy a

cambiarme. Todas las mañanas hago mi habitual circuito de bicicleta de dos horas antes de desayunar. Después paso por el súper y hago la compra diaria. Cuando vuelvo a casa me ducho, me cambio la ropa de deporte por el uniforme, picoteo algo y me largo pitando al trabajo.

Trabajo de diez a cuatro en una de las muchísimas franquicias de una cadena internacional de ropa llamada *Fashion's Victim*. Seis horas de pie, yendo de un lado a otro, a veces en caja, otras en probadores, y la mayor parte del tiempo en un oscuro y atestado almacén, lleno de polvo y con algún que otro habitante campando a sus anchas, en total libertad. Horas aguantando a todo tipo de gente, aunque lo que más abunda en cualquier momento del día son los grupitos de adolescentes histéricas revolviéndolo todo, mascando chicle sin parar, hablando hasta por los codos, y peleando a muerte por ropa que ni siquiera les cae bien.

Sí, vale, yo también he tenido quince años, y veinte.

Y sí, a mí, de vez en cuando, también me desesperaba no encontrar nada que me cayera más o menos bien.

Pero eso fue antes de la revolución cibernética.

No digo que cuando salga vaya hecha unos zorros, pero lo cierto es que hace ya mucho tiempo que la moda me importa menos que nada. Y, además, en los círculos en que me muevo apenas se tiene en cuenta cómo va una vestida.

De modo que, aparte del uniforme que utilizo en el curro, poca ropa tengo en el armario. Ni sigo las tendencias ni me preocupo por combinar debidamente los colores de mi vestimenta. Algunas compañeras critican mi actitud despreocupada, otras me aplauden y casi me envidian.

«La moda puede llegar a ser una enfermedad —dicen—, ¡bienaventurada tú, que eres inmune!»

No soy inmune, no nací con esa actitud; la he ido desarrollando a lo largo de los años, y puede que trabajar todo el santo día rodeada de trapos los haya vuelto invisibles a mis ojos.

Sea como fuere, mi vida, la vida que yo quiero vivir la hago en pijama y zapatillas. Y en verano, desnuda y descalza.

Pocas cosas son mejores que ir por el mundo sin ataduras.

Cuando llega junio todo me sobra.

Y como no tengo complejos, ni nadie a mi lado que me dé la brasa, paseo por mi minúsculo piso de soltera empedernida como mi madre me trajo al mundo. Que por algo vivo libre y sola. La compañía la busco cuando la quiero o la necesito, pero no soporto que nadie me imponga su presencia.

Y además, soy un pelín agorafóbica.

Todas mis relaciones actuales son a través del chat.

Todas mis relaciones serias.

Te he hablado de ir de copas al Barrio Rojo. Pero voy sola, no buscando guerra ni sexo rápido, sino alguien nuevo con quien disfrutar de una charla estimulante. Algo que a cada día que pasa es más y más difícil, como un reto a conquistar.

Tampoco es que no me interese el sexo, que me interesa y mucho, pero no soy muy partidaria del «aquí te pillo, aquí te mato».

Mi madre te diría que, en el fondo, soy una tontorróna romántica.

Que a pesar de mis pintas astrosas y mi aspecto de paso-de-todo, me pierde el corazón; que cuando me enamoro no razono.

Y soy asquerosamente enamoradiza.

Gigi también te lo diría.

Pronto te hablaré de Gigi (léase Georgia), pero lo haré con unos mojitos entre pecho y espalda, porque el tema de mi «novia virtual» requiere mucha valentía y eso solo lo consigo con un par de copas de más.

Y ahora no puedo emborracharme porque ya llego tarde al trabajo.

No me controlan mucho, pero mi organizada cabeza escocesa me obliga a ser buena empleada, llegar puntual, no andar mirando el reloj cada quince minutos y dejarme de tonterías, que ya son bastante tontas las adolescentes que nos dan de comer.

Además, se supone que Frances es Cara De Palo: siempre seria y con el aire de matrona de las viejas institutrices victorianas. Yo sé muy bien lo que opinan mis compañeras de trabajo. Y si te digo que me la suda y me la refanfinfla, ni exagero ni me las doy de pasota. Es así, simplemente.

Y eso que, de vez en cuando, incluso bromeo con ellas, ya te digo, y ponemos a parir a los jefecillos: esos encargados con aires de sabelotodo, que no saben nada. Al Gran Jefe no le hemos visto ni una sola vez. Amanda es la más veterana, lleva quince años trabajando en la empresa y jura no haberlo visto nunca.

A veces fantaseamos con él.

Imaginamos a un Quasimodo holandés, horrible, contrahecho, que se avergüenza de salir a la luz. Vive en un despacho a oscuras, cual vampiro, y se pasa las horas muertas haciéndose pajas mientras mira fijamente películas porno en sus cuarenta pantallas de plasma tamaño familiar.

Y nos reímos.

Luego nos da por pensar que con las tonterías que se nos ocurren a la hora del almuerzo podríamos escribir una novela de baratillo, de esas eróticas-rollo-Grey que se venden como rosquillas... Vendemos tantas y tantas, que nos da para retirarnos y largarnos a las islas Caimán a vivir del cuento.

Y pensando esto me entra la risa floja, camino del trabajo.

Y recuerdo que, a veces, ni siquiera necesito emborracharme para ponerme a decir chorradas. Que me salen solas, automáticamente. Que si mis compañeras me vieran ahora y hurgaran en mi mente, el viejo mito de la «solterona amargada» se les desmoronaría en un visto y no visto.

Y no sé si me conviene que se desmorone.

Esa imagen tan cultivada, tan estudiada, me da respetabilidad, aleja los chismorreos maledicentes y me mantiene en un muy apetecible pedestal del que no quiero bajarme por nada del mundo.

Las chorradas, los chistes bobos y las ñoñerías me las reservo para el chat, gracias.

Allí libero toda la adrenalina que contengo en mi horario laboral.

Y contengo mucha, ya puedes imaginarlo.

Después de ocho horas y un centenar de clientas más cursis y estúpidas de lo que es recomendable para la salud (mental), llego a casa. Meto una pizza cuatro estaciones en el horno, saco una birra y conecto el Mac. Curioseo en mi muro de Facebook mientras la pizza se pone a punto y descubro siete solicitudes de amistad, todas de hombres que no me interesan para nada, y ocho mensajes (muy desesperados, me temo) de Gigi, que lleva dos años haciendo su tesis doctoral en la Universidad de Glasgow. Tesis que la pone histérica, paranoica y con ganas de chatear, aunque ella, tan finolis siempre, lo llama «procrastinar».

Al contrario que yo, Gigi sí tenía muy claro qué hacer después de acabar la etapa del instituto. A diferencia de mí, que siempre he tenido la mente un tanto dispersa, poca concentración y menos tenacidad, ella siempre ha querido ser historiadora. Sabe tan bien como yo que el medievalismo no tiene ningún futuro. Pero sus padres están forrados y puede permitirse hacer una carrera, un máster y un doctorado simplemente por «pasar el rato» y porque el saber no ocupa lugar, sobre todo en su casa solariega de Balmoral. Sí, esa que queda justo a doscientas millas del castillo donde veranea la reina Isabel de Inglaterra.

Georgia MacFarland —Gigi solo para mí— es hija única (no podía ser de otro modo) de una de las familias con más raigambre de toda Escocia. Sus

padres se dedican al mundillo de la publicidad, también por «pasar el rato»; tiene un tío diplomático, tan forrado como ellos, que viaja constantemente de una punta a otra del globo y cuenta historias interesantísimas a la hora del té con pastas. Aparte de esos excéntricos familiares, Georgia no tuvo más relaciones.

Nosotras nos conocimos en el instituto, y ni siquiera entonces tuvimos mucha relación aparte de un movimiento de cabeza amistoso cuando nos encontrábamos en la cafetería o la biblioteca. Porque Gigi es más bien tímida, un pelín cobarde, y vive demasiado pendiente de la opinión del vecino de al lado. De cualquiera, en realidad.

Como te digo, no fue en la adolescencia cuando empezamos a intimar, no. Entonces yo era la antítesis de lo que ella buscaba. En primer lugar, porque ella buscaba a un chico. Estaba convencida de querer a un chico. No a un chico concreto, simplemente estaba convencida de ser hetero, como todo el mundo esperaba de ella. No sabía nada de eso en aquellos tiempos, y tampoco me importaba un ardite porque ni siquiera era el tipo de persona que yo hubiera escogido como amiga.

Yo era Frankie La Rebelde Donahue, una chica que se tatuaba hasta sus partes íntimas, fumaba como un carretero, salía de noche, volvía a la hora del desayuno sin dar explicaciones, bebía siete cervezas al día y tomaba la píldora desde los trece años... Por lo que pudiera presentarse.

Sí, ya ves. En aquella época a mí también me hacían tilín los hombres de pelo en pecho.

Teníamos quince años, ¡joder! ¿Qué esperabas?

El pasado noviembre cumplí treinta. Sí, Treinta. Y ya llevo seis años viviendo en la coqueta y liberal Amsterdam; vine para hacer un máster y me quedé. Yo no quería estudiar en la universidad, pero mi madre se había pasado toda la vida limpiando la mierda ajena para que su niña tuviera un futuro mejor; yo podía ser muy rebelde, transgresora y todo lo que tú quieras, pero no iba a putear de ese modo a la madre que me parió.

Escogí la carrera de Derecho por aburrimiento y porque, a simple vista, parecía la más fácil de todas. Odiaba leer, así que estudiar literatura y esos rollos estaba descartado de antemano. No me fascinaban las leyes, pero cuando me aburría mucho, mucho, y me desesperaba hasta el punto de mandarlo todo a tomar por culo, recordaba que lo hacía por mi madre. *Quid pro quo*. Un sacrificio a cambio de otro. Y seguía empollando. ¡Qué remedio!

Saqué la carrera con notas pasables, sin despeinarme mucho ni recurrir a

las anfetaminas para mantenerme despierta y espabilada. Salía los fines de semana y ligaba un poco, casi sin querer, y ni siquiera me gustaba demasiado, la verdad. Pero yo tenía una reputación de chica dura que mantener, no podía tirarla por la borda quedándome en casa, viendo culebrones, y despellejándome los codos empollando.

Así que, de tanto en tanto, jugaba a la mujer fatal y permitía que me comieran los morros y me magrearan un poco las tetas. Nadie se ha muerto de eso.

Pero cada día me gustaba menos aquel juego y eso tenía que significar algo.

No hubo un momento exacto en el que descubriera que me tiraban más las mujeres que los hombres, ni Gigi tuvo nada que ver en ello; de hecho, nos separamos siendo ambas furiosamente heteros, y durante mi primer año en Holanda estuve saliendo con dos tíos a la vez; no nos montábamos tríos ni nada de eso, me limité a alternarlos.

Los días pares salía con Björn y los impares los pasaba con Jan.

Y tan ricamente porque tanto uno como otro sabían cómo satisfacerme. En la cama y fuera de ella. Ambos estaban de rechupete, y ambos eran la clase de hombre con quien valía la pena pensar en un futuro en pareja.

Solo que, después de haber visto el panorama casero, a mí me quedaban muy pocas ganas de emparejarme de por vida con un hombre.

Cualquier loquero vendría y te diría que toda la culpa la tenía mi padre.

Y no le faltaría razón ni seré yo quien diga lo contrario.

Mientras mi madre se mataba a trabajar dieciocho horas al día, limpiando en distintas casas, mi padre se gastaba el poco dinero que ganaba como estibador del puerto de Glasgow en las máquinas tragaperras y las timbas ilegales de póquer, donde el mejor día perdía todo su sueldo, y el peor acababa en el hospital con la cara hecha un mapa.

Tengo un hermano mayor, aunque apenas hablo con él. Ethan es boxeador, otro al que le gusta que le muelan a golpes. Se largó de casa cuando yo tenía diez años y desde entonces solo lo veo una vez al año, en Navidad, porque mi madre se empeña tercamente en una ficción de felicidad-navideña-hogareña, con todos alrededor de la mesa como otra familia cualquiera.

A mí esa ficción nunca me ha gustado porque no soy el tipo de persona propensa al escapismo. Pero, por ver sonreír a mi madre, me mordía la lengua, me hacía la tonta y jugaba a «la buena hija» y «la buena hermana», aunque también de buena gana los hubiera matado a los dos por cafres y egoístas.

Si te suelto todo mi rollo familiar ahora es porque quiero que entiendas que, en el fondo, lo único que quiero es amor, dulce amor; la única cosa en el mundo de la que hay demasiado poco. Pero si me acusas de moñas en público, lo negaré todo. Te lo aviso. Ya te he dicho que tengo una reputación que mantener. La tenía en Escocia y la tengo también aquí.

¿Cómo volvimos a contactar Gigi y yo?

La pregunta del millón.

¿Sabes eso de que los polos opuestos se atraen incluso a pesar de sí mismos?

Aunque Gigi no lo supiera entonces, yo era lo que ella más quería.

No lo hubiera reconocido ni muerta porque los McFarland nunca tuvieron a una bollera en sus filas, ni un gay ni, ya puestos, a nadie de vida desordenada.

Porque ellos eran muy tradicionales, en el sentido más rancio del término.

Georgia era la «pobre niña rica» en el instituto, y más tarde en su facultad.

Cuando contactamos por el chat, ella estaba terriblemente sola. Y muy sola debía de estar para buscar mi compañía, ¡mi compañía!

¡Pero si éramos como el agua y el aceite!

O eso había creído yo siempre.

Rascando un poco la superficie, más allá de lo evidente y los tópicos, descubrimos un filón de cosas en común, desde la música jazz hasta los cómics de Marvel, el romanticismo de Austen y las historias de Camelot.

A ninguna nos gustaban los deportes ni los juegos de azar.

Aunque lo que de verdad le apasiona a Gigi, más allá de la historia medieval, es *Forrest Gump*.

Sí, como lo lees.

Gigi ha visto esa película más de un centenar de veces.

No soy de las que exageran, te lo prometo.

Tampoco he llevado la cuenta al día y ella la perdió hace tiempo.

Dice que lo que le gusta en realidad es la época: aquellos locos años sesenta, la filosofía de la Paz y el Amor y la vida en comuna, los porros, el LSD, las protestas contra la guerra de Vietnam, la música de Joan Baez y Elvis Presley... La ropa, la despreocupación *hippy*... En definitiva, todo lo que estaba a Años Luz de su realidad cotidiana.

Yo la entendía. A medias, pero la entendía.

Porque a mí también me gustaban los porros y la música de Elvis.

Más que los Beatles y los Rolling Stones.

Lláname carca si quieres, ¡como si me importara!

Conectamos a través del chat de Facebook una tarde de junio de dos mil diez mientras yo contemplaba medio embelesada, medio aburrida, los tulipanes del jardín vecino, y enseguida empezamos a hablar de lo divino y lo humano para mayor pasmo mutuo. Ninguna de las dos contaba con que la otra fuera a responder tan positivamente.

Y así llevamos... déjame contar... Mmm... Cinco años.

Miro la hora en el móvil. Uy, la pizza ya debe de estar a punto.

La saco del horno, la troceo en cuatro partes exactas y me las como poco a poco mientras voy soplando para no chamuscarme la lengua.

Sigo mirando la pantalla del Mac.

Y decido por fin abrir el chat.

Gigi:

Frankie, ¿estás ahí?

La tesis me está matando.

Estoy pensando seriamente en el suicidio.

Ni siquiera sé por qué quiero hacer esto.

Ni para qué va a servirme.

Ojalá estuviera ahí, contigo.

Me aburro como una ostra con algo que supuestamente es la pasión de mi vida.

Yo:

A ver, cielo, no te desesperes. A estas alturas no vale la pena.

Ni suicidarse.

Ni tirarlo todo por la borda.

Inspira hondo.

Yo también quiero que estés conmigo, pero lo primero es lo primero.

Siempre he querido follar con una doctora.

Me pone, me pone mucho.

Gigi:

Te odio cuando te pones así.

¿Nunca te tomarás nada en serio?

¿Qué haces?

Yo:

No sé por qué me odias con lo mucho que te quiero yo.

Sí me tomo las cosas en serio, pero solo las importantes. No dramáticas.

Comerme una pizza.

Gigi:

Hace años que no como una pizza como Dios manda.

¿Cuántas birras te has bebido ya?

¿No estarás borracha?

Yo:

¿Cómo quieres que tu cerebro funcione a pleno rendimiento si comes de puta pena?

Aún no estoy borracha, pero tengo el sano propósito. Solo me hace falta una botella de tequila. Tengo vodka, mojito, ron y ginebra. Pero justo ahora me apetece tequila. ¿Te lo puedes creer?

Gigi:

Pero estás sola, ¿verdad?

Yo:

No, qué va, estoy en plena orgía, con unos tiarrones de tirar de espaldas que me lo están comiendo todo. Pero todo, todo, ¡eh!

Pasan cinco minutos largos sin que Georgia conteste a mi última salida de tono. Casi llego a preocuparme cuando vuelve a la carga:

Gigi:

¡Serás desvergonzada!

No te creo ni una sola palabra.

Yo:

Pues claro que no me crees, si yo tampoco me lo creo. ¡Más quisiera!... Digo... Más quisiera estar contigo.

Gigi:

No sé ni por qué te quiero tanto cuando siempre me haces sufrir.

Yo:

Oh, vamos, un poquito de sentido del humor. Parece mentira que no sepas distinguir cuándo estoy de coña y cuándo hablo en serio. Si te estuviera poniendo los cuernos no te lo diría. Y tú tampoco lo harías. Ninguna de las dos es tan tonta.

Gigi:

No sé con quién esperas que te sea infiel. La única persona con la que me veo, y de Pascuas a Ramos, es Robson, mi director de la tesis. Tiene la edad de mi padre, y da la casualidad que es el único, en todo Glasgow, que conoce mi orientación sexual.

Yo:

Mira que eres remilgada, solo a ti se te ocurre semejante eufemismo. «Orientación sexual.» ¿Por qué no puedes decir, como todo el mundo, que eres bollera?

Gigi:

¿Y tú por qué tienes que ser tan ordinaria?

Yo:

¡Oh, claro, ya se me olvidaba que hablo con una McFarland, de los McFarland que veranean en Balmoral con la reina! ¿Cuándo piensas invitarme? Tengo ganas de conocer a su Real Majestad.

Gigi:

Eso no te lo crees ni tú. Además, nosotras no pintamos nada en Balmoral.

Yo:

¿Quién ha dicho eso? ¡No me digas que nunca has estado!

Gigi:

Solo iba cuando era una cría, y no quiero hablar de eso ahora. ¿Cómo hemos acabado hablando de algo tan estúpido?

Yo:

Más vale que no te oigan en casa.

Gigi:

Frankie, estoy en la habitación de la residencia universitaria. Mi familia está muy lejos de aquí... Afortunadamente. Nadie puede escucharme, ni siquiera Lucy. Se ha escapado a la azotea.

Yo:

¿Todavía vives con esa gata escuálida que recogiste hace seis años en un callejón de mala muerte?

Gigi:

Lucy es un amor, no la critiques sin conocerla. Además, le caes bien; cada vez que menciono tu nombre, ronronea. Ni pone malas caras ni me araña.

Yo:

Es más lista que tú y que yo. No te fies... los gatos son muy traicioneros.

Gigi:

¿Cuántos gatos tienes tú, Frankie? No recuerdo que me hayas hablado de ninguno.

Yo:

Vaaale, lo confieso. No tengo gatos ni perros. ¿Tú crees que en mi casa alguna mascota, por muy desesperada que estuviera, habría sido feliz? Mi padre se la habría apostado a las cartas o mi madre la hubiera echado en la cazuela, o utilizado mi hermano como saco de boxeo. Que te he dicho un millón de veces que mi familia es muy cafre, ¿o no te lo he dicho?

Gigi:

Sí, sí. Un millón. Pero tú no eres así. Tú no meterías a Lucy en una cazuela, ¿o sí?

Yo:

Nunca me ha tentado el guiso de gato, tranquila. Prefiero las pizzas y los burritos mexicanos.

Gigi:

No frivolices con ese tema.

Yo:

A veces se me olvida que eres animalista hasta la náusea. No tengo nada en contra de los bichos, simplemente son ajenos a mí y a mi vida. Pero supongo que, con el tiempo, me acostumbraré a Lucy. Digo, si acabamos viviendo juntas y compartiendo piso.

Gigi:

Todavía es pronto para hablar de eso, y no creas que no estoy impaciente. Pero sabes mejor que nadie que antes debo entregar mi tesis doctoral.

Yo:

Por supuesto, por supuesto. Ya te he dicho cómo me pone follarme a una doctora.

Gigi:

Doctora en Historia Medieval, Frankie; no jugaremos a médicos. La sangre y yo nunca nos hemos llevado bien.

Yo:

Todo un alivio. A mí tampoco me gusta intimar con ella; es demasiado aparatosa.

Gigi:

¿Por qué nuestras conversaciones siempre degeneran de este modo? Tenía ganas de hablar contigo, pero al final acabamos hablando de cosas que me dan asco.

Yo:

Es tu propensión al melodrama. A mí no me eches la culpa.

Gigi:

¿Qué tal en la tienda? A veces me gustaría ser tú: simplemente dependienta, sin más problemas.

Yo:

No lo digas muy alto, no lo digas muy alto. La última chica que ha entrado es licenciada en Historia del Arte. Dime tú de qué van a servirle sus excelentísimos conocimientos en pintura y escultura renacentistas para doblar camisetas y quitar alarmas.

Gigi:

¿En serio? Yo pensaba que esas cosas solo pasaban en España o Italia.

Yo:

¡Ay, criatura ilusa! Desengáñate. En Holanda también suceden cosas ilógicas sin explicación alguna. Mírame a mí, ¡debería tener un despacho de la hostia, clientes multimillonarios, apasionantes casos que litigar! Y ya me ves: aquí, en la sección de probadores; mintiendo como una bellaca, diciendo cosas que ni pienso ni siento, por mil doscientos euros al mes. Y podría ser peor, mucho peor. Mi madre puede dar fe de ello.

Gigi:

¿Todavía sigue trabajando?

Yo:

Y que le dure, porque con la rapidez que mi padre despilfarra lo que entra en casa, todo ingreso es poco.

Gigi:

¿Les envías dinero todos los meses?

Yo:

Bienvenida al mundo real, cariño; hay vida más allá de Balmoral. Pues claro que les envío dinero. Si tuviera que confiar en Ethan...

Gigi:

No he querido ponerme pija, Frankie, ¿vale? Es solo que... Lo siento, estas cosas... No estoy familiarizada con estas situaciones.

Yo:

Ni yo con las cenas glamourosas y los cruceros de lujo, ¡no te jode! Pero si estamos juntas es por algo. Quizá nos complementamos mejor que otras parejas más afines económicamente. ¿No lo has pensado nunca?

Gigi:

Sin lugar a dudas. Que no esté acostumbrada a oír hablar de necesidad no significa que sea insensible. No voy a disculparme por ser rica, Frankie, bastante tengo con pedirle perdón a mi familia por no ser como ellos quieren y esperan que sea. Empiezo a estar harta de tanta disculpa y tanta justificación.

Yo:

Pues ya va siendo hora de que les digas alto y claro lo que te gusta y lo que no. Y no me refiero a los programas de la tele.

Gigi:

No es tan fácil, Frankie. A ver, ¿tu madre sabe que eres una simple dependienta en *Fashion's Victim*? A que no, a que todavía cree que tienes un bufete de renombre en la avenida más importante de Amsterdam, donde facturas miles de euros al mes.

Yo:

Touché. Has ganado. No, no lo sabe. Y me mato antes de que se entere.

¡No puedo darle ese disgusto!

Gigi:

¿Lo ves?

Secretos, secretos... Todos tenemos secretos. Y no pasa nada. No me dirás que vas a ir al Infierno por decir alguna que otra mentirijilla o pasar por alto según qué temas...

Me ha pillado. Lo reconozco. Siempre he sido brutalmente sincera con todo el mundo, pero debo admitir que ni siquiera yo puedo decir toda la verdad. Supongo que forma parte de madurar darse cuenta de que no todo es blanco o negro; no puedes ir a todas horas con la verdad por delante. No me gustan las mentiras piadosas, no me gustaría que me las dijeran a mí... Pero mi madre es otra cosa. Y por verla feliz, soy capaz de pactar hasta con el Diablo.

Yo:

Tú ganas. Mantendremos el *statu quo*... por el momento. Pero más pronto que tarde vamos a tener que dar la cara. Es solo cuestión de tiempo y lo sabes.

De repente me entran dos mensajes de Jan en el chat; les echo un ojo antes de despedirme de Georgia. Parecen bastante urgentes, y es raro porque para él casi nada es urgente. Lo cual me preocupa mucho más.

Yo:

Cari, tengo que dejarte. Jan quiere hablar conmigo. No quieras saber qué le pasa, pero huele a crisis. Espero que no sea económica porque estoy a dos velas.

Gigi:

Yo también te dejo. Quiero darle un repaso al capítulo quinto de la tesis. Y dar una vuelta por el piso de Nell, ya sabes: mi ex vecina, la irlandesa. Su marido está a punto de salir de la cárcel, y aunque tiene una orden de alejamiento contra él, ese tipo puede hacer cualquier cosa el día que lo dejen libre.

Yo:

Joder, ¡cómo está el patio! Y yo me quejo de mi padre...

Gigi:

Hay muchos tipos de violencia, Frankie. Ya te iré contando porque este culebrón tiene pinta de acabar muy mal si no le ponemos remedio a tiempo.

Yo:

Gigi, ni se te ocurra meterte en medio, que nos conocemos. Es problema de ella, que lo resuelva como pueda. Bye, bye, nos hablamos mañana a esta hora.

Conecto el chat con Jan y en breves palabras me explica su última movida con una novia nueva que se ha echado y a la que conoció en un local de copas de Leidseplein; liga muchísimo pero no elige bien a las tías con las que sale. Todas acaban en malos rollos. Y luego me toca a mí ser su paño de lágrimas. Porque Jan no tiene manías: si siente que debe llorar, llora, que para eso es muy moñas.

Y además está conmigo, que se lo consiento todo. Y lo sabe.

2

Lunes, 15 de junio

Amsterdam atesora un encanto mágico; tiene que ver con su gente y esa libertad de sentir y expresar lo que se siente allá donde te encuentres; con esa mirada franca y amable que te invita a un saludo o un consejo espontáneo que ni pides ni esperas, pero agradeces con una sonrisa y un guiño pícaro. Es una sensación íntima y fabulosa que sentí nada más aterrizar en la ciudad y que todavía no me ha abandonado.

Los nativos lo llaman *gezelligheid* y se expresa de mil maneras distintas, tantas como amsterdameses hay. Es algo personalísimo y cada cual lo vive a su aire. Sí, porque una de las características más maravillosas de esta ciudad es la posibilidad real de vivir «a tu aire». Es el motivo por el cual anhelo que Gigi se venga a vivir aquí conmigo cuando se doctora.

Ambas sabemos que en Glasgow no hay futuro para una pareja como la nuestra.

Por no hablar de su familia, más que dispuesta a ponernos la zancadilla a cada paso que demos.

Y yo no tengo paciencia para andar aguantando melindres ni prejuicios de nadie, ni en Glasgow, ni aquí, ni en ningún otro país del mundo mundial. Y Gigi lo sabe porque no es la primera vez que hablamos del tema, y por tanto no ignora que tiene que actuar en consecuencia si quiere un «final feliz» para nuestra historia.

Yo aquí me encuentro como pez en el agua y participo sin problemas del espíritu gregario de la ciudad, ese que te impulsa a pasar horas y horas en un café oscuro, de los que tanto abundan en la zona de los canales, en compañía de una cerveza y abrazada por las risas de los colegas que te acompañan, y cuyo número va en aumento porque la risa, como la pena, es contagiosa y a todos llega.

Contra la opinión popular, a mí me resulta bastante difícil hacer amigos;

salía con unos y otros cuando estudiaba en Glasgow, pero amigos, de esos del alma, ninguno. Y es que, con una situación familiar como la mía: pobre y conflictiva, no estaba yo para muchas verbenas. No me gustaba hablar de mí ni de mi parentela. Procuraba obviar el tema cuando parecía presto a salir, y jamás invité a nadie a conocer nuestra humilde morada.

Con ello, naturalmente, me granjeé fama de chica dura, distante; no soberbia pero sí esquiva. De todos modos, a partir de cierta edad, la gente no espera que la invites a tu fiesta de cumpleaños. El primer cumpleaños que celebré fue el de mis dieciocho. Unos cuantos amigos del sexo opuesto y unas birras en un local del barrio con bastante mala fama. Fumábamos y jugábamos al billar o a las tragaperras. Aunque yo no apostaba; me limitaba a animar a mi pareja de turno en aquel momento. Ya sabes que yo y los juegos de azar no nos llevamos muy bien.

Pero eso tampoco podías decirlo en voz alta si no querías pasar a formar parte del grupo de los muermazos, aguafiestas y meapilas de turno. Así que yo adoptaba una actitud pasota, como si todo aquello me aburriera por puro cansancio. Como si hubiera vivido mil vidas antes de la mía. Y la cosa es que, si lo pienso bien, muy desencaminada no iba porque, mientras estaba sobrio, mi padre nos contaba mil detalles de sus timbas y trapicheos a mi hermano y a mí cuando éramos críos. Nos enseñó a jugar al póquer, al black-jack y a la ruleta; nos enseñó mil trucos, trampas y marrulleos que nosotros oíamos sin escuchar realmente porque el tema nos interesaba más bien poco o casi nada.

Ethan empezó a pelear a los nueve años en el patio del colegio; visto lo visto, la necesidad de aprender a defenderse con los puños se le apareció como una visión celestial mucho antes que al común de los mortales.

«No quiero acabar como el viejo», decía y repetía mientras arremetía a golpes contra el viejo saco de boxeo, colgado de la pared del mini patio trasero de la casa donde malvivíamos.

Y yo lo entendía. ¡Cómo no iba a entenderlo! Y ojalá yo hubiera sido un tío y así me hubiera enseñado un par de buenos golpes que a todo el mundo le viene bien aprender. Solía meterme en líos y siempre he sido más bien deslenguada, aunque en el colegio eso no fuera lo propio de «una señorita bien educada».

Pero lo de poner la otra mejilla a mí me enferma. No sé quedarme cruzada de brazos y con actitud de mártir si alguien me ofende, agrade o dirige un mal comentario. No sé, no puedo. ES SUPERIOR A MÍ. Tengo que responder, actuar, atacar, lo que sea... menos quedarme a verlas venir.

Dios y mi madre saben que puedo ser muy cariñosa y zalamera si la ocasión lo merece, pero, por lo general, y como ya te dije al principio, si me llaman Cara De Palo no es porque sí.

Y sí, Gigi también sabe que puedo ser cariñosa, aunque por el chat demostrar el cariño siempre queda un tanto... Volátil, indefinido, como en suspenso; por más emoticonos sonrientes y llenos de corazones que pongas en tus conversaciones, donde esté un beso de verdad, que se quite todo el progreso cibernético. Pero yo no te he dicho nada, eh. Que no me gusta hablar de cursilerías en público. Te recuerdo que mi reputación al respecto debe mantenerse contra viento y marea.

Porqué alguien tan duro como yo tiene dos amigos moñas (que no gays) es un misterio semejante a los agujeros negros, la existencia de vida alienígena o a dónde va el alma cuando nos morimos.

No sé, qué sé yo. Así son las cosas.

Tampoco fue que ninguno de los dos se pusiera a llorarme sus penas el primer día de conocernos, ¡qué va! Son moñas, no idiotas. Aunque no lo parezca, saben muy bien cómo ligar. La vena sensible solo les sale en ocasiones puntuales, pero a lo largo de más de seis años acabas conociendo a tus amigos, porque tanto tiempo da para vivir muchas situaciones variopintas.

Y no, antes de que te lo preguntes, yo te contesto: ellos no me han visto llorar a mí ni una sola vez. Tampoco he tenido motivos, ni las lágrimas de cocodrilo van conmigo. No te diré que no haya pasado apuros, con mi escaso sueldo y sin ningún familiar que me ampare o avale, pero mi vena resolutiva se impone a todo, y llorar siempre me ha parecido una lastimosa pérdida de tiempo.

Los psicólogos dicen que el llanto ayuda a limpiar el alma, pero tú y yo sabemos que esa gente dice muchas tonterías, y muy pocas tienen algo de provecho. A mí no me sirve ninguna de sus teorías. Ninguna. He leído algún que otro libro de esos de autoayuda. Bueno, leer, leer no. Más bien hojear por encima. Que ya sabes que lo mío tampoco es la lectura; pero a veces sentía la tentación de comprarle alguno a mi madre, a quien sí le gustaría leer si tuviera una hora libre. Pero luego pensaba que mejor le vendría alguna buena novela de crímenes, de las que siempre acabas aprendiendo algo. Aunque solo sea que hay más gente desgraciada en el mundo. No estás sola. Y eso me recuerda el chat del otro día con Gigi y lo que me contó de su ex vecina.

A ver, no es que a mí no me afecten las historias de violencia machista, que me afectan, y mucho, porque las he vivido desde primera línea de fuego,

pero si algo he aprendido en treinta años es a no meter las narices donde no me llaman. Tú dirás que eso es mirar para otro lado, hay que significarse, implicarse, tomar partido y blablablá... Y todo eso es muy bonito, y queda muy bien en los guiones de cine y en las novelitas del kiosko. En la vida real la cosa es muy distinta, porque las soluciones siempre aparecen al otro lado de la pecera; para quien vive dentro no hay soluciones mágicas. Muchas veces ni siquiera hay una mala solución.

Yo aprendí a oír, ver y callar. A rechinar los dientes y mirar al infinito sin ver. Hacer oídos sordos a los gritos y los insultos, contando los días que faltaban para largarme de ese maldito infierno, aun sabiendo que en realidad no había huida posible porque no concebía la idea de irme y dejar a mi madre sola, en manos de aquel loco borracho que tan pronto te comía a besos como te daba una paliza de muerte.

Como Georgia no tiene ni repajolera idea de esa parte de mi adolescencia, cree con una fe genuina que todo el mundo tiene derecho a ser feliz y todos los problemas tienen solución. Es un alma cándida que va repartiendo sonrisas allá donde va, deshace entuertos y anima a la gente a buscar la felicidad como si fuera algo tangible, como una flor o un pájaro que pudieras encontrarte en mitad del bosque.

Y hablando de flores y pájaros, Gigi es especialmente sensible con todas las criaturas del Señor; su gata Lucy es un claro ejemplo, pero ni mucho menos el único. En realidad todos los perros que tienen los McFarland son criaturas de la calle, abandonadas y desnutridas, abocadas a un trágico final, y rescatadas en el último minuto por la heredera de la familia.

Y no, ni idea de cuántos tienen ahora mismo, pero seguro que superan la docena, e incluso probablemente la veintena. Se arrebusan todos en las cocinas del servicio y los criados se cuidan mucho de que tropiecen con los señores. Gigi los visita los fines de semana si la tesis se lo permite. A Gigi no le gusta mucho ver a sus padres, pero no tiene corazón para abandonar a esos animalitos a su suerte. Los criados van y vienen, y no todos son cariñosos ni comprensivos, de modo que ha de vigilarlos con bastante frecuencia. Ella dice que va a ver a la familia, que la echa de menos, pero realmente se refiere a sus bichitos y no a sus padres.

Y a ellos tanto les da, porque tampoco arden en deseos de ver a su pequeña; en otros tiempos ellos la habrían ennoviado a los dieciséis y casado a los dieciocho para quitársela de encima. La imagino como debutante en el primer baile de temporada en Edimburgo, rellenando con frenesí su carnet de

baile y aguantando pacientemente a los petimetres mientras se pregunta quién será el elegido. El elegido por sus padres, por supuesto. Porque entonces las mujeres no podíamos elegir. Solo podíamos mover la cabeza y sonreír tontamente como si todo fuera de color de rosa. ¡Qué tiempos! Casi prefiero mi vida junto a la alcantarilla, gracias. Pero Georgia es una mujer realmente hermosa, hubiera podido escoger el mejor partido entre la flor y nata de Glasgow; de hecho, sus padres aún esperan que, después del «capricho» del doctorado, sienta la cabeza y busque a un hombre que la mantenga con solvencia, sea buen mozo y tenga modales impecables que no los avergüencen en público. Nunca lo dicen, pero tú tienes que saber que así funcionan todavía las cosas para la sociedad biempensante escocesa.

Las familias de posibles y con cierto aire nobiliario han de procurar que sus hijos no los comprometan ni los pongan en evidencia con malos hábitos ni malas compañías. Georgia está destinada a un matrimonio encopetado y a formar una familia dentro de los cánones impuestos por la tradición.

¿Me ves en esa ecuación?

Vale, yo tampoco.

No tenemos más alternativa que romper las reglas establecidas e ir por libre. Y nada mejor que Amsterdam para nuestra «solución de urgencia». Yo lo tengo claro cristalino, pero convencer a Gigi va a ser un poco más difícil. Sobre todo porque ella piensa que no hay problema que resolver, cuando sus padres me conozcan y vean —porque eso sí se ve a la legua— que nos queremos con locura, claudicarán y me aceptarán como otro miembro de la familia.

De ilusión también se vive.

Yo no me atrevo a contradecirla porque ya la realidad la devolverá al planeta Tierra de golpe y porrazo, no temas.

Mientras, es feliz pensando que podemos tener una relación sana y abierta, y ahora mismo estrictamente virtual.

Pero no siempre ha sido así, claro; y aunque es verdad que en los últimos meses el único sexo que practicamos es a través de webcam, ambas hemos hecho nuestras pequeñas escapadas, siempre a territorio neutral (París, Roma, Bruselas, Amberes, Londres, Copenhague...), para dar rienda a nuestra mutua e incandescente pasión. Hotelitos con encanto, hostales modestos, moteles de carretera, alguna granja abandonada en la que nos metíamos como okupas con todo el descaro del mundo, pisos que nos dejaban los amigos..., los míos más que los suyos, y a trancas y barrancas manteníamos una suerte de relación más

allá de lo epistolar.

Mientras pedaleo furiosamente en mi vieja bicicleta azul, de camino al trabajo, donde me espera otra sesión interminable de histeria adolescente, pienso que hace demasiado tiempo que no hacemos una de nuestras escapadas, sé que si se lo propusiera, Gigi lo dejaría todo y aceptaría sin pensárselo dos veces, yo soy una persona formal y seria que, aunque jamás hará ningún doctorado, entiende que para ella es importante alcanzar las metas que se propone.

Georgia nunca ha pedido disculpas por ser rica ni porque su familia casi, casi pertenece a la realeza; dice que ella no tiene arte ni parte en nada que concierna a su familia, sus genes o ancestros, y por tanto no se siente responsable, ni mucho menos culpable cuando vamos «de escapada»; entonces exhibe su sonrisa de dentista de pago: blanca, luminosa, pluscuamperfecta; saca la tarjeta de crédito y la deja con mimo en el mostrador de recepción de cualquier sitio adonde vayamos.

«Yo pago» es su frase favorita.

Por más que la repita, nunca se cansa de ella.

Es una reivindicación clara de su independencia. De la poca que tiene, en realidad. Desde que se mudó a Glasgow para cursar la carrera, sus padres le pasan una generosa asignación que ella gasta con cuentagotas... menos cuando estamos juntas. Solo ahí derrocha sin medida, no mira ni pregunta precios. Y yo me acomplejo, claro, pero solo un poco porque tampoco soy de darle muchas vueltas a las cosas, ni tan susceptible como para no aprovechar las ventajas de tener una novia de la *Jet Set*.

A fin de cuentas yo no la busqué, fue ella quien tomó la iniciativa. Demasiado valiente por su parte... O eso me pareció entonces. Y sin embargo y sin saber muy bien por qué, le seguí la corriente y aquí nos tienes a las dos: en una relación de lo más peculiar y moderna, muy liberal, kármica y cósmica, muy de este siglo, en definitiva.

Y no me hables, no te atrevas a hablarme de relaciones y familias «tradicionales», que ese plato ya lo he probado y me sabe a bilis verde. ¿Una familia tradicional, como la mía, donde la mujer se desloma trabajando y el marido pierde todo lo ganado en una noche de mala racha? Ah, no, no. No quiero ese tipo de relación «tradicional», gracias.

Puede que nuestra relación funcione «de esa manera», puede que no tengamos un futuro muy claro a medio o largo plazo, y quizá, ¡quién sabe!, ni siquiera tenemos futuro a secas. Pero el presente lo compensa todo, el pasado

está repleto de recuerdos inolvidables y cuando miro sus fotos: los *selfies* y las que nos hacemos las dos juntas cuando nos encontramos, y veo la magia que hay entre las dos me siento dispuesta a todo.

Jan se ríe cuando le cuento mis historias; ya te he dicho que es un moñas y también un fiel defensor de nuestra relación; siempre me escucha y me anima. Dice que lo nuestro es como un cuento de hadas: yo pobre, ella rica, y esas historias suelen acabar en boda. Yo no conozco ningún cuento de hadas con dos tortilleras como protagonistas, pero lo mismo la factoría Disney inventa algo así dentro de poco, ¿no había una novela con una protagonista «afro»? ¿Qué era, *Tiana y el sapo*? Con aquel cuento quisieron congraciarse con los miles, millones diría yo, de niños negros americanos... El siguiente paso, ahora que Obama pretende legalizar los matrimonios homosexuales en todos los estados norteamericanos, sería que la industria del cine reivindicara nuestros derechos y enseñara a los niños que hay muchos tipos de familia, muchos tipos de amor y muchos modos de amar.

Lo mismo me estoy entusiasmando, no me hagas mucho caso porque yo no quiero casorios ni mocosos. Así que las cosas, por mí, están muy bien. No quiero ningún cuento de hadas y me la trae floja si Disney mete en sus cuentos a gays y lesbianas en el futuro. A mí ya se me pasó la época de ver dibujos animados, y la única televisión que teníamos en casa cuando yo era pequeña la apostó —y perdió— mi padre una noche en una de sus habituales timbas de póquer.

Tampoco la eché de menos. Aprendí a no encariñarme con nada que estuviera al alcance de las manos de mi viejo. Todo lo apostaba y todo lo perdía. Lo milagroso fue que nunca se apostara a mi madre; bien pudiera haberlo hecho, no hubiera sido ni el primero ni el último que se apostaba su fulana a las cartas.

Sí, eso era ella para mi padre: su fulana.

Ya apenas sí le hacía caso, ni siquiera le ponía la mano encima. Llevaba un par de años, según me contaba ella por teléfono, que no la tocaba. Ni para lo bueno ni para lo malo. Y yo dormía más tranquila.

Y si me llamas mala hija porque me vine a vivir aquí, te diré que de nada hubiera servido que me quedara en Glasgow, ni a su lado. Fue ella la que me empujó a volar con mis propias alas, la que me animó a vivir otra vida.

—Yo ya he desperdiciado mi vida, Frankie. No cometas el mismo error. No eres tonta, podrás arreglártelas allá donde vayas. Flaco favor te hago reteniéndote a mi lado. Ya viste a Ethan: se largó sin volver la vista atrás. ¿Y

crees que se lo reprocho? ¿Cómo podría? Lo único que lamento es que no haya hecho carrera y se dedique a dar mamporros a diestro y siniestro. Ese no es un oficio con futuro. Ni siquiera estoy segura de que eso sea un oficio.

—Es dinero fácil. Ya lo conoces: ganar el máximo con el mínimo esfuerzo.

—Pues que se hubiera metido en política, le hubiera salido más a cuenta.

—No me imagino a Ethan en un despacho, ni siquiera tocándose los huevos.

—Frances, esa boca. No seas ordinaria.

—Digo lo que pienso. Además, ni que estuviéramos en los barrios de postín.

—La educación no sabe de barrios. ¿Cuándo me has oído a mí una mala palabra?

De hecho, mi madre apenas hablaba. Siempre fue muy tímida, demasiado para mi gusto y para su propio bien. Una Karen más deslenguada le hubiera puesto los puntos sobre las íes a su novio y futuro marido. Una Karen más resolutiva y valiente lo hubiera echado de casa la primera vez que volvió a las cuatro de la madrugada, borracho y con los bolsillos pelados.

Ella lo llamaba Amor. Yo siempre lo llamé conformismo. Por no llamarlo cobardía porque, de todos modos, yo quiero a mi madre con locura y lejos de mi ánimo estaba acusarla de nada, mucho menos de pusilánime.

Ethan nunca la perdonó del todo. Cuando viene, por compromiso y más por mí que por ellos, la mira de reojo, con mala cara y apenas le dirige la palabra si puede evitarlo. Ella lo soporta con más o menos resignación y, en parte, aún cree que merece el desprecio de su primogénito. Yo no. Pero nada puedo hacer. Para algunas cosas es demasiado tarde.

—Eh, Frankie, ¿no me ves? ¿Dónde andas?

La voz de Susan me despierta de mis recuerdos a dos calles de la tienda, y casi que lo agradezco.

Como es pronto, nos vamos a tomar un café.

Susan Van Buren es casi mi mejor amiga en *Fashion's Victim*, por lo menos es con quien más hablo y, a veces, incluso bromeo. Con las demás mantengo una relación más tirante, de monosílabos y movimientos de cabeza.

Sí. No. Ajá.

Ese tipo de actitud no da pie a confianzas.

Pero ella y yo nos entendemos con apenas un par de miradas; es fiel defensora de esa filosofía de «vive y deja vivir» que tanto me ha gustado

siempre a mí. Susan nunca ha querido saber por qué motivo me mudé aquí, ni tampoco ha sentido jamás curiosidad por mi vida privada, ni por con quién me acuesto o con quién me levanto. Al contrario que yo, Susan es alérgica a las relaciones virtuales, el chat y las redes sociales. Dice que con tanta tecnología nos estamos entonteciendo. Y no te digo yo que no tenga un poco de razón, que la tiene. Pero a veces la única manera de comunicarse con alguien a quien echas tantísimo de menos —como yo a Gigi— es a través de la red. Un día intenté explicárselo, le dije que yo tenía a alguien esperándome en Glasgow. Bueno, no exactamente «esperándome», pero sí alguien a quien quería volver a ver, ya fuera en Escocia o en Tombuctú.

No, no tengo ni idea de dónde queda Tombuctú; ni siquiera estoy segura de que exista ese lugar; podría ser un mito, como Eldorado. Yo nunca había viajado mucho antes de conocer a Gigi, ya sabes que a nosotros no nos sobraba nada para malgastarlo en caprichos. Ethan nunca se ha movido de Glasgow; casi podría jurar que no se ha movido ni del barrio. Cuando se largó de casa de nuestros padres fue para vivir con una vecina que acababa de separarse de su marido. Y por lo que sé, todavía anda con ella.

—¿Qué sabes de tu novia?

Susan sabe que ese alguien que me espera (o no) en Glasgow es una mujer. Lo sabe y lo acepta. Aquí en Holanda nadie tiene problemas en aceptar las relaciones homosexuales; quien más, quien menos, conoce a alguien que es gay o lesbiana, o bi o trans.

¿Qué importa en realidad?

Nada me jode más que poner etiquetas, sobre todo a la gente.

Pero Susan no etiqueta a nadie. Ella no tiene pareja ni quiere tenerla.

—Te he preguntado qué sabes de tu novia. Hay que ver, Frankie, hay días en que estás de lo más espeso.

Mientras el camarero se nos acerca, le confieso:

—No me he tomado el café esta mañana. Me he levantado con el estómago revuelto y solo he bebido un trago de zumo de piña antes de largarme. Lo siento. De Gigi no sé nada desde hace una semana; con lo de la tesis anda muy perdida la pobre. Si no supiera cuánto me quiere, me preocuparía por ese tal Robson, su director. Pero al parecer es un carcamal y no tiene ningún interés romántico en ella. Y lo más importante: sabe que ella tampoco tiene ningún interés en él. De ningún tipo.

—Y entonces...

—Estoy inquieta, preocupada, nerviosa. Pero solo porque cojo

vacaciones en unos días y no sé qué voy a hacer con tanto tiempo libre.

—Pues chatear todo el tiempo, ¿o no?

—Uhhmm... Eso es lo que me gustaría —fantaseo con los ojos perdidos en el cielo—, por desgracia esos días libres los he de aprovechar para limpiar el apartamento. Es una caja de cerillas, y debería tenerlo todo como los chorros del oro, pero ni por asomo. Está todo manga por hombro y hay demasiada grasa acumulada en la cocina. No va a quedarme más remedio que armarme de paciencia y ganas, y adecentarlo un poco.

—Por si vienen visitas...

—¡Qué va! Yo a Gigi no la meto en mi piso ni loca. Le da un síncope o una apoplejía, o directamente un ataque al corazón. No está acostumbrada a los espacios pequeños, ni a los pisos minúsculos, ni al desorden, ni a la comida pre-cocinada, ni a nada de lo que me rodea.

—¡Joder! ¿Y a qué está acostumbrada, si puede saberse?

—A los espacios abiertos, las mansiones de película, los castillos medievales de leyenda, su riquísima familia, sus empingorotados vecinos de Balmoral...

—Balmoral... ¿Me estás vacilando?

Susan pasó un verano en Escocia, con una tía suya, cuando tenía quince años. Visitaron las Highlands y vieron el castillo de Balmoral en una visita guiada que duró una hora y media. Debió de quedar muy impresionada por la cara de pasmo que ha puesto en cuanto he mencionado el lugar como si lo conociera de toda la vida. Y yo sí que no he pisado la zona. Pero de tanto oír hablar a Gigi como que se me ha pegado ese tono informal que ella adopta cuando habla de la realeza como si fuera gente vulgar.

—No, no te estoy vacilando. Ojalá fuera una broma. Los McFarland tienen parientes entre la nobleza más rancia de Escocia. A ella le importa un ardite, y está convencida de que no debo preocuparme por emparentar con ellos.

—¿Y no te preocupa?

—Me da a mí que los que deben preocuparse por emparentar con los Donahue son ellos.

—Mujer, ni que fuerais unos criminales.

—Ser pobre es un crimen, Susan. En Glasgow y en la Patagonia.

—Pero tú fuiste a la universidad. Estudiaste Derecho, aunque no ejerzas y prefieras trabajar en *Fashion's*. Algo que nunca entenderé, dicho sea de paso.

—Nunca me han gustado mucho los libros.

—Pero se gana más dinero como abogada, ¿no?

—Ni idea. Pero tampoco me gustan los despachos. Demasiado cerrados. Aburrido. Las niñas me vuelven loca, a veces desearía matarlas o cortarles la lengua, pero en el fondo sus gritos y chiquillerías me divierten, ¿a ti no?

—Lo dices como si fueran tus hijas.

—¡No lo digas ni en broma! Que mi paciencia tiene un límite.

—Ya imagino que los críos no entran en vuestros planes de futuro.

—En los míos no, por descontado. Lo cierto es que nunca lo he hablado con ella.

—Siendo tan rica... Y de tan buena familia... Imagino que sus padres habrán hecho planes para ella.

—Los han hecho, sí, pero Gigi les ha ido dando largas con el tema del noviete, el matrimonio, los críos...

—Oye, ¿qué hora es?

—¡Joder, joder, joder! Nena, que se nos pasa la hora y luego Amanda nos clava la bronca. Ya sabes, desde que cortó con el último tío con el que salía, va por la vida con cara de limón.

—Nunca ha sido muy positiva que digamos. Voy a pagar los cafés y nos vamos cagando leches.

Miro mi móvil. Dos llamadas perdidas desde un número desconocido.

Mala señal. Muy mala señal. Solo hay dos personas que tienen este número: mamá y Ethan. Y mi madre odia hablar por el móvil.

—¿Malas noticias? —pregunta Susan al ver mi expresión y mi ceño fruncido.

—Me cago en mi mala suerte. Huelo problemas. Y de los gordos.

Nos vamos corriendo a la tienda y procuro dejar la mente en blanco. Al menos durante las seis horas que me toca currar como si no hubiera mañana. Vano intento porque una llamada de Ethan no puede significar nada bueno. Siempre anda metido en líos, siempre va corto de pasta, y aunque odia a nuestro padre a muerte, ha heredado su propensión a despilfarrar sin medida y vivir al día. Pues no tengo un euro, pienso decirle; en unos días cojo las vacaciones y quiero gastármelo todo en juergas desenfrenadas con Gigi. Ya puede olvidarse de mí.

Me ocupo de poner orden en los probadores; ha llegado una chica nueva con la curiosa afición de dejar todo patas arriba cuando llega la hora del cierre, debe de pensar que las demás estamos en este mundo para arreglar sus líos. Santa Paciencia. Suspiro. Miro al techo. Dejo los ojos en blanco, inspiro hondo y me lleno de energía positiva. Diez días. Solo diez días y perderé de

vista la tienda, mi mini-piso y Amsterdam. Lo de dejar la ciudad, aunque solo sea un día, me jode cosa mala, pero a un mes de la lectura de la tesis de Gigi no puedo ni pensar en sugerirle que haga una escapada.

Y si algo aprendí de mi madre fue a sacrificarme por amor.

Un enjambre de jovencitas más pintadas que una puerta entra en la tienda. Su pose altanera y su taconeo de «aquí estoy yo, mírame» no presagian nada bueno. Y hoy no, decido que hoy no quiero broncas con crías repelentes. No es que se me planten delante y me desafíen; mis tatuajes son muy disuasorios, cubren todo mi cuerpo y van de lo gótico a lo terrorífico, con profusión de calaveras, tibias cruzadas, cuchillos sangrantes, cruces en llamas, flores carnívoras, escorpiones y serpientes, muchas serpientes con ojos maléficos que no invitan a la provocación. Y ahora, en verano, llevo brazos y piernas al descubierto. No hace falta que diga mucho más. El año pasado llevaba un *piercing* en la lengua pero se me infectó y tuve que quitármelo. Era mono pero no lo echo mucho de menos. Además, a Gigi le daba cierto reparo besarme con el diamantito de por medio. Y tampoco es que fuera auténtico, ¡ya te imaginarás!

A Gigi no le gustan los tatuajes ni los *piercings*, aunque ha aprendido a tolerar con buen talante que yo los lleve. La primera vez que los vio casi le da un vahído. Tuve que hacerle el boca a boca y cosquillitas para que se le pasara el susto. Le recordé que llevaba tatuajes desde que iba al instituto. Asintió. Lo recordaba. Por eso le daba miedo acercarse a mí, me confesó. Yo me eché a reír.

—¿Y ya no te doy miedo? —la provoqué con una sonrisita maléfica.

—A veces. Un poco. Pero también me gusta. Te prefiero a esas pijas remilgadas que pasean sus caniches como si fueran bebés. Ya sabes: a lo Paris Hilton.

Casi me meo de la risa. O del alivio. En los tiempos que corren, se agradece que te prefieran a ti a una súper heredera.

Lo que yo te decía: polos opuestos que se atraen sin remedio.

Me voy al banco con el dinero de caja, una manera tan efectiva como cualquier otra para perder de vista al parvulario.

Amanda me mira. ¿Eso que he visto era una sonrisa? Tal vez. Sabe cómo pienso, sabe que no me sobra la paciencia, ni siquiera con un café bien cargado de buena mañana. Sabe que, si no quiere líos, más le vale dejar que me escape. A fin de cuentas, Susan sabe lidiar a la perfección con estas niñas, tiene tres hermanas menores; ha tomado lecciones desde bien pequeña. Yo no

tengo alma de niñera.

Y eso me recuerda de nuevo a Ethan. De camino al banco devuelvo la llamada.

—¿Frankie?

—La misma. ¿Qué tripa se te ha roto ahora? ¿En qué nuevo lío andas metido?

—¿Por qué siempre tienes que pensar lo peor de mí?

—Porque te dedicas a la lucha libre... Por ejemplo.

—Pues va a ser que no, ¡fíjate! Ahí has patinado. Ya no peleo.

Me detengo justo a tiempo de no cruzar la calzada. Voy tan embobada y estoy tan patidifusa que si me animo a meterme entre los coches, me atropellan.

—Que ya no boxeas. ¿Y a qué noble oficio te dedicas ahora?

—Mujer, noble, lo que se dice noble... No sé yo...

—No me lo digas, de veras que no quiero saberlo. Y no tengo un puto euro, te lo aviso.

—Y a mí qué, ¿de veras pensabas que te he llamado para pedirte pasta?

Pues sí. Y si lo pienso, tampoco tiene lógica porque Ethan nunca me ha pedido nada. Eso hay que reconocérselo.

—Madre necesita dinero. Yo me las apaño como puedo. Pero Jack se ha largado y la ha dejado sin blanca. Literalmente. Sin un puto penique.

Jack es nuestro padre. Ethan nunca le ha llamado papi, ni papá, ni padre, ni ha usado con él ningún otro tratamiento que implicara respeto o cariño filial. No se lo reprocho, por supuesto. A decir verdad, yo también me he limitado a llamarlo por su nombre de pila. Sin ceremonias de ningún tipo.

¿Para qué? Dime tú para qué íbamos nosotros a tratarlo con respeto.

¿Qué coño sabía él de respeto?

—Tienes que venir y ayudarla. Lo está pasando muy mal. Las vecinas la atienden de tanto en tanto, pero ella no quiere largarse de la casa.

—¡Joder, Ethan! ¿Por qué no la ayudas tú?

—Porque ya no vivo en Glasgow, porque madre no quiere tenerme cerca y porque yo tampoco quiero volver a esa casa. Salí para no volver, recuérdalo.

—Como si fuera ayer, descuida.

—¿Irás a verla?

—Cuando esté de vacaciones...

Me interrumpe:

—¿Y cuándo será eso? Si no paga, la desahuciarán.

—Tranquilo, ya me ocuparé yo de que no se le acerquen antes de que llegue.

—Gracias, Frankie. Sabía que podía contar contigo.

—Déjate de lisonjas, que ya me tienes bastante contenta.

Y cuelgo.

Vuelvo a inspirar hondo. Esto me pasa por quejarme de chorradas.

¿Qué son cuatro impertinencias comparadas con un desahucio inminente?

Me dirijo al banco a hacer las gestiones pertinentes y vuelvo a la tienda. Más me vale comportarme como la empleada del año si no quiero que se tuerzan las cosas. Ahora más que nunca necesito ese mes de vacaciones. Y no va a ser tan placentero ni relajante como esperaba.

Cuando llego a casa a las cinco de la tarde, llamo a mi madre.

Tal y como suponía, la encuentro nerviosa y llena de ansiedad.

—Me ha llamado Ethan. ¿Qué ha pasado? ¿Es verdad que ese cerdo te ha dejado con el culo al aire?

—Frances, no hables así de tu padre.

Mi madre solo me llama *Frances* cuando se cabrea como una mona.

—Ni se te ocurra defenderlo. No delante de nosotros.

—A pesar de todos sus errores, sigue siendo tu padre, Frankie. Trata de ponerte en su lugar.

—Pero ¿tú te estás oyendo? Que me ponga en su lugar.

—Sí, que te pongas en su lugar porque tu padre, Frankie, está muy enfermo.

—No hace falta que lo jures. Su ludopatía y su mala cabeza han sido nuestra desgracia.

—Odio cuando te pones así: como si estuvieras por encima del Bien y del Mal.

—Eh, eh, no te equivoques, ya sé que no soy ninguna santa. Ni falta que hace, contigo tenemos ya suficiente santidad y olor de mártir.

—No puedo odiarlo como hacéis vosotros. No puedo, Frankie.

—Te ha dejado en la puta calle y sigues defendiéndolo.

—Y tú sigues atacándolo. Cuando nunca te ha puesto una mano encima, ni te levantó la voz, ni te dio un mal cogotazo.

—Me bastaba con ver lo que te hacía a ti.

—Siempre has sido una buena hija. Quizá demasiado.

Casi se me escapa decirle que soy mejor que Ethan, quien prefiere ver los toros desde la barrera, porque de lo contrario lo mismo le salpica la sangre y

se mancha.

—Ethan me ha dicho que si no pagas, te pueden echar de la casa. ¿Es verdad?

—Supongo. Pero no será hoy ni mañana.

—Pues mejor, porque hasta finales de mes no llego a Glasgow.

—¿Vas a volver?

Suspiro. Claro que voy a volver; volvería de todos modos porque me muero por estar con Georgia, aunque eso mi madre no lo sabe. Algún día de estos me sentaré con ella y le hablaré de Gigi; primero tenemos que dejar arregladas las cuentas y asegurarnos de que Jack no vuelve para joder la marrana y volver a esquilmarnos, que por lo visto sigue siendo su deporte predilecto.

—Frankie, ¿estás ahí? Te he preguntado si vas a volver a Escocia.

—Sí, claro que volveré. Tenemos que solucionar este lío de cojones. Y no estaría mal que solicitaras una orden de alejamiento para Jack. Cuanto más lejos lo tengamos, mejor.

—A veces me maravillo de lo despiadada que puedes llegar a ser, Frances.

—Alguien tiene que contrarrestar tanta candidez. Y Ethan ya ha dejado claro que no se dejará caer por el barrio.

—Ha encontrado trabajo en un club de Edimburgo. Espero que le dure más que a tu padre.

—Oh, ¿y ya le da para pagarse las juergas con sus fulanas?

—Frances...

Vale, lo he vuelto a hacer: he sido desagradable y pesimista con respecto a mi querido hermano. No confío en él, desde luego ni la mitad que ella. Y digan lo que digan, me sobran motivos para mostrarme escéptica. Alguien tiene que poner algo de sentido común en esta familia, ¡por Robert Wallace!

—Lo siento, no he querido ser tan pesimista... Pero no te hagas de nuevas, que las dos conocemos a Ethan y sabemos lo mucho que le gustan un buen culo y unas buenas tetas.

—¿Y acaso no es lo natural? Lo que de veras me preocupa es verte a ti más sola que la una, lejos de casa y sin nadie que te mime. ¿Ya comes bien? Seguro que estás más delgada que un palo de escoba. Y así, ¿cómo quieres atraer a los hombres?

La preparo o no la preparo. No, mejor dejémoslo estar, que ya la tenemos bastante ansiosa con el tema económico. Cuando se sosiegue todo, ya habrá

tiempo de ir acostumbrándola a la idea.

Y eso me recuerda que hace una semana que no sé nada de Gigi y empiezo a preocuparme, a pesar de saber que le faltan horas en el día para elaborar su tesis y que chatear, incluso conmigo, no está entre sus prioridades inmediatas.

—Estoy más sana que un roble, ya lo verás cuando llegue. Vas a tener que ponerme a dieta porque no voy a caber por la puerta. Y olvídate de tartas y dulces, que ya bastante abuso yo desde que vivo sola aquí.

—Me lo temía: comes fatal. ¡Si ya lo sabía yo! Vas a acabar con anemia o algo peor.

—Que no, que no, te dejo, hablamos, me avises si necesitas algo, no te calles, callar no sirve de nada.

Y así me despido de ella, sabiendo que no me va a hacer ni puto caso. Para ser francos, yo tampoco le hago mucho caso a ella... casi nunca.

3

Lunes, 22 de junio

Cuento los días.

Cuento las horas.

Anoche por fin pude hablar un rato con Gigi cuando conecté el chat. Está mohína porque Lucy se escapó hace diez días y todavía no ha dado señales de vida. Ya le dije yo que los gatos van a su bola, pasan de todo, son muy suyos. Pero la natural bondad que alberga su cándido corazón la vuelve sorda a todos mis sabios consejos. Ya aparecerá un día de estos; de lo contrario, me tocará acompañarla a alguna excursión nocturna en busca de un nuevo compañero de juegos. Es incapaz de vivir sin mascotas, tan incapaz como soy yo de vivir con ellas.

Pero a decir verdad, tampoco la querría tanto si fuera como yo. Con una como yo hay más que suficiente.

No le he dicho nada de mi próxima vuelta a Glasgow. Quiero darle una sorpresa y presentarme en la residencia ligerita de ropa y con una botella de carísimo champán francés para celebrar. Estoy dadivosa. Y es que la paga de este mes viene con un plus que no esperaba y no podía rechazar, claro está. Haciendo cuentas, puedo salvarle el culo a mi madre y además me sobra para mimar a la otra mujer de mi vida.

De hecho, he decidido celebrar con una cena la llegada de mis vacaciones. He invitado a todas mis compañeras de Fashion's a una cena mañana por la noche en un tailandés de Oude Zijde.

Ya ves: estoy que lo tiro por la ventana.

Es el verano, que me revoluciona las feromonas y me revitaliza toda.

¡Tengo ganas de cantar, tengo ganas de bailar, tengo ganas de...! Vale, no lo digo, no lo digo, pero tú ya lo imaginas.

Es hora de escuchar a Lady Gaga. Mi cuerpo y mis endorfinas me lo piden a gritos.

Conecto el iPod a los altavoces y me dejo llevar por la delirante música de *So happy I could die*.

La cancioncita no podía reflejar mejor mi estado de ánimo actual.

Porque sí, Gigi estaba mohína al principio de la noche, con el tema de la fuga de su gata, pero al acabar, ¡ay, al acabar! Subió la temperatura, subió mucho... Pero como ocurre siempre con el chat, me quedé con ganas de más.

¡Qué ganas de volver a verla!

No sé cómo nos apañaremos en la habitación de la residencia, que imagino será minúscula y espartana como la celda de un monasterio medieval de esos que tanto le gustan.

A mí, sin embargo, lo que me gustaría sería secuestrarla y llevarla a un castillo abandonado de las Highlands, muy abandonado, y desde hace muchos siglos. Quizá, sí, con algún espíritu que vagara por entre sus paredes y le pusiera emoción al momento.

Pero si te digo la verdad: no sé si Gigi cree en fantasmas y almas errantes.

No es el tipo de cosas que una pregunta habitualmente en el chat.

«Oye, ¿tú crees en fantasmas y esos rollos?»

Nunca he preguntado nada semejante ni a Jan ni a Björn, ni quiero imaginar su respuesta.

¿Y por qué me da a mí ahora por pensar estas chorradas?

Ah, sí, por lo del castillito de marras.

Dejémoslo ahí. Cuando llegue a Glasgow ya veré a dónde la llevo... A mi casa no, y a la suya mucho menos.

Un día que tenía ganas de hablar de su familia me dijo que sus padres siguen tan enamorados como el primer día; se conocieron en una cacería del zorro mientras perseguían a un ejemplar especialmente singular, y desde entonces no se han separado. Se llaman Brianna y Nathaniel, y ella es diez años mayor que él. Me gusta creer que eso refleja un anti-conformismo, un arrebató revolucionario que podría ayudarlos a aceptar mejor nuestra relación.

Tal vez esté demostrando un exceso de optimismo impropio de mí.

Tal vez el amor esté cambiando mis parámetros, mis convicciones, mis ideas de... Todo.

¿Debería preocuparme?

¿Debería considerarlo algo natural?

No quiero que el amor me ciegue como cegó a mi madre.

Pero si llega, ¿cómo podré evitarlo?

El amor es una droga, y como todas las drogas anula la voluntad y aniquila

el raciocinio.

Muy peligroso todo junto.

Muy placentero también. El amor, como la cocaína, primero te lleva al éxtasis y luego te suelta la mano para que caigas en picado y te pegues la gran hostia.

No sé si me gusta.

Yo siempre he tenido los pies en la tierra. Odio el azar en todas sus formas. No puedo permitir que la diosa Fortuna juegue con mi vida ni con mis emociones.

¡Joder, me he puesto de un filósofo que da asco!

Necesito algo fuerte, pero soy de los pocos escoceses que no toleran el whisky. De ningún tipo.

No es mi cerebro, es mi estómago el que dice NO.

Dos veces que lo probé de jovencita y dos potadas que eché a los diez minutos.

Pero no quiero beber sola. Me conecto y le mando un wasap a Jan.

Bebida, bebida, bebida, quiero bebida. ¿Me acompañas al Barrio Rojo?

Me responde al punto:

Uhhh... Dame media hora.

Con la bici yo tardo tres cuartos.

Te espero en el garito que hay frente a la súper joyería.

¿No lo habían cerrado?

Lo intentaron. Pero esto es Amsterdam, recuerda. El vicio nunca muere.

Mejor para nosotros.

Me despido y me voy a la ducha.

Hoy, además de contenta, quiero ponerme guapa. ¡Mira tú por dónde!

Claro que entre Jan y yo no hay nada ya, pero él es un hombre y yo una mujer. Y las leyes de la naturaleza dictan que la hembra ha de incitar al macho. Podemos jugar, como hacíamos antaño, sabiendo que hay una línea que ninguno de nosotros cruzará. Porque ya la pasión ni nos une ni nos hace saltar uno encima del otro. Eso pasó.

Debo preguntarle si ha vuelto a ver a su último loco ligue.

Aunque supongo que ya se habrá curado. A Jan no le duran mucho las

penas. Como las saca fuera, se largan rápido y lejos.

¿Cómo me comportaría yo si tuviera una pena de Amor?

¿Cómo reaccionaría?

¿Lo descubriré alguna vez?

¿Me dejaré atrapar por el monstruo de la inseguridad y los celos?

¿Dejaré que la monotonía y el tedio dominen mi vida?

¿O prevalecerá mi yo más autosuficiente y pragmático, ese que me obliga a seguir adelante contra todo y todos?

¡Y vuelta a la filosofía barata!

Me pongo de tiros largos y saco mis pinturas de guerra, dispuesta a quemar la noche.

Miro la hora en el móvil y me largo a mi cita pseudo-amorosa con Jan.

Es una delicia pasear por Amsterdam en bici con esta temperatura primaveral, casi veraniega, y a esta hora del día en que todos están en casa preparando la cena, o viendo la película en el quinto canal.

No hay apenas gente en la calle, un par de ciclistas como yo pedalean relajadamente, sin prisa, sin estrés. Así estoy yo. A un día de mis vacaciones. Solo me queda una sesión de locura juvenil. ¡Y ADIÓS!

¡Qué grata sensación!

Quiero saborearla, deleitarme con ella.

Estoy de ese humor que si Jan me propone echarnos un polvete, lo mismo le digo que sí.

Pero no va a proponérmelo porque Jan me conoce, y sabe que si acabo muy borracha no distingo sexos y soy capaz de lo que sea. Y él es un buen amigo; no se aprovecha de estas situaciones como muchos otros harían.

Cuando llego, está todo tan desierto que da un poco de miedo. Incluso a mí.

Las luces rojas de las farolas se reflejan en las aguas del canal.

A veces, más de uno, con una cogorza impresionante, se ha tirado de cabeza al agua. Uno se ahogó una vez, y a otra tuvieron que hacerle la reanimación cardiopulmonar. Fue en enero. Yo no me tiro a esas aguas en enero por muy borracha o colocada que vaya. Hay en mi cerebro un chip de emergencia para situaciones desesperadas. Lo he probado en media docena de ocasiones, y en todas me ha salvado por los pelos.

Nunca he sido muy amante de nadar, ni de playas o piscinas.

A lo mejor, porque nací en noviembre, tengo cierta querencia a los aires otoñales, los árboles dorados y rojos, la lluvia, el viento y el frío; el sofá y la

manta; las películas de acción y las palomitas de colores. A todas esas cosas que se hacen cuando la noche cae y uno se queda más a gusto en casa. Imagino veladas de esas, con Gigi, mientras entro en el local donde he quedado con mi ex.

Está oscuro y huele a tabaco, cerveza negra y testosterona.

Un par de jovencuelos de apenas dieciocho años juegan al billar; a sendos lados dos rubias de bote, con pechos inmensos y sonrisas aburridas, miran cómo juegan aunque probablemente tengan la cabeza en lo que pasará después, cuando haya terminado la partida y cada oveja se largue con su pareja.

En un reservado, al fondo del local, Jan me saluda con la cerveza en la mano.

No hay apenas gente porque todavía son las nueve de la noche y la gente no aparece hasta las once.

Mejor, hay cosas que quiero contarle a Jan sin demasiadas interrupciones, y sin tener que gritar como una verdulera.

—Frankie, ¡uauuu! Quién te ha visto y quién te ve. Si hasta pareces una mujer como las demás.

Vale, me he puesto mi mejor vestido. Uno negro de falda muy corta y escote de vértigo, me he maquillado con esmero y me he soltado la melena rubia. A veces me apetece disfrazarme de mujer fatal.

¿Por qué la gente arma tanto escándalo cuando, por una noche, hago algo que todas las demás mujeres hacen todos los días sin excepción?

—Ni que nunca hubieras visto a una tía con un vestido negro y el pelo suelto.

—He visto a muchas tías con vestidos negros y melenas al viento... Pero no a ti. Es... refrescante. Me gusta. ¿Tienes algún tatuaje nuevo que no haya visto desde la última vez que quedamos?

—Pero ¡mírame! ¿Ves que quede piel sin tatuar?

—Uhhh, no. La verdad es que no. ¿Y Georgia no se asusta con tanto tatuaje escabroso?

—Oh, ya la tengo curada de espantos. Si en el fondo le gustan, ella no se atreve a hacérselos, pero le gustan. Yo sé que sí.

—¿Y a sus padres? ¿También les gusta una chica tatuada como pareja de su hija?

—Ayy, qué malo eres. Sabes que no saben nada.

—Una relación secreta y tormentosa. ¡Me encanta!

—Ja. Ja. Ja. No te pases, Jan, que he venido a pasármelo bien y no a

hablar de los padres de Gigi.

Uno de los chicos que trabaja en la barra se acerca a nuestro reservado y me pregunta qué quiero de beber.

—Una Heineken. Y patatas fritas con mayonesa.

¡Dios, me muero de hambre! Ha debido de ser el pedaleo.

El chico vuelve a la barra con una sonrisa. Me conoce de vista porque frecuentamos bastante el local, sobre todo en invierno, cuando es de los pocos garitos que se mantienen deliciosamente caldeados mientras afuera todo es ventisca glacial.

—¿Qué tal el curro?

—Ayy, cuento las horas: menos de veinticuatro y estaré fuera. La jodienda es que debo volver a Glasgow. Problemas familiares.

—Pero verás a Georgia...

—Esa es la idea, pero hace tiempo que aprendí a no hacer planes. Quiero verla, claro que sí, pero nada de programar nada. Quiero darle una sorpresa.

—Cuidado, no te la lleves tú.

Me traen mi Heineken y doy un trago largo.

Me traen también mi ración de patatas y me como la mitad casi sin respirar.

Cierro los ojos. Ahora mismo esto es lo más parecido al paraíso que conozco.

—Digo, Frankie, que a ver si te vas a llevar tú la sorpresa.

—¿Qué es lo peor que me puede pasar, a ver?

—Que os pillen sus padres en el clímax del orgasmo...

—Ya somos mayorcitas, ¿no crees?

—La cuestión es: ¿Lo creen ellos?

—Jan, no me seas cenizo, que se me va a indigestar la cerveza con tus malos augurios.

—Frankie, Frankie, soy un buen chico. Te preparo para la vida moderna, donde puede pasar de todo. Siempre hay que tener un plan B.

—Siempre tengo un plan B, fue una de las primeras cosas que nos enseñó Jack. Aunque él se refería al póquer, claro.

—¿Jack? ¿Quién es Jack?

—Mi padre. Por decir algo.

—¿El motivo de tu vuelta a los orígenes?

Pongo tal cara de cabreo que no necesita que le responda.

—Joder, ni siquiera sé por qué leches lo he nombrado. Lo último que

quiero esta noche es hablarte de ese cerdo.

—Vale, me queda claro que no os une una relación tierna y cariñosa.

—No hay relación. Ninguna. Ni la más mínima o remota. Nada. Cero.

—Siempre he pensado que tu vida daría para una novela.

—Pues escríbela. Si tienes paciencia. Gigi dice que es casi peor que una tesis.

—Gigi no tiene imaginación.

—Pues no mucha. Pero eso no te da derecho a tutearla.

—Oooh, me encanta cuando te me pones celosona.

—Que yo ¿qué?

—Vamos, no disimules. Te he pillado en pleno ataque de celos. Y mira que te he dicho más de una vez que no me van las pelirrojas. Demasiado fuego en el cuerpo.

Me pregunto cuándo le dije yo a Jan que Gigi es pelirroja. Debió de ser uno de esos días en que andaba muy pedo, porque yo casi nunca hablo de lo guapísima que es. Ni de lo patito feo que me siento a su lado. Esas cosas nunca se las digo a nadie.

Los complejos te vuelven débil.

No puedo permitirme ser débil. Ahora menos que nunca.

Jan mira a la puerta, vuelvo la cabeza para ver qué llama tanto su atención.

Trago saliva, ¡es Björn!

¿Qué coño hace Björn aquí?

Sonríó al ver cómo me mira. Jan y Björn no se conocen. Bueno, al menos yo nunca los he presentado.

Y quizás haya llegado la hora, pienso al ver cómo mi ex se dirige hacia nosotros con paso calmo y una sonrisa de oreja a oreja.

Si aún se harán amigos, ¿será posible?

—Frankie, cariño, ¡cuánto tiempo!

Me da dos sonoros besos en la mejilla. Como antes, cuando éramos lo más parecido a unos novios cualesquiera.

—El mundo es un pañuelo, Björn. ¿Cómo tú por aquí?

Björn es la versión masculina de Georgia: un pijo de cojones que se va de fin de semana a Nueva Zelanda con todos los gastos pagados, y no se pierde ni un solo partido de la Super Bowl. Y por supuesto los ve todos en directo, con el mejor asiento que se pueda pagar.

Vale, te estoy viendo: estás pensando que he cambiado a un pijo holandés

por una pija escocesa. Pues no es tan simple, que lo sepas. Ni tampoco fue de un día para otro. Te recuerdo que yo salía con los dos.

Sin complejos, sin problemas, sin remordimientos.

—Ya ves... Tenía ganas de mezclarme con el vulgo —y sonrío candorosamente al decirlo. Sabe que es una broma; Björn es un pijo, sí, pero no de ese tipo que te mira por encima del hombro. Siempre ha actuado con naturalidad, es tan guapo que no necesita ponerse borde para tener a las chicas a sus pies. Y en cualquier caso, yo ya soy Prehistoria para él.

—Tú siempre tan simpático —le golpeo en el brazo, mitad furia, mitad cariño fraternal. Desde luego, siempre he tenido más confianza con él que con Ethan.

—¿No me presentas a tu novio?

Es una provocación porque Björn está muy al día de mi relación con Gigi.

—Jan no es mi novio, y lo sabes de sobras.

—Tiene razón, soy su ex novio. Lo nuestro pertenece al Jurásico.

—¿A qué período concreto?

—¿Quién quiere una patata? Están riquísimas —digo con la boca llena. Me niego en redondo a responder esa pregunta trampa.

—Frankie —dice Jan, entrecerrando los ojos—, ¿no habrás jugado a dos bandas?

—¡Por quién me tomas! Sabes que no soy mujer de juegos. Nunca has conocido a nadie tan sincero como yo.

Los dos me miran, sabiendo que miento sin reparo ni pudor la mitad de las veces.

—¿Y qué? Tampoco teníamos ningún compromiso, que yo sepa.

Se ríen. Y es que es tan inútil ponernos a discutir eso ahora, ¡hace tanto tiempo!

Björn se sienta a mi lado y le hace una seña al camarero.

Pide otra Heineken y me pregunta qué hacemos allí.

—Emborracharnos como cubas para celebrar que mañana es mi último día en el curro.

—¿Te largas de *Fashion's*? ¡No te habrán despedido!

Björn enarca las cejas de esa manera suya tan... suya.

—¡Qué dices, bruto! Me voy de vacaciones.

—A Glasgow —señala Jan con ánimo de desalentarlo. No sé yo con qué intención.

—Pero si me dijiste que NUNCA volverías allí —protesta el otro.

—Recuérdame que no vuelva a hacer juramentos de sangre.

—¿Problemas en el paraíso?

—¡Más quisieras!

—¡Más quisieras tú volver conmigo! Te recuerdo que mis padres todavía te echan de menos.

Pongo los ojos en blanco.

—Tus padres no son de este mundo.

—Son un pelín excéntricos, por eso les has caído tan bien siempre.

—Tanto liberalismo y tanto pensamiento libre me asustan.

A pesar de todos mis tatuajes, soy una chica muy tradicional.

Los dos se echan a reír a carcajadas.

Vale, ya estoy borracha.

Pero no tanto como para no darme cuenta de que, de repente, la cara de Jan ha perdido todo el color.

Mira hacia la puerta, y cuando estoy a punto de imitarlo para saber qué leches pasa, me agarra la barbilla con su mano derecha y me besa en la boca como si no hubiera un mañana.

Yo ni respiro, solo miro en dirección a la puerta donde aparece una rubia de bote, toda ella tirabuzones, que camina rauda —y bastante cabreada— hacia nosotros.

Se planta junto a Jan, me empuja con violencia para apartarme de él y grita como una energúmena:

—¿Qué crees que estás haciendo con esta puta barata, eh?

Probablemente este sea el mejor momento para dejar claro que ni soy puta, ni soy barata. Que soy de una sola mujer, a la que guardo fidelidad hasta la muerte. Pero Jan sigue siendo mi amigo, y esta estúpida no se lo merece. Así de claro se lo hago saber.

—Pero ¿tía, de qué vas? ¿A ti no te ha enseñado nadie a ligar? ¿Tanto te asusta la competencia que tienes que ir apartándola a empujones?

Un elefante en una cacharrería no lo hubiera hecho peor.

—Desaparece —me exige, fulminándome con la mirada. Mirada de tigresa, como sus zarpas color carmín. ¡Qué ordinaria, por favor!

—Tú a mí no me dices lo que tengo que hacer, putón barato —le suelto a la tipa, sin pestañear. Acto seguido, miro a mi ex con cara de estupefacción y le reclamo, también a grito pelado—: ¿De dónde has sacado a esta pava, Jan? ¡Joder, tío, cada día las escoges peor! Si es que no te puedo dejar solo...

Björn mira la escena la mar de entretenido. Adora las peleas, los

conflictos, el melodrama en general, y el de hoy en particular.

Ricitos de Oro se lo queda mirando un instante. Una mirada fría y muy, muy calculadora. Lo mismo piensa que Jan ya no le conviene. Y desde luego, si yo fuera ella, elegiría a Björn sin pensármelo dos veces. Es de las que va buscando dinero fácil, un anillo de diamantes y una casita con jardín y piscina. Si ha salido más de una vez con Jan ya habrá caído en la cuenta de que no es el candidato ideal; es un amor de hombre, pero asquerosamente bohemio: no quiere ataduras con nada ni con nadie, quizá solo con su guitarra española — que toca con mucho arte en un tablao flamenco las noches de los sábados— y con Penélope, su hámster, con quien comparte piso en una calle próxima a Prinsengracht.

En cualquier caso, no lo veo con ganas de comprometerse, y mucho menos con alguien tan obvio y poco sutil. Jan parece pensar lo mismo porque, de repente, actúa como si Ricitos no estuviera ahí, plantada, esperando vete tú a saber qué.

—Y bien, Frankie, ¿qué tienes pensado para seducir a Gigi, una vez estéis juntitas en Glasgow?

¡Zasca en toda la boca!

Me echo a reír. Ha sido una manera muy suave y elegante de dejar en evidencia a Ricitos.

Ella también parece pensarlo así, porque da media vuelta y se larga por donde ha venido. Y podría haber ligado con Björn, eh, que está lo bastante borracho para aceptar cualquier propuesta. Pero se lo ha pensado mejor y ha decidido que no es una buena noche para seguir haciendo el ridículo. Con lo bien que le habría ido si se hubiese presentado tranquilamente, como una novia más de Jan, y se hubiera ofrecido a pagarnos una ronda. Nadie se resiste a una ronda de bebidas, ni siquiera pagada por una rubia de bote tonta.

—Pues no parecía mala chica —comenta Björn, que lo mismo realmente se ha quedado con las ganas de probar la mercancía.

—Pues quizá sí sea un buen polvo —admito con una sonrisa—, si grita en la cama con el mismo ímpetu que lo ha hecho aquí, lo mismo puede engañarte y fingir un orgasmo apoteósico. Voz tiene, la muchacha, ¿no me dijiste que era cantante, Jan? ¿Y cómo se llamaba? Ni siquiera nos ha dicho su nombre. ¡Qué mal educada!

—Hannah, se llama Hannah. ¿Cantante? Pse... Ha hecho alguna que otra actuación en locales de mala muerte como este —cuchichea en voz muy bajita para que nadie más que nosotros lo oiga—, pero no llegará muy lejos.

Demasiado ego. Y demasiada teta. Hoy ya no se llevan las tetas grandes.

Sin querer, me miro el canalillo. Ha sido un gesto inconsciente porque a mí nunca me ha preocupado el tamaño de mis pechos.

—Las tuyas son perfectas, Frankie. No te obsesiones tú ahora.

La verdad, no sé qué hago con mis dos ex, uno a cada lado, borracha perdida, hablando de tamaños mamarios y con una nostalgia tremenda, horrible, y un deseo loco y feroz de acariciar los pechos de Georgia. Ella sí tiene unos pechos preciosos. Quizá Jan los consideraría «grandes», pero es a mí a quien le tienen que gustar, NO A ÉL.

Jan me devuelve a la realidad.

—Pensando en las tetas de Gigi...

—Joder, tío, odio que me leas el pensamiento —protesto—. Me da yuyu.

—No soy un mentalista, simplemente voy directo a la evidencia. Si hablamos de pechos, pensamos en mujeres; si pensamos en mujeres, cada cual piensa en la suya, ¿sí o sí?

Lo odio cuando se pone en ese plan. Sobre todo, porque tiene razón.

—Tíos, yo me largo. A ver si encuentro a alguien con quien pasar la noche.

—¿Y por qué no la pasas con nosotros? —propone Jan.

—No me van esos rollos, tíos. Además, desde que Frankie me dijo que anda con otra mujer se me corta el rollo. Lo siento, nena, pero es así. Te imagino con una tía y se me desinfla todo.

Pongo los ojos en blanco. ¡Lo que tengo que oír!

—Pues vete, anda. Y a ver si quedamos cuando vuelva. Quiero presentarte a Gigi, seguro que te cae de puta madre. Si es tan pija como tú... Tenéis que llevaros bien por cojones.

—Te contaré un secreto —Jan acerca sus labios a mi oreja izquierda—; no todos los pijos se llevan bien entre ellos.

—Pero *ellos* sí. Tienen que hacer un esfuerzo —insisto como si me fuera la vida en ello. ¡Ay, Señor, qué curda llevo encima!

—Prometido. Conoceré a tu Gigi y «haré un esfuerzo» por caerle bien.

—Gigi es un amor, de veras. Ella no tiene que esforzarse para caerle bien a nadie. Tiene un don natural. Hasta ahora solo lo ha desarrollado con animales, pero funciona igual con la gente. Me sedujo a mí, ¡cómo no va a seduciros a vosotros!

Lo digo tan convencida como si fuera una Verdad Universal.

Pero ¿acaso no lo es?

¿Cómo podrían resistirse a alguien tan encantador?

Ellos, que son tan románticos.

—Frankie, de veras me preocupa lo que te puede llegar a afectar una sola Heineken —se despide Björn con una sonrisa y un beso—. Destapa toda tu vulnerabilidad; ten cuidado, no vayas a descuidarte en presencia de extraños. No todo el mundo te comprende como nosotros.

Frunzo el ceño. No sé muy bien a qué ha querido referirse con «extraños». Pero decido no hacer caso. No quiero pensar a estas horas de la ma... Miro mi reloj de pulsera... de la madrugada. ¡Hostia, son las tres!

Cualquiera coge ahora la bici.

Mejor la dejo aquí, y me voy caminando a...

—Jan, ¿pasamos la noche juntos?

—Sí, pero no revueltos.

—Hablo de dormir, cafre. ¿En tu casa o en la mía?

—Donde quieras. Mejor en la tuya. En la mía apenas sí puedo entrar. La mugre me tira para atrás cada vez que abro la puerta.

—Joder, tío, menos guitarra y más bayeta, agua y jabón.

—Lo dijo Súper Limpia, que se pasa las horas sacando lustre a los suelos. ¡Frankie, no me hagas reír, que nos conocemos!

—Vale, dormimos juntos en mi cama. Pero dormimos, eh, que no quiero empezar mis vacaciones con remordimientos.

—Si en el fondo eres un pedazo de pan, Frankie; no sé por qué te empeñas en llevar esa coraza a prueba de balas.

—Si no la tuviera, ya estaría muerta.

—Eaaa, ¡qué exagerada! El tipo no puede ser tan malo.

—¿Tipo? ¿Qué tipo?

—Tu viejo.

—Jack no mataría ni a una mosca, el desgraciado. Mucha palabrería y mucha chulería de gallito de pelea, pero a la hora de la verdad míralo: se larga por la puerta de atrás con nocturnidad y alevosía.

Nos largamos del bar después de pagar las birras y mis patatas.

De repente caigo en que no era una buena combinación.

¡Estoy a punto de potar!

—Jan —una náusea repentina y violenta me lo revuelve todo—. Voy a echar hasta la primera papilla...

Dicho y hecho. A duras penas me arrastro hasta un rincón oscuro, frente a unos cubos de basura, donde desembucho todo lo digerido hasta ahora, desde

el desayuno.

¡Joder, cómo odio vomitar!

¡¡Ooops!! Un eructo, otra náusea, otro eructo. Y parece que ya pasó todo.

Jan me agarra por los hombros y me acompaña hasta casa.

Ethan nunca me vio vomitar, nunca me sostuvo la frente ni me apartó la melena para que no se me manchara. Mi hermano nunca ha estado cuando se le ha necesitado. Claro que lo mismo podría decir él de nosotros. De hecho, no se cansa de repetirlo.

Tú dirías que es un resentido. Y no te falta razón.

También solía tener sus momentos buenos, solo que yo apenas los recuerdo; me llegan muy de vez en cuando, y entre brumas. Pero sí, he de reconocer que, cuando era pequeña, solía hacerme reír con sus payasadas. Pasábamos tantas noches solos los dos, con nuestra madre trabajando, y nuestro padre en paradero desconocido.

—Frankie, ¿estás bien? Tienes un color de cara... inquietante. El gris de tus mejillas se confunde con el de tus ojos. Vamos a casa, anda. Necesitas una ducha de agua fría y dormir la mona.

Sonríó. He de confesarte algo: soy muy vanidosa respecto al color de mis ojos. Son de un color gris plata precioso, sí, aunque quede muy mal decirlo con tanta desfachatez. Pero por una cosa de la que puedo presumir a las claras, ¡ya me dirás tú si vale la pena ponerse remilgada y modesta!

Hacemos el camino andando, Jan me rodea los hombros con su fuerte brazo. Es un amor. Pero la próxima vez que salga a ligar, lo voy a acompañar y asegurarme así de que ninguna lagarta sin educación ni dos dedos de frente me lo embelese y confunda.

—Prométeme que te vas a comportar mientras esté en Glasgow. Nada de putas ni criaturas sin seso.

—No puedo prometerte algo así. Soy como un imán para las mujeres que están fatal de la cabeza.

—Pues si no te portas como un buen chico, tendré que llamar a Björn y pedirle que cuide de ti. Tampoco os habéis caído tan mal...

—Es buen tío. ¿Desde cuándo lo conoces?

Suspiro. ¡Qué más da! Si estoy con Gigi, puedo confesar mi pequeño pecado:

—Desde que llegué aquí. Tardé un par de días en conocerlo.

—A mí me conociste al día siguiente de llegar...

—Pues haz cuentas.

—Caray, Frankie, ¡quién lo hubiera dicho! Jugando a dos bandas. ¡Vaya, vaya!

—No lo hice con mala intención. Soy una mujer soltera y libre.

—Claro, claro. Nadie lo pone en duda.

—Tampoco recuerdo haberte engañado, ni haberme reservado para ti en exclusiva.

Subimos por Geldersekkade, junto al canal, hasta la iglesia de San Nicolás, y tomamos las calles Prins y Hendrikkade hasta mi piso en Kalmarkt, también junto a un canal; vivimos rodeados de canales. Es otro de los muchos encantos de esta ciudad.

Y la voy a echar mucho de menos, porque solo aquí me he sentido realmente YO.

Y por mucha ilusión que me haga volver a ver a Gigi, Glasgow siempre saca lo peor de mí; el recordatorio constante de la marginalidad y la pobreza de nuestro barrio de prostitutas y yonquis. Las calles sucias, los muros llenos de grafitis obscenos, el olor a orín en las esquinas, las voces, los gritos y alguna que otra bala que podía pasar de largo sin rozarte... o no. Creí de veras haber dejado todo eso atrás. Pero como dijo alguien una vez: el pasado siempre te persigue; y no importa cuánto corras, cuán lejos creas haber llegado, que él siempre consigue darte alcance. Para recordarte que solo eres polvo.

—Frankie, ¿estás llorando?

Me lo miro como si fuera de otro planeta.

—Pero ¡qué dices!

—Me ha parecido ver una lágrima furtiva.

—A estas horas tú ya ves visiones.

—Está bien —me concede como un gesto de gracia—, no lo reconozcas si no quieres. Pero yo sé lo que he visto.

No le replico. Lo dejo con su teoría. A fin de cuentas, ¡qué me importa quién me vea llorar a estas horas de la madrugada!

Llegamos a mi casa y a duras penas puedo meter la llave en la cerradura. Los ojos se me cierran sin remisión, y Jan me sujeta porque me tambaleo sin saber muy bien por qué.

Entramos y me acompaña a mi dormitorio. Me ayuda a desvestirme y a meterme en la cama.

—¿Sigues queriendo que durmamos juntos?

—Claro que sí. Dormiré mejor si sé que estás cuidándome.

—Me encanta cuando te pones sentimental sin querer.

Le escucho a medias... Voy cayendo lentamente en la inconsciencia hasta no ser capaz de ver ni oír nada más.

A la mañana siguiente el ruido del agua en la ducha me despierta.

Sonrío. Anoche estaba tan hecha polvo que hubiera dormido de pie.

Me desperezo como un gato, bostezo y entreabro los ojos al sol de junio. Me encanta que el último día de trabajo haga día de campo y playa.

No te lo vas a creer, pero no he pisado una playa en toda mi vida.

Esa es mi asignatura pendiente para este verano. Quiero llevar a Gigi a alguna isla griega, perdida en el Mediterráneo.

¿Habrá playas nudistas en Grecia?

También podríamos irnos a Ibiza, me ha dicho Susan que es puro vicio. Y además hay mucho famoseo del que le gusta a Gigi.

Aunque lo mismo le gusta más a su madre que a ella.

De repente, pensar en Brianna McFarland me da acidez de estómago y me quita el poco apetito que me queda después de la vomitona de anoche.

—Oh, Bella Durmiente, ya estáis despierta. ¿Cómo habéis amanecido, mi señora?

—Pero ¿a ti te ha dado un aire o qué? No me lo digas: El agua de la ducha estaba demasiado fría y te ha provocado un cortocircuito neuronal que te ha trasladado de golpe al siglo XV.

Jan menea su rubia cabeza.

—Para nada. Solo estaba acostumbrándote al lenguaje cortesano y medieval. Si Georgia está metida de cabeza en su tesis, seguramente estará ya hablando en inglés antiguo, ¡como si lo viera!

—Capaz es, desde luego. Cuando se mete en algo, lo hace a conciencia y hasta las últimas consecuencias.

—¿Hago café para dos?

—Y para cuatro también, yo tomo dos tazas o no soy capaz de ir a buscar mi bici.

—Es verdad, la dejaste en el Barrio Rojo. ¿Ya tienes ganas de ir hasta allí? Mira que te queda en la otra punta de Fashion's.

—He de purgar mi culpa. Además, caminar me vendrá bien para despejar la resaca.

—No seas tan dura contigo misma, Frankie —me consuela—. Una cogorza la pillas cualquiera.

Le sonrío y le pellizco en la mejilla. Es tan adorable que a veces lamento

que lo nuestro no funcionara. Voy a echarle muchísimo de menos.

4

Lunes, 29 de junio

Volver a Glasgow provoca en mí sentimientos encontrados. Me hace una ilusión loca volver a ver a mi madre, pero al mismo tiempo me entristece y llena de amargura recordar por qué me fui de allí hace seis años.

Y vuelvo porque sé que es un viaje relámpago de apenas dos semanas, acaso un mes si las cosas con Gigi se complican más de la cuenta.

Y sé que van a complicarse sin remedio si pretendo llevármela conmigo a Holanda. Tú lo llamarías secuestro; yo lo llamo rescate.

Y sí, quizás estoy erigiéndome en Dios o algo así, decidiendo de antemano dónde y cómo puede Gigi ser feliz. Pero vamos, que hemos tenido infinidad de charlas, virtuales y reales, en las cuales ha quedado bien claro con quién quiere estar ella. Que yo no le impongo mi presencia al que no quiere estar conmigo, ¿por quién me has tomado?

Estoy en el avión, de camino a Escocia; mi compañero de asiento duerme como un bendito y ronca que da grima. Me dan ganas de darle un codazo en las costillas, a ver si se da por enterado y cierra esa boca. No debe de ser mucho mayor que yo, rondará los cuarenta y tantos, y tampoco es feo, pero en esa postura, y con esos ronquidos, no tiene ningún atractivo ahora mismo. De todos modos, tampoco debería importarme; los tiempos en que se me iban los ojos detrás de los tíos pasaron a la historia. Afortunadamente, he podido conservar una estupenda amistad con mis dos ex, ya lo viste el otro día.

Todavía me río cuando recuerdo la escena con la cantante aquella de tres al cuarto, la tal Hannah, ¡vaya elemento! En fin, gente así es la que te divierte en los malos ratos. Dios bendiga a las Hannah del mundo, ponen sal y pimienta a este guiso nuestro que es la vida. Seguro que sigue mosqueada por el desplante de Jan, pero se le pasará; si hay algo que sobra en Amsterdam son tíos con la buena planta y el carisma de Jan. No tardará en encontrar a otro incauto al que camelar; encontrar a otra como yo ya es más difícil, así que ya

puede alegrarse de su buena ventura.

Más deprimente fue la despedida con Susan ayer.

Nos emborrachamos y nos pusimos tan moñas que por un momento temí que se me echara encima con intenciones deshonestas.

En cambio, me habló de su novio.

Perdón, su ex novio.

Llevaban cuatro años juntos cuando lo pilló en la cama de su vecina. De la vecina de ella, se entiende.

Yo me quedé a cuadros. Pero ¿de veras hay historias así todavía?

¿No es muy de culebrón ochentero?

Aunque ya sabes que yo de culebrones voy muy pez; vaya, que apenas habré visto uno en toda mi vida. Y ni siquiera entero, claro... Con los chorrocientos mil capítulos que tienen. ¡Cualquiera aguanta eso! Uff, solo de pensarlo me pongo mala.

Pero igual me parece muy visto, muy manido, lo del noviete que te la pega con la vecinita del quinto.

¡Ya podrían ser más originales algunos tíos!

Como ya supondrás, la pobre Susan acabó hecha un mar de lágrimas, se pilló una curda de cuidado esa noche, y al día siguiente se fue a buscar a un *boy* para consolarse.

¡Bien hecho!

A rey muerto, rey puesto.

Claro que el *boy* le duró apenas un par de horas. Un par de copas, unos piquitos y en la cama... ¡Zas! Eyaculación precoz. Ya no hay hombres como los de antes. Y que las drogas y el sexo no casan tan bien como cuentan las leyendas urbanas. La pobre Susan acabó de traumatizarse y se pilló otra curda peor que la anterior.

Eso fue hace seis meses.

Ahora dice que ya está recuperada, después de tirarse tres meses en terapia con un psicoanalista venezolano que la obligó a hacer yoga tántrico para alinear los chakras y acumular buen karma para vidas futuras. Todo muy zen. Y es que la muy tonta, a veces, todavía se siente culpable de que ese cerdo se lo montara con otra.

El complejo de Eva.

Culpa, culpa, culpa.

Pecado, pecado, pecado.

Mala, mala, mala.

¡Dios, cómo me recuerda a mi madre! Todo el día fustigándose inútilmente.

La voz de pito de la azafata me llega en oleadas. Dice algo de cinturones, aterrizar, y que está muy contenta de habernos conocido.

¡Ilusa!

A ver, no es que yo maldiga el momento en que me crucé con ella hace apenas una hora y media al subir al avión, pero... contenta, lo que se dice contenta, pues como que no.

Pero no es nada personal, eh. Ya te he dicho que volver no me pone como unas castañuelas precisamente.

La niebla lo invade todo. Apenas puedo ver nada por la ventanilla antes de incorporarme para recoger el equipaje de mano. Mi vecino de asiento parpadea. Ya no ronca y me mira con ojos de besugo. Pone mala cara ante mis tatuajes. Hago como que no me entero porque realmente me da igual.

«Si querías protestar, haberlo pensado antes, majo. Más desagradables son tus ronquidos y yo no digo nada».

Total, ¿para qué?

No voy a volver a verlo en la vida; paso de enzarzarme en una pelea con un desconocido solo porque pone mala cara al ver mis pintas de perro-flauta.

Pero esa soy yo; bastante disfrazada voy ya en *Fashion's* el resto del año.

Deja que en Glasgow vuelva a ser aquella adolescente revolucionaria y replicante que siempre arrancaba una sonrisa a todos los que se cruzaban en su camino.

Y, además, a Gigi le chifla mi imagen de chica rebelde.

Ella jamás se atreverá a ponerse nada semejante, pero adora que yo vaya hecha unos zorros.

«Para fina y peripuesta ya estoy yo».

Y sí, tiene razón, ¿a qué negarlo?

Chanel por aquí, Chanel por allá.

Deberían darle un porcentaje de acciones en la empresa.

O escogerla como imagen de la firma.

A guapa no la gana nadie. ¡Y con los esperpentos que se ven en los desfiles!

Sí, a veces veo algún desfile. En Copenhague, hace un par de años, Gigi se empeñó en que fuéramos a uno de Valentino. Casi me duermo; no estoy acostumbrada a estas chorradas. Solo los celos me mantuvieron despierta porque Gigi no apartaba la vista de las modelitos, ¡joder! Se las comía con los

ojos.

—Que no, Frankie, que yo solo veía vestidos. Ni las miraba a la cara. ¡Qué sé yo qué color de ojos tenían! —protestaba con un hilito de voz.

—La mayoría usa lentillas de color, además —la desilusionaba yo—. Todo es espectáculo, apariencia, ¡una farsa descomunal!

Avanzo por el pasillo con extrema lentitud, ¿de veras había tantos pasajeros en este vuelo?

Finalmente llego al vestíbulo de la terminal de llegadas. No espero que nadie me espere, valga la redundancia. Sobre todo porque no he avisado a nadie de que llegaba hoy. Cuando hablé con mi madre me mostré muy esquiva en cuanto a los detalles de mi vuelo y la hora de despegue y aterrizaje. Tampoco he hablado con Ethan desde que me contó lo de Jack.

Salgo a buscar un taxi, con la mochila al hombro y la maleta llena de parches arrastrando a mi derecha. No recuerdo qué demonios metí dentro, pero pesa cosa mala. ¡A ver si aprendo a hacer un equipaje en condiciones!

La niebla se ha disipado un poco y las nubes tapan un sol que se empeña en salir a toda costa como si dijera:

«El verano es mío, ¡apartad de ahí, malditas, dejadme paso, soy el Rey!»

Pero en Escocia el sol es apenas un bufón en la corte.

Reinan la niebla, la lluvia y el frío.

Y yo ya no estoy acostumbrada a este maldito clima británico.

¡Me pone los pelos de punta y despierta mis instintos más asesinos!

Respiro hondo. Sonrío. Debo llegar sonriendo a casa de mi madre. No debo permitir que el mal humor arruine nuestro reencuentro.

Seis años sin verla, sin tenerla entre mis brazos, sin oler ese olor a hogar.

¿Ves? Ya me he puesto moñas.

Si es hablar de mi madre y la vuelta al hogar, y me pongo gilipollas perdida.

Tú no has visto nada. Nada. Ni una mísera lágrima. Nada.

Yo soy Frankie «La Rebelde» Donahue.

Y si vuelvo a Glasgow es para echarle un cable a mi madre.

Y a lo mejor también un rapapolvo a Ethan... Y otro a Jack, si lo veo rondando nuestra casa.

Porque si de algo estoy segura es de que mi madre no me hizo ni puto caso cuando le hablé de la solicitud de la orden de alejamiento.

¡Si la conoceré yo! Más pava y no nace.

Menos mal que he llegado yo con tambores de guerra y toda mi mala leche

a cuestras.

O mucho me equivoco o voy a tener que tirar de ella (mi mala leche) más de lo que pensaba cuando me he subido al avión a las ocho de la mañana.

Llegar a mi viejo barrio me arranca un par de lagrimillas sin querer.

Golpear la aldaba de nuestra destartada casa me recuerda a mi infancia, y aunque sé que no es buena idea quedarme aquí más de un día, no me va a quedar más remedio que quedarme todo el mes.

Al otro lado de la calle, la vecina del número dieciocho se asoma a la ventana y me ve. La miro un instante y sonrío con candidez, como si todavía pudiera engañarla, como si ya desde lejos no se vieran los brazos tatuados o el moño medio deshecho, y las botas de militar, casi más viejas que su dueña, no delataran a la antigua Frankie. Ella me observa con mala cara, con actitud reprobadora. Sabe que me fui hace seis años y que no he vuelto hasta hoy. Sabe que escribo poco y solo llamo a mi madre por teléfono una vez cada quince días. Y no tengo pinta de ser socia de un bufete legal de prestigio. A la gente fina, como Gigi, se la ve a la legua; la gente fina no relaja sus costumbres ni cuando está de vacaciones. Las abogadas con un sueldo astronómico —o siquiera decente— lucen a todas horas como las protagonistas de *Sexo en Nueva York*; no como yo, que parezco sacada de *Trainspotting* o *Boys don't cry*.

No había contado con el juicio de valor de la vecina de enfrente.

Y en otras circunstancias me importaría un pimiento su opinión.

Pero este barrio funciona como un pueblo o comunidad tipo Amish: todo el mundo se conoce, *ergo* todo el mundo critica al vecino, *ergo* tienes que llevar una vida intachable si no quieres que te graben la letra escarlata en la frente.

Claro que yo aquí ya llego tarde: a nosotros hace años que nos grabaron la letra escarlata. Y a fuego.

Mi madre abre la puerta después de un par de sonoros golpes.

Echa una ojeada a la ventana de la señora Monaghan, confirmando así sus sospechas de que andaba espiando. Frunce el ceño un segundo, luego me ve y se le olvida todo. Como debe ser.

Me abraza efusivamente, como si no hubiera un mañana, y me invita a pasar.

—¿Té?

—Prefiero una cerveza, gracias.

Pasamos a la cocina. La vieja cocina que tanto he echado de menos. La

mesa está desportillada y las sillas son todas diferentes: cada cual más vieja que su vecina.

Me siento en una de color azul; me gustaba cuando era niña, y todavía sigue en pie.

Mamá prepara té rojo mientras protesta:

—No cambiarás nunca, Frances. ¡Cerveza a estas horas! ¿No puedes esperarte al almuerzo? Eres peor que Ethan.

Me siento agredida nada más llegar. ¡Menudo recibimiento! Solo he pedido una birra.

—¿Por pedir una cerveza? ¿En serio?

—Por alimentarte tan mal, ya te lo avisé el otro día. Pero aquí vas a comer como Dios manda. Y nada de protestar.

Si lo sé, no vengo.

—No murmures —me reprende mientras me pasa una cerveza fría—. Habla a las claras. Soy tu madre y quiero oírte.

—Y me vas a oír, mamá. No te quepa la menor duda.

—Claro que sí, tienes mucho que contarme.

—Primero hablemos de Jack. ¿Ha vuelto a rondar por aquí?

—¿Qué manía tienes con llamarlo por su nombre de pila!

—Métete algo en la cabeza, mamá —la aviso—, no voy a llamarlo «papá» nunca.

—Negar la realidad no es una buena idea, Frances. Pero ya eres mayorcita, no te diré cómo has de tratar a tu padre.

—Lo lamentable aquí es que yo no «trato a mi padre» de ninguna manera. ¿Cuándo fue la última vez que hablé con él? Ni me acuerdo.

—Nunca habéis tenido muy buena relación.

—Ni buena ni mala. Hablemos claro.

—Oh, Frances, no quiero hablar más del tema —meneo la cabeza con pena—. Me aburre. Háblame de ti. Y de Amsterdam. Me mandaste algunas postales, pero de ahí no he sacado nada.

—Vivo más o menos bien. No tienes de qué preocuparte.

—No me preocupa tu situación económica, cariño. Me preocupa tu corazón.

—Estoy más sana que un roble. Vale, quizá tenga un poquito alto el colesterol, pero tampoco exageres, ¡tengo treinta años! No me asustes.

—El colesterol, ¿a quién le preocupa eso? Me refería a tu vida...

—¿Sentimental?

Pongo los ojos en blanco e intento tomármelo a broma.

—Exacto. A eso mismo. Desembucha.

—¿Qué quieres que te diga?

—Todo —me sonrío, toda pícara—, y con todo lujo de detalles. No escondas nada. Sabes que leo en ti como en un libro abierto.

¡Mierda! Se me olvidaba ese detalle.

—No hay mucho que contar, salgo con amigos...

—A mí con esas no, Frances. No tengo un pelo de tonta. No te me andes por las ramas y dime la verdad.

—¡Ay, no te pongas trágica! No hay verdades terribles. No hay nada. Ya te he dicho que solo salgo con amigos.

—Y yo me chupo el dedo.

Se mete el dedo índice de la mano izquierda en la boca como una cría mientras con la otra mano remueve el té con parsimonia.

Vale. Ha llegado la hora de hablarle de Georgia. ¡Me lo temía!

—Tú ganas: hay alguien especial —reconozco con la boca chiquita—. Y he venido para verla.

—¿Verla? Frances, ¿estamos hablando... de una mujer?

—Sí —afirmo sin titubeos—. De una mujer.

No me amilano. Ya no. ¿No quería oír cotilleos de mi vida amorosa? ¡Pues toma! A ver cómo digiere esta píldora...

Mi madre me mira a los ojos. Nunca he sido de muchas bromas, quizás a veces un poquito sarcástica, pero no la típica graciosa que va soltando chistes de mal gusto.

—Vale... Déjame que me reponga —sonrío para animarme—. No soy una carga, eh, pero... me cuesta asimilarlo. Siempre quise nietos... y Ethan no está por la labor.

—Nadie dice que no podamos tener hijos, mamá. Pero no voy a engañarte: no están en mis planes a corto o medio plazo. Ni tampoco en los de Georgia.

—Georgia —lo pronuncia lentamente—; me gusta el nombre. No es holandesa.

—No, es de aquí. Íbamos al mismo instituto.

—¿Tanto tiempo lleváis juntas? Y yo sin saber nada... De nada.

Parece compungida. Mucho. Y aún más descolocada.

—No, mamá —la corrijo—; en el instituto apenas sí nos saludábamos. Pero luego volvimos a conectar en el chat de Facebook y... Una cosa llevó a la otra y...

—¿Y solo os habláis por ese... chat? ¡Qué juventud!

—Mamá, ya no somos tan jóvenes —le recuerdo—, y sí: nos hablamos por «ese chat».

Mi madre suspira. No está muy al día de tecnologías en telecomunicaciones, ni RR.SS. Todo es muy extraño, casi surrealista para ella.

—Tú verás. Pero eso no es una relación como Dios manda. La gente tiene que verse, tocarse, abrazarse, besarse.

—Tranquila, que eso también lo hacemos cuando podemos... Pero ella ahora está liada con la dichosa tesis doctoral —la informo—, y hasta que no la acabe, la defienda y la entregue, no podemos hacer planes de futuro.

Muy optimista me muestro yo, ahora que lo pienso. Pero vamos, si quiero convencerla tengo que convencerme yo primero de que lo nuestro va a alguna parte.

Mi madre me mira como si no me conociera.

Vale que nunca he sido muy cariñosa, ni siquiera con ella; que no se me conocen rolletes, ni novios, ni relaciones, ni aunque sea esporádicas, con nadie que ella conozca, nadie de Glasgow, ni mucho menos del barrio. Y no es que me dé aires de superioridad, no; ocurre que ya desde bien pequeña tuve claro que mi futuro estaba muy, muy lejos de casa.

—Tú sabrás —menea la cabeza con aire resignado; casi se le escapa una sonrisa, pero quiere mostrarse seria y malhumorada porque, desde que el mundo es mundo, una situación como la mía no es fácil de digerir. Por no hablar de la rumorología de una ciudad como esta. Y eso que no tengo ninguna intención de pasearme por estas calles del brazo de Gigi. ¡Ni loca, vamos!

—No pienses que voy a hacerme a la idea de un día para otro. Aunque estamos en el siglo XXI y debo hacer el papel de mamá moderna que defiende a muerte las decisiones de sus hijos, sean las que sean.

Le doy un beso en la mejilla.

—No te me pongas zalamera —me advierte—, que todavía no te he dado mi bendición.

—Pero lo harás porque sabes que es lo que quiero, y porque no es peor que boxear.

—Siempre compitiendo tu hermano y tú.

—Yo no compito, pero no voy a tolerar que nos juzgues con doble rasero, que no se me olvida lo de moda que está eso aquí.

La sociedad escocesa siempre ha sido muy cerrada; hay una élite —a la cual Gigi pertenece— a la que se le permite hacer «todo»; y luego está el

resto, ese que se mira con lupa, ese resto que en cualquier momento puede ser juzgado y condenado por sus faltas. Ya sabes: lo que te contaba de la letra escarlata antes. Los pobres quedamos en ese «resto», y ciertas perversiones no nos están permitidas.

Con esto no quiero decir que me considere perversa, ni considere tampoco mi relación con Gigi una perversión, ¡para nada! Simplemente te informo de cómo van las cosas por estos pagos.

—Tú, por si acaso, no te dejes ver mucho por aquí con esa mujer.

—No tienes ni que decírmelo —ya le comenté a Susan lo que podía pasar si Georgia se asomaba por estos barrios.

—Pero eso no quiere decir que no vaya a conocerla. ¿Tesis doctoral has dicho? ¡Vaya cerebritito!

—No es tonta, pero tampoco es tan lista. Sus padres están forrados, tienen primos entre la nobleza y una villa de recreo en Balmoral. Se pueden permitir tener a una hija de treinta años estudiando algo tan inútil como historia medieval.

—¡Cáspita! ¿Y qué haces tú con una mujer así? No me cabe en la mollera.

Me mira como si hubiera perdido la chaveta. Y sí, la perdí. Pero no todo en la vida es estudio.

—No es tan sosa como parece.

—Desde luego no puede serlo si te ha encandilado. ¡Menuda eres tú!

—¿Qué significa eso?

—No te hagas de nuevas, Frances. Siempre has sido temperamental, fogosa y rebelde. No te imagino con una mosquita muerta, ni con una doncella virginal que se ha equivocado de siglo.

En lo de doncella virginal no va errada. En absoluto. Cuando me pongo a pensar en cuán virginal es Gigi me recorre un escalofrío por la espalda. No es miedo. Es deseo.

Me bebo de un trago el resto de la cerveza y echo una ojeada al móvil para ver la hora.

—Acabas de llegar, ¿no estarás pensando en irte ya?

—Nooo —la tranquilizo—, me quedaré a almorzar. Pero luego quiero darme un garbeo por la ciudad. Parece bastante cambiada desde que me fui.

En realidad, quiero ir hasta la residencia universitaria y darle una sorpresa a Gigi. Llevo dos semanas sin saber de ella, no es que tenga miedo de encontrarme con alguna infidelidad ni nada por el estilo, pero conozco demasiado bien su afán por complacer a todo el mundo, empezando por sus

padres.

Si estos se empeñan en juntarla con un papanatas de su círculo social, uno que no sea tarado ni tenga un aspecto demasiado monstruoso, Georgia podría decidir darle una oportunidad. Solo para hacerlo feliz. Está obsesionada con hacer feliz a la gente, con el buen karma y las buenas obras. Y quizá considere una obra de caridad salir a cenar o a lo que sea con uno de los hijos de los amigos de sus padres.

Tú y yo sabemos que esas cosas ocurren.

Y que aunque pueden empezar más o menos bien, luego se lían cosa mala y no sabes por dónde salir. Y a Gigi le falta carácter para salir airosa de situaciones tan comprometidas, más si andan sus padres por medio, malmetiendo.

Y sí, vale, quizá me estoy precipitando y aquí no va a pasar nada que no queramos que pase. Es mi naturaleza previsor y escéptica la que, de vez en cuando, me hace ver fantasmas donde no los hay.

Jan me diría: «confía un poquito más en Gigi».

Suspiro y miro a mi madre.

—¿Tengo monos en la cara? —le pregunto al ver que no me quita ojo de encima.

—Estoy pensando en cómo has cambiado desde que te fuiste a Amsterdam.

La verdad, está exagerando. Yo no he cambiado tanto. Intento hacérselo ver, pero meneas la cabeza con determinación, como resistiéndose a ser engañada por las apariencias.

—Dejémoslo —acepta con una sonrisa—, a veces no quiero ver que has madurado y ya no eres una niña.

—Será eso.

Me dirijo a mi habitación y dejo en el suelo la única maleta que he traído.

Todo sigue igual; como un santuario intocable la ha mantenido mi madre todos estos años. Casi da grima ver que todo está en su sitio. Limpio y ordenado.

Las vistas al callejón y las pintadas anti-sistema de los gamberros no son una delicia, pero me consuelo sabiendo que apenas voy a pasar aquí unas horas al día, y las voy a pasar con los ojos cerrados.

Me echo en la cama, los brazos por encima de la cabeza y la mirada, perdida en el techo.

Siempre me veo pequeña en esta habitación. Es una habitación de

adolescente, una que no me molesté en cambiar cuando cumplí la mayoría de edad; sentía que nada me ataba a estas paredes, que no iba a pasar mucho más tiempo mirándolas, que mis días aquí estaban contados.

Y luego fueron más años: los cuatro de la carrera.

Tachaba los días en un calendario viejo de pared. Cada mañana, al despertar, me decía: uno menos.

El calendario ha desaparecido. Lógico, si no recuerdo mal, era de 2008. Me pregunto qué hizo mi madre con todos esos calendarios y si se fijó en el brío endemoniado con que garabateaba en sus márgenes y emborronaba los meses.

Mucha rabia contenida que debía dejar salir de algún modo.

Lo cierto es que no me ha comentado nada; ha debido de pensar que eran cosas «de adolescentes».

Y lo eran. Claro que lo eran. No eres adolescente si no te rebelas contra el sistema, si no pones el mundo, tu mundo, patas arriba. Si no gritas a destiempo, si no te tatúas como hacía yo, si no fumas porros o te haces un *piercing* en la lengua y dos en los pezones. A esa edad, pocas personas están a gusto con su cuerpo; un cuerpo que cambia constantemente, y no siempre para mejor. Yo no tenía de qué quejarme: rubia, delgada, alta y bien proporcionada, con mis curvas y mis coqueterías de quinceañera hubiera podido romper corazones allá por donde pasaba, pero mi carácter arisco y un romanticismo que trataba de ocultar a toda costa echaban para atrás a cualquiera.

Pero seguro que en algún momento ya te he dicho que en esos años no estaba yo para gaitas ni coqueteos; ni caídas de pestañas ni gilipolleces varias.

Me gustaban el billar y las máquinas de marcianitos mucho más que las carreras de motos o coches. Tenía amigos enganchados a las carreras ilegales, pero nunca fui a ninguna. Me aburría solo de pensarlo. ¿Ser una simple espectadora, mujer objeto, trofeo para el ganador más machote y valiente? ¡Puaj, qué asco!

Yo quería juegos en los que pudiera medirme con mi contrincante de igual a igual.

No quería tratos de favor ni condescendencia barata por el simple hecho de ser mujer. A más de uno le he derribado en un pulso, y a más de dos los he desplumado en una timba de cartas.

Algo tenía que haber aprendido de Jack.

Aunque no fuera consciente de ello.

Empecé a jugar al póquer a los doce años. No me tiraba mucho, pero uno de mis compañeros de clase se enteró de que mi padre era jugador empedernido y me frío a preguntas. Al final me harté y le reté a una partida. Esa noche me llevé diez libras a casa. Y la siguiente me llevé veinte. Y así sucesivamente, hasta llegar a llevarme trescientas en una sola noche de buena suerte.

Por supuesto, Jack nunca se enteró de nada de esto.

He de decir que Jack nunca nos tomó en serio, ni a mi hermano ni a mí.

Éramos los críos, los mocosos, los «comemierda»; si estorbábamos nos soltaba una colleja cuando Karen no lo veía, y nos gritaba que nos perdiéramos de vista.

Nunca fue un padre cariñoso, pero a ti ya te ha quedado bastante claro que era un mal bicho y sobran más explicaciones.

No sé si volveré a verle y no sé si algún día llegaré a echarle de menos.

En el mejor caso, seguro que mucho más de lo que nos echa él a nosotros.

No quiero hablar más de Jack. Fue una equivocación en la vida de mi madre, y por ende en las nuestras.

Salgo al comedor; llamarlo así es un alarde de ilusión. Apenas una mesa, un par de sillas y un sofá desvencijado, lleno de manchas de grasa y quemaduras de cigarro.

Mamá está viendo la tele.

¡La tele!

—¿De dónde ha salido eso?

Hacía años que no veía un aparato de esos en mi casa. ¡Y de plasma!

—Me lo regaló Ethan por Navidad —dice en susurros porque sabe que voy a cabrearme.

—Pues qué bien. ¡Qué bonito!

—No te enfades, no lo hizo con mala intención. Y sabía que te enfadarías como lo has hecho.

—¿Tengo que darle las gracias por sus dadivosos presentes a destiempo?

—Frances...

—No, no voy a discutir —la tranquilizo—. Si a ti te hace feliz, a mí también. —La beso en la mejilla en señal de paz—. No he vuelto para discutir ni a pelearme porque ahora tengas una tele de plasma, aunque apenas puedas pagar el alquiler. Porque has podido pagarlo, ¿no?

—He podido, sí. Tu hermano trajo algo de dinero...

—Te dije que podías sacar dinero de mi cuenta, ¿por qué no lo has hecho?

—Porque no ha sido necesario. Y a ti tampoco te sobra nada, que yo sepa.

Pues tiene razón, pero me jode que ahora Ethan se ponga en plan héroe, a sacarle las castañas del fuego, regalarle televisores y vete tú a saber qué más, cuando siempre se ha escapado por la puerta de atrás para no enfrentarse a sus responsabilidades.

—Él también ha madurado, Frances. Dale una oportunidad.

¿Y quién me da una oportunidad a mí?

El no, desde luego.

—Voy a dar un paseo.

—Me dijiste que te quedabas a almorzar.

—He perdido el apetito.

¡Joder, estoy tan cabreada que será mejor largarse y despejarse antes de soltar alguna barbaridad!

Casi sin querer, llego a la residencia universitaria. Y no me preguntes cómo he llegado hasta aquí porque no había estado en mi vida.

¿Puede el amor guiar tus pasos sin que conozcas el camino?

Estoy por creerlo porque, de otro modo, no hay explicación posible.

Cruzo la puerta y un bedel con cara de sueño me pregunta a quién busco.

—Georgia McFarland, estudiante de doctorado —digo como si lo hubiera repetido cientos de veces antes de hoy.

—Ah, sí, Gigi. Segundo piso, la puerta cuatro. Pero no la distraigas mucho, apenas le quedan diez días para presentarse ante el tribunal.

Me guiña el ojo mientras lo miro como si no pudiera creer la familiaridad con que trata a Georgia.

Está claro que ella se lo permite. Y no me extraña, porque con lo amable que es siempre con todo el mundo, la gente la trata como si fuera de la familia.

Y no es que me moleste; más les debe de molestar a sus padres.

Lo saludo con la mano y me dirijo a los ascensores.

Voy silbando, esto ha sido pan comido.

Puedo notar su mirada en mi espalda, la desconfianza en sus pupilas, ahora que ya se ha espabilado del todo de su siesta y se pregunta por qué alguien como Georgia querría ver a alguien como yo.

Lo dejo con la duda. Tiene mucho que aprender sobre relaciones humanas.

No te diré que no esté nerviosa.

¡Estoy hecha un putito flan!

Debo relajarme, debo relajarme, debo relajarme.

Es una cita más con Gigi, ¡ni que fuera la primera!

Ni siquiera entonces estuve ni la mitad de nerviosa. Pero ahora no estoy en mi terreno; todo este ambiente de erudición, contención, conocimiento, disciplina... No tiene nada que ver conmigo.

Pero sí mucho con Gigi. Más me vale no olvidarlo.

Golpeo la puerta con menos ganas de lo que esperaba. Parezco una colegiala boba llamando a la puerta del director del colegio.

—Adelante.

Mal empezamos porque esa no es la voz de Gigi.

Abro despacio, preparada para todo. Menos para encontrarme cara a cara con Brianna MacFarland.

¡Vaya mala pata!

Recuérdame que no vuelva a pensar más en visitas «sorpresa», porque al final la sorprendida soy yo. Y encima parezco totalmente fuera de lugar.

—¡Frankie! —exclama Georgia. Su voz denota más sorpresa que entusiasmo—. ¿Qué haces aquí?

—Eso quisiera saber yo también: ¿Qué hace esta... mujer... aquí?

Si me pareció que el bedel me miraba con recelo era porque todavía no había visto a mi futura suegra.

Me mira de arriba abajo. Su evaluación no es generosa.

—Georgia, cariño, ¿qué hace esta mujer aquí? ¿Acaso la conoces?

—Claro que sí, mamá. —Georgia hace un amago de sonrisa; algo muy falso y superficial que no alcanza a sus ojos—. Es Frances, una compañera del instituto.

Podría ser peor, no me ha negado tres veces como Pedro a Jesucristo. Si puedo conformarme, saldremos de esta con relativa dignidad.

—Sabía que cometíamos un error al permitir que fueras a una institución pública —escupe la última palabra como un insulto intolerable.

—Y tú sabes que no soportaba los internados. Y menos en Suiza. Y menos con gente repelente que no tiene nada en común conmigo.

Ninguna me mira. No sé si soy un mueble, una rata o una cucaracha.

Sea como fuere, no consigo captar su atención.

—¿Pretendes decirme que tienes algo en común con esta mujer?

Sus ojos se detienen en los tatuajes de mis brazos. Es lo que tiene el verano: que puedo lucirlos con todo el descaro del mundo.

Sin embargo, Brianna los contempla con repugnancia. Como si fueran síntoma de falta de higiene o algo mucho peor.

—Es una broma, ¿verdad, Georgia?

—Vamos, mamá, no dramáticas. Frankie pasaba por aquí y ha venido a saludarme. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

¡Joder! No sabía que supiera mentir tan bien.

Me pregunto si ella la creerá, porque yo no me creo ni media palabra.

Pero Georgia me mira y me guiña el ojo. Sonríe. Mueve las manos, intentando decirme que ya lo arreglaremos luego, que le siga la corriente.

Le devuelvo el guiño y procuro no mostrarme ofendida ante las miradas sibilinas de la señora MacFarland.

—Mamá, ya nos veremos. Tal vez vaya este fin de semana a cenar con vosotros. La tesis está prácticamente acabada, solo me faltan las correcciones finales y añadir un par de detalles.

—¿Me estás echando?

No da crédito. Y casi que yo tampoco, porque Gigi está demostrando tener más temple delo que pensé cuando entré y vi la escena.

—De ninguna manera, pero Frankie ha venido a verme y tengo ganas de hablar con ella de cosas «de chicas». Ya sabes. Anda, sé buena y déjanos tranquilas.

Brianna vuelve a mirarme sin ocultar su desaprobación.

Sacude la cabeza en señal de absoluta incomprensión y desaparece de nuestra vista.

5

Decirte que para mí ha sido un shock encontrarme con la madre de Georgia, así: de sopetón, se queda corto.

He intentado comportarme con naturalidad delante de esa mujer, y no voy a cambiar de actitud ahora que se ha esfumado y me he quedado a solas con Gigi.

En cuanto Brianna se larga del escenario, Georgia se deshace en disculpas; sabe que estoy molesta. Y que tengo motivos de sobras para estarlo. Ya nos vamos conociendo bastante bien.

Me besa dulcemente en los labios para apaciguar mis malos humores y me acribilla a preguntas sobre mi inesperada presencia en Glasgow.

Pacientemente contesto a todas, una a una, sin dejarme nada en el tintero; le hablo de la extraordinaria e intempestiva llamada de Ethan, el abandono de Jack, las penalidades que está pasando mi madre... Le digo que solo he vuelto por ellas, que ambas son las mujeres de mi vida; en fin, me enrolló explicando intimidades que justifiquen mi inesperada llegada a Escocia.

Cuando estoy a punto de concluir, hablándole de los planes que tengo pensados para nosotras este verano, me acalla con otro beso, este más intenso y cargado de pasión, y me invita a su cama.

Yo no opongo resistencia, me dejo llevar la mar de contenta.

Sabía que, después de tantos meses de encierro, las ganas de follar serían muchas y muy urgentes. Y no me he equivocado.

Ha sido el mejor polvo de toda nuestra vida como pareja.

Lo mismo la visita de su madre ha sido más inspiradora de lo que pensé en un principio. Y lo celebro. De hecho, lo he celebrado mucho entre jadeos, gritos y orgasmos múltiples. El bedel ha estado tentado de venir a ver qué carajo pasaba, me apuesto lo que quieras... Ah, no, que yo no apuesto, ¡leches, casi se me olvida!

Si se hubiera presentado, le hubiéramos ofrecido de todos modos un bonito espectáculo.

Aunque algo hemos de hacer de cara al futuro porque en este cochino cuartucho poco se puede disfrutar, por mucha pasión que le pongas al asunto.

La habitación donde Gigi vive y duerme, y prepara la dichosa tesis, es espartana, muy austera, casi conventual. Una cama, una silla, un armario y una mesa donde apenas sí cabe el portátil y los numerosos libros que lo rodean. Los libros son voluminosos y están llenos de *post-its* de colores cubiertos de notas escritas a mano y casi ilegibles.

La letra de Gigi es pequeña e inclinada, cuesta un mundo entenderla. Más bien: descifrarla. Y a mí no se me dan bien los jeroglíficos ni los acertijos, y se lo he dicho mil veces. Pero ella, erre que erre; imagino que una costumbre así, tan arraigada, no se va nunca. Cuando pillas un hábito, sobre todo un mal hábito, te aferras a él y no lo sueltas ni aunque te paguen un millón de libras. A mí me pasa con el ron y los cigarrillos.

Miro alrededor y no veo a Lucy ni a ningún otro gato haciéndole compañía. Si ella no saca el tema, no seré yo quien lo haga.

Probablemente Lucy encontrara novio cuando se fue de excursión.

Me ve distraída y me mira con inquietud.

Me sonrío para quitarle hierro al asunto, y de paso tranquilizarme porque todavía tengo el tembleque en el cuerpo.

—Solo ha sido una visita de rutina, mañana ya se le habrá olvidado todo, incluso tus tatuajes.

—Lo dudo mucho. No conozco a nadie que haya olvidado mis *tatoos*. Y ella ha quedado muy «impresionada» —le digo, y casi sueño resentida.

¡Como si a mí me importara lo que esa bruja piense de mí o mis tatuajes!

—No está acostumbrada a la gente como tú.

—La gente como yo... Ummm, ¿y cómo soy yo?

—Frankie, no te pongas sensible, por favor —me avisa o me recomienda, o quizás hasta me lo exija—. No te pega. Sabes muy bien que no eres el tipo de persona que acostumbran a tratar mis padres. Pero quién está ahora aquí contigo soy yo, no ellos. Relájate y vamos a pasarlo bien.

Otro beso suyo logra que me olvide por completo de Brianna y cualquier otra cosa que no sean sus ojos.

Me rechiflan los ojos azules. Y los de Gigi tienen un tono suavemente violáceo que los hace más extraordinarios aún.

Sus caricias son más amorosas que la última vez que nos vimos en París. Si me pusiera «sensible» pensaría que está haciéndose perdonar.

—Podrías haber dicho que teníamos una relación. Era el momento ideal.

Me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Frankie, estoy a diez días de reunirme con el tribunal y exponer mi tesis, ¡diez días! ¡Me juego cinco años de trabajo a una carta! Lo que menos quiero es un berrinche mal intencionado y absolutamente gratuito con mi madre. ¿Puedes entender que ahora mismo no estoy para numeritos de celos, ni despecho, ni desconfianzas de ningún tipo?

—¿Puedes tú entender que no me guste que sigamos manteniendo lo nuestro en secreto?

—No seas tremenda. Necesito tiempo. Lo necesito, Frankie. A la gente como mis padres no la puedes convencer en un par de horas, ni siquiera en un par de días. Poco a poco irás introduciéndote en mi vida, en su vida, en nuestro mundo. Y más pronto que tarde te aceptarán porque no les quedará más remedio.

—No estarás pensando en que vivamos aquí. Sabes que NO podemos vivir aquí.

—Frankie, no seas antigua. Los tiempos cambian. Sé que esta ciudad no es tan moderna como Amsterdam, pero tampoco dramáticas. Aquí hay gays y lesbianas, ¿qué te crees? Y no se esconden. Tampoco nosotras lo haremos, te lo prometo. Solo dame unos días para que resuelva lo de la tesis y aprovecharemos las vacaciones para hacer planes. Te lo prometo. Podemos hacer un juramento de sangre si vas a quedarte más tranquila.

—Déjate de bobadas. No necesito juramentos de sangre, me conformo con que no me tomes por idiota. Puede que haya vivido toda mi vida en los suburbios, pero incluso yo sé cómo funcionan las cosas en Balmoral.

—Mira que te pones pesadita con eso —bufa exasperada—; si no te conociera lo bastante, pensaría que estás traumatizada. ¡Quién me mandaría a mí tocar el temita!

—Motivos no me faltan —le recuerdo—. Pero no soy de esas.

—Nadie lo diría. Estás empeñada en marginarte cuando yo nunca te he marginado. Para mí siempre has sido un ejemplo a imitar. Tan franca, divertida, honesta y valiente.

¿Me he sonrojado?

Pues sí, ¡y de qué manera!

Gigi sonrío de oreja a oreja al ver que ha dado en el blanco con sus lisonjas.

—Sabes cómo hacerme sentir bien, lianta, más que lianta.

—Es mi especialidad —dice sonriendo aún—; llevo años cultivando ese

arte.

—¿Debo preocuparme?

—Preocuparte ¿por qué?

—Porque si llevas «años» cultivando el arte de halagar al personal, no soy la única que ha recibido lisonjas.

—Cierto —confiesa con un delicioso mohín—, no eres la única pero sí la más importante.

—Voy a creerte porque quiero. Porque te adoro y no quiero ponerme paranoica.

Me sonrío y me besa de nuevo, y yo me dejo hacer; mis ojos brillan de impaciencia y deseo.

Me lo come todo. La miro sin poder creer que haya hecho tal alarde de descaro. Nunca la he visto tan dispuesta ni con tanta iniciativa. ¡Vaya, vaya con Gigi!

—¿Tienes prisa?

—Tengo ganas de ti.

—¿Eso no era una novelita de amor para adolescentes?

—Sí, de un italiano, no recuerdo ahora el nombre.

—Moccia, Federico Moccia.

—Caramba, Frankie, para no leer apenas...

—Que no lea no significa que esté ciega. Hubo una época en que veía ese libro hasta en la sopa. En Amsterdam tuvo mucho éxito.

—Aquí también. La sobrina de Nell lo llevaba a todas partes.

—¿Nell? Ah, sí, tu ex vecina. Por cierto, ¿cómo va eso que me contaste, lo del marido?

—Pues mal. Porque el tipejo salió ayer de la cárcel y Nell tiembla solo de pensar que pueda encontrarla.

Me habla entre beso y beso; a mí cada vez me importa menos lo que le pueda pasar a la pobre Nell. No soy inhumana, pero cuando Gigi me toca se me olvida todo. ¿Te lo dije? Sí, seguro que te lo he dicho antes.

Poco a poco la conversación se va apagando y nos dejamos caer de nuevo sobre la cama.

Es incómoda, sí, pero llegamos a ese punto en que ni siquiera nos damos cuenta de su incomodidad o su estrechez o el calor que hace en este dichoso habitáculo, apenas sin ventilación y, por supuesto, sin aire acondicionado o un mal ventilador.

Nada de eso importa mientras nos abrazamos. Nada.

Solo su cuerpo y el mío.

No hace falta más.

Junto a Georgia soy más optimista, luminosa, mejor persona; y esto es así porque su infinita bondad, de alguna manera, se me contagia, aunque solo sea por el aire. Yo sé que si realmente fuera tan despiadada como me acusa mi madre, o tan amargada como me acusa mi hermano, Georgia nunca se hubiera planteado un futuro a mi lado. Y aunque a veces pienso que es demasiado cándida o confiada, sé que no podría quererla de otro modo. Que su exceso de confianza y candidez es lo que me vuelve loca y me hace desearla de este modo.

Somos polos opuestos, ¿no te lo dije al comienzo?

Lo somos, sí, y esto cada vez es mejor. Porque no me creo capaz de soportar a otra como yo.

¿Te lo imaginas?

Yo ya no soy capaz de imaginar una vida sin ella.

Mucho menos hoy, mientras siento cómo sus dientes juegan con mis pezones. Siento mi piel erizarse y mis ojos brillan de ese modo sospechoso que anuncia la llegada intempestiva de unas indiscretas lágrimas que solo siento cómodas cuando estoy con ella.

Sabes que odio que la gente me vea llorar.

Pero sé que con Gigi puedo liberarme, con ella no he de esconderme ni esconder nada mío.

Porque ella me conoce como nadie, y aunque a veces no me entienda o no comparta mi visión de la vida, las cosas y la gente que nos rodea, sé que puedo contar con su apoyo, su respeto y comprensión.

Son muchos los años que llevamos chateando, compartiendo mil y una experiencias; hablando de todo y nada; polemizando de esto, aquello o lo de más allá. Compartiendo mundos opuestos, intentando encontrar un punto en común, un interludio donde podamos ser felices sin renunciar nunca a ser nosotras mismas.

Y poco a poco, año a año, mes a mes, lo hemos ido consiguiendo.

No ha sido fácil ni difícil. Pero ha requerido tiempo. Y confianza. Y espacio. Porque a ninguna de las dos nos gustan las relaciones invasivas, donde una se cree con derecho a todo y la otra se siente sin derecho a nada.

Yo, que he vivido en mis carnes la sumisión de mi madre a un matrimonio equivocado, concertado con prisas y forjado en la inmadurez de sus contrayentes; yo, que siempre he dicho que nunca renunciaré a mi libertad por

nada ni por nadie, yo me veo de repente en una relación en la que ya no importa quién es amo ni quién esclavo. No estoy hablando de sadomasoquismo sexual, eso no; te hablo de algo mucho más importante: del alma.

Y no, no me he vuelto loca, aunque sí es verdad que antes de conocer a Gigi yo apenas pensaba en el alma. O no pensaba nunca. O no pensaba en serio en el tema. Tampoco pensaba en el sexo, ni en relaciones de dominio y sumisión. Para mí el sexo era un disfrute, una forma de escapismo como lo son las drogas para alguna gente. Yo nunca me involucraba en una relación sexual. Nunca. Ni siquiera con Jan o Björn. Nunca. Era un modo de posesión que no toleraba. Podíamos llegar al límite, fundirnos en uno solo, alcanzar orgasmos a dúo y gimotear por ello como fieras salvajes aullándole a la luna, pero nada de posesión. Nada de tuyo o mía. Nada que me comprometiera o atara. Nada que pudiera suponer una condena.

Pero esa era yo antes de Georgia.

Esa era yo cuando estaba vacía y no había modo de que nadie me completara.

Ahora sí hay un «tuya» y un «mía», ahora sí hay un proyecto común y un camino por recorrer.

Ahora no temo al compromiso. Al contrario: lo deseo.

Y soy capaz de luchar a brazo partido para que nadie nos arrebatase ese futuro que nos merecemos.

—Estás muy rarita, Frankie —Gigi me sacude el brazo—; nunca te he visto callada tanto tiempo.

Y tiene razón. Yo no me callo ni debajo del agua.

Pero debo reconocer que la inesperada presencia de Brianna MacFarland me ha dejado más que meditabunda: irreconocible. ¿Cuándo he estado yo tan pensativa, tan ensimismada?

—No te preocupes tanto por mi madre. De veras que a la hora de la cena ya se le habrá olvidado que te ha visto.

No sé por qué eso me resulta muy, pero que muy improbable.

—No te lo crees ni tú —le digo después de sacarle la lengua burlonamente—. Por la mirada que me ha dirigido, te digo yo que esta noche no pega ojo.

—Pues será problema suyo, no nuestro. No sé tú, pero yo bastante quebradero de cabeza tengo ya con lo mío. Paso de sus paranoias, Frankie, no es más que una niña mimada a quien se lo han dado todo hecho. Ya va siendo hora de que tome contacto con la realidad.

Sus ojos relampaguean mientras me habla, y yo a mi vez la miro boquiabierta.

—Espíritu maligno, ¿qué has hecho con mi Gigi? ¡Devuélvemela!

Ella se echa a reír a carcajadas.

—Llevo meses más sola que la una, ¡no pensarás que solo tenía en la cabeza la dichosa tesis del demonio! He tenido mucho tiempo para pensar en nosotras, cariño. Sé muy bien lo que quiero. Si crees que voy a dejar que se salgan con la suya y decidan mi vida es que todavía no me conoces lo suficiente.

—Muy valiente te veo yo.

Pero más valiente la veo a ella, digo, a Brianna. Más valiente y con más mala leche, todo hay que decirlo. Las intenciones de Georgia no pueden ser mejores, pero ¿qué era...? Sí, espera... Algo como:

«El camino al infierno está jalonado de buenas intenciones».

—Tengo treinta años, Frankie. Creo que ya soy mayorcita para decidir con quién voy a vivir mi vida. Y esto no es un folletín de la tele, ¿qué esperas que haga mi madre, sobornarte? ¿Comprarte como si fueras una de sus criadas? No me hagas reír.

La miro de hito en hito una vez más.

Vale, puede que nuestra vida no sea un folletín... Pero sí algo muy similar. Y a mí no me parece del todo descabellado ni imposible que mamita quiera extenderme un cheque con muchos ceros a la derecha para que me esfume y no vuelva a ver a su hijita *never again*. No será la primera vez que a alguien como yo le pasan cosas como esa.

Intento hacérselo ver, pero ella está erre que erre, no atiende a razones, vive en un mundo rosa súper feliz, lleno de luz y color... Y tampoco he venido hasta aquí para ponerme ceniza antes de hora.

Además, ¡qué leches! Si Brianna MacFarland quiere sobornarme se va a llevar un chasco mayúsculo. A mí no me educaron para andar recibiendo limosnas de nadie, mucho menos si conlleva que me quiten «lo que es mío».

Mi felicidad no se vende, ni mi amor propio tampoco.

Ya me encargaré yo de dejárselo claro a mi futura suegra.

—Déjate de paranoias, Frankie. No son unos ogros, ni tampoco van despilfarrando el dinero en cosas inútiles.

Suspiro y me dejo mecer por sus brazos.

Se sienta a horcajadas sobre mí y se relame de gusto al verme, casi parece una ninfómana, su mirada es deliciosamente viciosa, y su boca voraz y glotona.

Si no la conociera pensaría que quiere violarme.

Si no me conociera a mí misma me asustaría.

Pero ¡cómo me gusta ese gesto libidinoso que tiene su pícara cara!

Sabe cuánto me pone verla así: tan diferente a la Gigi que conocí a los quince años.

Está claro que ha madurado y ha ganado en seguridad y confianza.

Todo iría genial si no fuera porque...

Mierda, mi móvil vuelve a sonar.

Mala señal.

Lo busco entre mi ropa, el número de casa vibra furioso.

Oh, oh... Muy mala señal.

Miro a Georgia y le hago señas de que me reclaman.

Bufa pero se aparta de mí para que pueda atender la llamada.

—Dime... No, no voy a ir a cenar, no me esperes —digo nada más ponerme el móvil en la oreja.

—Me ha llamado la policía, Frances —su voz de ultratumba casi logra conmoverme—. Tu padre ha muerto.

Inesperadamente, mi rostro pierde todo el color.

Esto sí que no me lo esperaba. De ningún modo, en ningún sueño, en ninguna pesadilla. Es del todo imprevisto para mí.

—¿Has avisado a Ethan?

—No estoy muy segura de que sea buena idea comunicárselo a tu hermano. Dicen que lo han atropellado y que iba borracho...

—¿Por qué será que no me sorprende ni pizca?

—Tampoco es que a mí me sorprenda mucho, la verdad. Pero no voy a celebrarlo, Frances. A fin de cuentas —me recuerda—, fue mi marido durante algunos años, y sobre todo vuestro padre. Por muy aliviada que te sientas, y no te lo reprocho, no puedes olvidar eso.

—De todos modos, voy a intentarlo con todas mis fuerzas.

—¿Y ahora vas a venir a cenar?

Ya me han jodido el plan.

Por un momento se me pasa por la cabeza pedirle a Gigi que me acompañe. Pero lo descarto enseguida.

—Está bien, ya voy para allá.

Georgia me mira.

—Te has puesto pálida como un muerto. ¿Quién era? ¿Malas noticias?

—Mi madre —respondo con mala cara y pocas ganas de ahondar en

detalles—. Llamaba para decirme que Jack la ha palmado. Lo han atropellado, te apuesto lo que quieras a que ni siquiera vio el semáforo.

Me mira de hito en hito. Lo que la asombra no es la muerte del viejo, sino mi estoica reacción.

—¿No vas a decir nada? ¿No lo sientes ni un poquito? ¡Caray, Frankie, era tu padre!

No voy a perder el tiempo tratando de hacerle entender lo poco que me afecta la muerte de mi progenitor.

—¿Qué vamos a hacer?

—Yo, volver a mi casa cagando leches, tú no sé. Haz lo que quieras. Te llamo mañana y quedamos o no sé... Ya es mala pata que venga unos días a verte y pase esto.

En realidad me importa menos que nada la muerte de Jack, pero a mi madre sí le importa, mucho, demasiado a decir verdad; y solo por eso debo estar con ella para darle palmaditas en la espalda y alcanzarle la caja de pañuelos para que pueda desahogarse a gusto. De hecho, debería comprar varias de camino a casa; me angustia que se nos agoten las existencias en mitad de un berrinche monumental. No, no voy a llorar, ni te lo pienses, pero mi madre ya llorará por las dos.

—Oye, Frankie —la voz de Gigi me llega de repente, despertándome de mi atontamiento—, no voy a dejarte sola en esto. Ni lo sueñes. Las dos vamos a ir a ver a tu madre, ¡pues no faltaba más!

—Gigi, te recuerdo que faltan diez días para la presentación...

—No busques excusas, Frankie. He dicho que te acompaño y no se hable más.

—Pero Gigi... Ese no es ambiente para ti.

Me mira, no... Me fulmina con sus ojos de zafiro; me atraviesa con su mirada de hielo y proclama casi en un grito:

—¡No me va a dar un parraque por pisar los bajos fondos! Al contrario —de repente sonrío diabólicamente—, debo reconocer que siento muchísima curiosidad por ver dónde te criaste. Los barrios marginales dejan huella, lo mismo incluso se me pega algo de tu valentía. Y no me vendría nada mal. Nunca se sabe lo que puede pasarte...

Sacudo la cabeza pero no digo nada.

Parece tan convencida que ni me molesto en disuadirla. ¿Para qué?

Que quiere ver «los bajos fondos», pues que los vea. Desde luego, tiene razón en algo: nadie se muere por pasear a la luz del día por Gorbals St. Si

nos damos prisa, llegaremos antes de que se ponga el sol. Después del crepúsculo no puedo garantizar la seguridad de nadie. Ni aunque vaya colgado de mi brazo.

Nos vestimos, recogemos nuestros bolsos y nos largamos cogidas de la mano, las dos estamos ya un poquito hartas de tanto fingimiento y tanto escondite pueril.

Que tenemos treinta años, ¡por Dios bendito!

Gigi parece pensar lo mismo porque nada más poner un pie en la calle exhibe su carita angelical, y con su mirada más perversa me devora la boca en un beso sin fin.

Yo no me quejo, ¡claro! ¿De qué me voy a quejar?

En cambio, me da por echarme a reír a carcajadas.

Ella me mira con aire censorador. ¡Uy, casi olvido que oficialmente estoy de luto porque me he quedado huérfana!

—No puedo llorar, sabes que NO VOY A LLORAR. Deja de mirarme con esa cara. Para mí la muerte del tarambana de Jack no significa nada. Vamos a consolar a mi madre, ni más ni menos. No lo olvides. Y no me beses de ese modo delante de ella —le pido con un mohín coqueto—, la pobre aún está tratando de asimilar lo nuestro. Parece predispuesta a tolerarte, incluso llegarás a caerle de puta madre, pero... No quieras ir demasiado deprisa; en el fondo, tu madre y la mía se parecen mucho más de lo que crees.

Gigi me mira con ternura.

Yo no entiendo qué ve de tierno en mí, la verdad. Ya sabes que yo siempre he sido una chica dura. Al menos en público.

—Sé lo que piensas, pero a mí no me engañas, Frankie. Yo te he visto llorar y sé que no soy la única.

—Oh, por Dios, vas a tener que buscarte a otro incauto para tus inacabables sesiones de *Forrest Gump*. Me niego a volver a verla contigo, ¡encima que te hago compañía, te aprovechas de mi debilidad y la utilizas en mi contra a la menor oportunidad!

Antes de que Gigi pare un autobús vuelve a besarme y se ríe al ver las caras de pasmo que ponen algunos viandantes.

Ya le dije yo que Glasgow no era lugar para nosotras. Ya se lo dije yo.

6

Miércoles, 8 de julio

Estamos las tres, mi madre, Georgia y yo, tomando té en la cocina desportillada de mi infancia. Desde que la conocí, la semana pasada, mi madre ha hecho muy buenas migas con Gigi, demasiado. Si las ves juntas, riendo conspirativamente de cualquier chorrada, incluso podrías jurar que su hija es ella y no yo.

—Si no lo veo no lo creo.

—¿Qué es lo que no crees, cariño?

Mi madre me mira, toda sonriente. Eso es lo que no me creo. Hace apenas una semana de la muerte de su marido, ¡y mírala! Riendo y contando chistes subidos de tono y sus locas anécdotas de juventud. A mí nunca me contó ninguna.

—Frankie, no te pongas celosa —intenta tranquilizarme mi madre con muy poco tacto y menos resultados. Al menos positivos. ¿Ha insinuado que estoy celosa?—. Solo estoy poniéndola al día; no sé de qué habláis vosotras, pero está claro que Gigi apenas conoce a la familia.

¿Ha sido una queja? ¿Un reproche acaso?

¿De veras pensaba que no tenemos mejores temas de conversación que los Donahue?

Miro a Gigi con mala cara; realmente se lo está pasando de miedo escuchando los desvaríos de mi madre. Ver para creer.

—No recuerdo que me hayas pedido que te hable de mi familia. No puedo recordarlo, en serio —protesto como una cría resentida al ver que nadie me presta la más mínima atención.

—Oh, Frankie —Gigi sonrío de ese modo que me pone cardíaca—, nunca he querido meterme donde no me llaman, ya me conoces. Además, desde el principio supe que el tema era delicado para ti y no quería violentarte, en cambio tu madre es un amor y necesita que alguien la escuche.

—Y Gigi es una maravillosa oyente; nada que ver con vosotros, que sois unos egoístas y solo pensáis en vuestros... ¿cómo lo llamáis ahora? Ah, sí, vuestros «rollos».

No me lo puedo creer, no me lo puedo creer, no me lo puedo creer. Es surrealista.

Pero eso no es lo peor, no, no, no.

Lo peor es que Gigi lleva una semana viviendo aquí.

Sí, aquí. En mi casa. Ha tomado mi habitación de adolescente por asalto y se la ha apropiado.

Y a mi madre la idea le ha parecido genial. Sí, como lo lees: GENIAL.

Que yo haya tenido que coger mis trastos y trasladarme a la minúscula y horrorosa habitación de Ethan es lo de menos, claro. Incluso a mí me parece irrelevante mi mudanza cuando pienso en la suya.

Georgia MacFarland, de los MacFarland de Balmoral, viviendo en Gorbals St: la zona más deprimente de todo Glasgow, en la orilla sur del Clyde.

Cuando nos lo propuso después del funeral de Jack no daba crédito. Intenté por gestos y aspavientos quitarle la idea de la cabeza, pero ella señaló que necesitaba un lugar tranquilo y apartado para ultimar la tesis. Y además tuvo la desfachatez de decir que, ahora más que nunca, yo necesitaba un hombro donde llorar.

¿Llorar qué?

¿De qué estaba hablando?

A mi madre la idea la enterneció como ninguna otra cosa, y apaciguó todos sus temores sobre mi imposibilidad de encontrar una pareja como Dios manda.

En cuestión de un par de horas, Gigi se había metido a mi madre en el bolsillo. No es que yo dude de su poder de seducción, ya hablamos antes de su arte de halagar a la gente y además sonar sincera, y no es tan fácil como parece, aunque Karen es de esas personas que lo hacen todo muy fácil.

Se saludaron, Gigi le dio los besitos de rigor: labio contra mejilla, ¡nada de besar el aire como lo hace su madre!

Y con eso y un par de sonrisas la atontó por completo.

Mi madre es la mar de sentimental. Te la ganas con dos besos bien dados y dos palabras sinceras.

Y con preocuparte por mí, que soy lo más querido que le queda.

No es que no quiera a Ethan, pero es de la vieja escuela y piensa que los

hombres no necesitan tanto cariño, ni que se preocupen por ellos. Ethan es un machote que se largó de casa a los dieciocho y con eso dejó claro lo poco que necesitaba los mimos maternos. Y si vas a preguntarle a mi hermano, probablemente te dirá lo mismo.

Pero según mi madre, yo necesito amor, mucho, mucho amor. Y mucha dulzura también. Y no se refiere a mi adicción por los dulces de todo tipo y sabor.

No hay nada más ridículo ni bochornoso que oír a tu madre cantarle tus virtudes a tu pareja. Sea del sexo que sea. Y aquí cabe decir que a mi madre se le olvidó muy rápido que estaba hablando con mi «novia» y lo que eso representaba de cara al vecindario.

Cuando se lo quise hacer ver a la mañana siguiente, mientras Gigi hacía las maletas para venirse a vivir con nosotras, solo me dijo:

—Aquí lo único que cuenta es que ella te hace feliz. ¡Que les den a las vecinas!

—Pero ¿tú te estás oyendo? ¿Desde cuándo usas ese vocabulario? ¿Que les den?

—Ya te dije que no iba a comportarme como una carca. Soy una madre moderna.

Sentí un escalofrío recorriendo mi espalda; las madres modernas de repente me daban mucho miedo. Sobre todo la mía. Quise decírselo pero me interrumpió:

—Ay, Frances, a menudo me pregunto qué he hecho mal para que me hayas salido tan... rarita. Si no la acepto, malo; si la acepto, peor. ¿Qué quieres de mí?

Pues tenía razón la buena mujer, pero a veces Gigi me descoloca hasta tal punto que no sé cómo comportarme. Ni con ella ni con nadie.

—A ver, mamá, me parece genial que te lleves bien con Gigi, en serio —la tranquilicé—; pero todo requiere su tiempo, unas semanas, unos meses... Vosotras habéis tardado apenas treinta minutos en congeniar. Ni siquiera nosotras dos nos entendimos tan rápido por el chat, necesitamos un par de días para soltarnos y liberar nuestra natural timidez.

Mi madre me miró como si no fuera de este planeta.

—¿Natural timidez? ¡Anda ya, Frankie! A otro perro con ese hueso. Tú no has sido tímida en tu vida.

—Doy fe de ello —proclamó Gigi, apareciendo de improviso frente a nosotras. Se la veía sonriente y feliz. Y también exhausta. ¿Por qué siempre se

empeña en meter tantas cosas en la maleta? Sí, a mí me pasa igual, pero yo prometo enmendarme: me digo que la próxima vez seré más organizada y meteré solo lo imprescindible.

También me digo todos los días que dejaré de fumar.

Y a veces incluso me planteo quitarme los tatuajes.

Luego, como la gripe o la fiebre, se me pasa.

—¿No habrás venido aquí a conspirar con mi madre en mi contra?

—Por favor, cielo, no te pongas paranoica. Necesito tranquilidad, no que vayas inventando truculentas traiciones y patrañas. Para eso ya tengo a mi madre, ¿tengo que recordártelo?

No, ciertamente no tenía que recordármelo.

Volvamos al hoy y al ahora. Y a nuestras respectivas tazas de té.

Mañana presenta la tesis y está de los putos nervios.

Mi madre le dice y repite que todo va a salir bien, los va a conquistar y a salir hecha una doctora.

—Aquí todos son obreros, artesanos, delincuentes y gentes de mal vivir —la informa de manera preventiva—. ¡Si supieran que tenemos a una doctora en casa!

—Pensarían que estamos enfermas, mamá. Ni se te ocurra abrir la boca —le advierto—. No quiero que Georgia sea la comidilla del barrio mientras estemos aquí.

—Has llegado demasiado tarde, Frankie —me desilusiona Gigi con un coqueto pestañeo—, el otro día me tropecé con un par de tipos cuando venía para aquí. Me dieron un repaso de arriba abajo; uno casi me violó con la mirada —me guiña el ojo como si fuera un chiste privado entre nosotras—; se marcharon mustios y cabizbajos al ver que no quería saber lo que es un hombre «de verdad».

—Esos son los gemelos O'Donnell, fijo —dice mi madre—. ¿Te acuerdas de ellos, cariño? Iban contigo al colegio. Ninguno se ha casado, y se pasan el día trapicheando con no sé qué cosas. Nada bueno, te lo digo desde ya. Mantente alejada de ellos, cariño —mira a Gigi con auténtica preocupación maternal—; no son malos chicos, pero no tienen nada en la cabeza.

—Lo que quiere decir mi madre es que los O'Donnell piensan con la polla.

—Frances... Esa boca...

—Tranquila, Karen, ya conozco el espantoso argot de los bajos fondos. Si hasta me hace gracia —sonríe Gigi, toda candorosa, como siempre—.

Además, Frankie no sería *nuestra* Frankie si utilizara palabras bonitas y relamidas. Para eufemismos y cursiladas ya me tenéis a mí.

Mi madre se echa a reír.

Y yo continúo diciendo que todo junto es de lo más surrealista, mientras me pregunto qué cara pondrá la Honorable Brianna MacFarland cuando sepa dónde duerme su princesita estos días.

Me dan ganas de llamar a Jan o Björn, o mejor a los dos, y contarles cómo andan las cosas en Glasgow; se iban a reír hasta que se les saltaran las lágrimas. De lo que no me cabe duda alguna es que cualquiera de los dos, o ambos a la vez aplaudirían la última locura de Gigi.

Aunque probablemente ella te dirá que no es ninguna locura, sino algo lógico e inevitable. ¿Recuerdas su sempiterno optimismo?

Pues no hará falta que añada más.

A la mañana siguiente, durante el desayuno casero y muy succulento, me llega un mensaje al móvil.

El número es de Georgia, pero curiosamente no es ella quien lo escribe, ¡sino su madre!

Ya me extrañaba a mí.

Gigi salió esta mañana antes de que despuntara el sol sobre el río, toda nerviosa y casi paranoica porque HOY ES EL GRAN DÍA, sí. EL DÍA DE LA TESIS DOCTORAL.

Por más que nos empeñemos y pongamos el corazón en ello, ni mi madre ni yo alcanzamos a comprender su nerviosismo, ni sus miedos, ni tampoco esa sensación de desesperación que la acomete cuando piensa que cinco años de su vida están sobre el tapete, expuestos a la crítica y al rechazo.

De buena gana le hubiera dicho que esos tribunales están comprados, y que si yo fuera ella no me preocuparía en absoluto. Desde que el mundo es mundo los ricos llevan las de ganar, hagan lo que hagan.

Y el mensaje de Brianna no me da muchas esperanzas de llegar a ver un mundo mejor.

No puede ser más escueto y directo.

Tú y yo tenemos que hablar.

No hay más, ni falta que hace. La pelota está en mi terreno. Se supone que debo contestar y citarla en un lugar acorde a su rango y posición.

Un lugar con mucha clase y glamour, muy alejado de los lugares que acostumbro a frecuentar; un lugar donde sea imperativo vestir de modo adecuado y ocultar a la vista hasta el último de mis «obscenos» tatuajes.

Sí, estoy haciendo de abogado del diablo, tratando de empatizar, aunque sea por un nanosegundo, con las rancias ideas de esta mujer.

Como no tengo ni repajolera idea de los locales clasistas o glamourosos de Glasgow (si existen), le mando un mensaje, invitándola a que escoja el lugar. A mí lo mismo me da, porque para mandarla a tomar viento y decirle que se meta el talonario donde le quepa... Cualquier garito es bueno.

Diga lo que diga Gigi, las intenciones de esta mujer se ven a las claras y desde bien lejos.

Y sí, claro que intentará comprarme, y creará además que con un par de ceros bastarán. Total, soy una Donahue de la orilla sur del Clyde.

¿Qué aspiraciones puedo tener yo que no puedan satisfacerse con apenas mil libras?

Otro mensaje me confirma mis peores sospechas; me cita en el salón de té de El Brezo Blanco: el hotel más lujoso de la ciudad, donde sabe de sobras que voy a sentirme poca cosa, ignorante e insuficiente para su hija.

La gente de la *jet set* es de un previsible que da asco.

Menos los padres de Björn, que no son de este mundo cuando me consideran un buen partido para su hijo. Pero vivieron muchos años en la India y eso imprime una huella indeleble; no son como los demás pijos que puedas conocer. Han hecho de la excentricidad un arte.

Pero, por desgracia, no es con ellos con quienes tengo que citarme este mediodía para el almuerzo.

Me dan ganas de pedir algo del menú con mucho ajo y cebolla, solo para joder.

Luego me digo que ese es muy mal comienzo; y, lo creas o no, no quiero empezar con tan mal pie esta relación.

Todo parece indicar que se presentará sola a la cita; no me imagino al señor MacFarland prestándose a estos juegos de poder propios de mujeres. No porque me tenga más simpatía que su regia esposa, sino porque debe de pensar que Brianna se basta solita para ponerme «en mi lugar».

Pero tampoco es tan fácil como la buena mujer cree, porque... Si yo no sé cuál es mi lugar, ¿cómo leches va a saberlo ella!

Es lo malo de los prejuicios: confunden mucho.

Por fortuna, yo voy avisada a esta «cita», por llamarlo de algún modo.

De hecho, que Brianna se considere con derecho a cotillear sin vergüenza el móvil de su hija, rebusque sin cesar hasta encontrar mi número, cuando yo sé que está encriptado a prueba de la CIA y el FBI, y encima tenga el descaro de mandarme un mensaje fácilmente localizable dice mucho de las prerrogativas que tiene.

Se siente segura y poderosa.

Mi madre me mira a los ojos con una muda pregunta que no voy a contestar.

—No es nada importante —digo, señalando el móvil.

—¿Por qué será que no te creo ni una palabra?

—Oooh, déjame en paz.

—Quiero saber por qué estás con esa cara larga.

—Estoy nerviosa, ¡cualquiera diría que me toca a mí enfrentarme al tribunal!

—Tú no estás nerviosa, ni mucho menos por la tesis de Gigi. Tú estás blanca como la cal. Y quiero saber por qué.

—Sé que no les caigo bien a los padres de Georgia.

Es una piadosa y sencilla mentira. Bueno, tampoco es una mentira; acaso solo una verdad a medias.

—Ya sois mayorcitas, Frances. No creo que Gigi tenga que pedir permiso a sus padres para salir contigo. Ya lleváis unos años, ¿no? Y no han puesto pegas...

—Porque no tenían ni zorra idea de lo que hacía su hija en Glasgow. Ellos viven la mayor parte del año en Edimburgo, cuando no en Balmoral. Apenas pisan esta ciudad proletaria. Pero a Gigi ya no le quedan excusas para mantenerlos a distancia.

—Y tú temes que os hagan la vida imposible.

—Yo no lo hubiera dicho mejor.

—No te voy a mentir diciendo que eres la pareja que esos señores desean para su hija. Las dos vivimos en este mundo y en este siglo. Por no añadir que...

—Sí, ya lo sé. Tampoco les ha dicho, ni siquiera insinuado su «orientación sexual», como la llama ella.

—La muchachita tiene arrestos, hay que reconocérselo.

—La muchachita, como tú la llamas, no sabe dónde se ha metido. Ya se lo dije la primera vez que chateamos. Y no es ninguna cría, ya ha cumplido los treinta también.

—Pero es tan dulce e ingenua como una adolescente, Frankie —se maravilla—. Nada que ver contigo —sacude la cabeza, francamente desconcertada—. Cada vez que la miro me recuerda a una doncella virginal viviendo en un siglo que no le corresponde. Ni siquiera yo he sido nunca tan cándida.

—No todo el mundo puede ser tan cínico como los Donahue.

—¿Me vas a decir de quién era el mensaje o no?

—¿Cómo sabes que era un mensaje para mí?

—Que no me gusten los móviles no significa que no sepa cómo funcionan. Y solo me hace falta mirarte para saber que algo no va bien.

A veces la odio cuando ve en mí de un modo tan claro.

—He quedado con mi querida «suegra» para almorzar. Comeré poco y así se me indigestará menos.

—Debería acompañarte.

—Ni lo sueñes. Yo me basto para pelear con ella —la aviso—; no necesito a nadie.

—Permíteme que lo dude, pero está bien. Si no quieres, no voy.

—Ah, no, no. Rollito mártir, ni hablar. Con una mártir ya tengo bastante hoy.

—Esa señora será cualquier cosa menos una mártir, las dos lo sabemos.

—Yo no sé nada.

—Tú sabes más que los ratones colorados —me reprocha—, a mí no me vengas con falsas modestias, Frankie, que nos conocemos.

Pues sí. Pero no quiero ponerme a discutir con ella. Ahora no. Hoy no.

—Me largo o no llegaré a tiempo. A ver si va a pensar que le tengo miedo.

Mi madre suelta una carcajada burlona mientras me ve desaparecer por el estrecho pasillo, camino de mi «nuevo» dormitorio. ¿Cómo hemos llegado a esto, Dios bendito?

Escojo cuidadosamente mi vestuario. Arreglada pero informal. Y sin tatuajes a la vista. Si Brianna piensa que voy a montar el numerito está muy, pero que muy equivocada. No voy a darle ni un solo motivo para que me ataque. Si quiere guerra, va a tener que desenvainar la espada ella primero.

Sandalias finas y el cabello recogido en una cola de caballo. Sin maquillaje. Sin abalorios. Muy discreta. Así soy yo cuando me propongo pasar desapercibida. Si espera ver llegar a un putón barato, lo lleva claro.

Cojo un taxi porque queda más elegante que llegar andando o bajar de un

autobús atestado, oliendo a no quieras saber qué.

Llego con diez minutos de adelanto y miro alrededor. No veo a nadie.

Decido entrar en el hotel.

El portero me mira de reojo pero no dice ni mu. Está claro que no pertenezco a su elitista ambiente, pero tampoco desentono lo suficiente como para obligarle a llamarme al orden.

Me muevo despacio, con clase; sí, yo también puedo caminar con elegancia cuando quiero. Me asomo al salón de té, está casi vacío. Un par de señoras casi octogenarias se ríen de un chiste muy suyo al parecer, y Brianna, muy seria, al fondo, en una mesa junto a las cristaleras con vistas al parque Kelvingrove.

Me ve llegar y enarca una ceja, sorprendida.

¡Lo sabía! Esperaba verme con los tatuajes al aire, unos cuantos *piercings* en zonas estratégicas (y muy obscenas) y una minifalda que me deje el culo al aire al menor descuido.

Pues no, señora mía. Esa no soy yo. No para usted.

Para usted soy Frances Cara de Palo: seria y circunspecta. Con mi mejor pose y mi mejor vocabulario de abogada. Que no ejerza, no significa que no sepa cómo comportarme. Eso también me lo enseñaron en la facultad. Y todavía no se me ha olvidado.

Una sonrisa a medias y una mirada directa a los ojos.

Brianna tiene los mismos ojos azules de fina porcelana de Staffordshire que su hija. Pero en ella ese azul me provoca escalofríos.

Procuro no pensar en ello o se me cortará la digestión antes de probar bocado.

—Casi no te reconozco —me dice con algo que podrías tomar por admiración si no supieras lo hipócrita que es esta mujer.

—¿Cuánto va a ofrecerme?

Voy directa a la yugular... Digo, al grano.

—Perdona...

—Mire, no tengo tiempo que perder. Sé muy bien lo que persigue, pero no estoy para pamplinas. Dígame una cantidad, seguro que se ha pasado toda la noche pensando en la cifra adecuada. Ni muy cara ni muy barata. Estoy segura de que me calibró al punto cuando me vio en la habitación de su hija. Recuerdo cómo me miró de arriba abajo, valorando cuánto podía costarle hacerme desaparecer de la vida de Georgia.

—No puedo negar que eres muy directa —intenta halagarme sin éxito—.

Sabes llegar al núcleo duro del asunto. Pero no te confundas —sacude la cabeza con cierto pesar—, no soy esa clase de madre. Y no por falta de ganas. Georgia ya no es ninguna adolescente, ese tiempo ya pasó. Por desgracia, no puedo comprarte; no serviría de nada y me haría quedar en el más espantoso de los ridículos. No he venido aquí para ofrecerte un cheque, ni tú lo aceptarías. Eso lo vi claro desde el primer momento en que me crucé contigo. No eres de esas.

—¿No va a ofrecerme dinero?

No sé qué decir. Me ha descolocado. Totalmente.

—No soy tan burda, querida, ni tan obvia. Además, eso no conduce a nada, tal y como están las cosas. Está claro que sois algo más que «compañeras» de instituto —sacude la mano derecha al ver que estoy a punto de aclararle cuál es nuestra situación—; no, no, no quiero detalles. No soy tan vieja como para no hacerme una idea de lo que hay entre vosotras. Mi hija ya tiene treinta años, negar esa evidencia es ridículo, patético. No, no somos esa clase de padres.

Aquí hay trampa. Pero ¿cuál?

—Te estás preguntando dónde está el truco. Lo veo en tus ojos.

Más lista que el hambre es, desde luego.

—Verás, solo el tiempo nos dirá si puedes hacer feliz a Georgia. Ella cree que sí, no hace más que hablar maravillas de ti. Cenó con nosotros anoche, ya lo sabes, y se pasó toda la velada diciendo lo fantástica que eres. Nosotros tenemos nuestras reservas, no quiero engañarte. Pero voy a darte una oportunidad para que demuestres que eres tan «genial» como nos asegura ella. De todos modos, si Gigi quiere estar contigo, nosotros no podemos hacer nada para oponernos. Te repito que ya no es una niña, no vamos a prohibirle que hable contigo o te vea o... lo que sea. Ya te he dicho que no quiero detalles.

Su mirada sigue siendo tan fría como el hielo antártico.

—¿Va a ceder así, tan fácilmente?

De repente, me mira de hito en hito.

—¿Fácil? Querida... ¿Frances? Así te llamas, ¿no? Querida Frances, esto es cualquier cosa menos fácil —me dice, casi me lo escupe a la cara—. Ni en nuestros sueños más extravagantes pudimos ver a Georgia enamorada de otra mujer. Era impensable. No aberrante, pero sí impensable. Casi inconcebible —apunta con retintín—. Pero ha ocurrido. Y hay que asumirlo con la elegancia con que lo asumimos todo siempre.

»Quieres a nuestra hija, ¡demuéstralo! —me exige—. En nuestro círculo

hay muchos hombres deseosos de hacer feliz a Georgia; tal vez tú tengas más imaginación o ingenio, o las dos cosas, pero ellos tienen mucho más dinero. Y tú sabes tan bien como yo que Gigi está acostumbrada a las cosas bonitas, la vida cara, los lujos cotidianos. No sé si podría pasar sin ello.

»Sí, sí, lo sé: se ha mudado a tu casita, a la orilla del río. Muy romántico. ¿Cuánto os durará el romanticismo? Ni siquiera tú puedes garantizarle que lo vuestro tire adelante, lo leo en tu mirada. Estás casi tan alucinada, ¿es así como lo decís ahora?, como nosotros mismos. No acabas de creerte que alguien como mi hija se haya fijado en ti para algo más que un... entretenimiento. Y para ser honestas, yo tampoco lo creo. Pero tienes una oportunidad, ¡aprovéchala porque no habrá otra!

7

¿Me ha parecido un ultimátum?

Tenía toda la pinta, desde luego.

Brianna sigue mirándome con sus ojos de porcelana. Ahora ya no son tan fríos como al principio, aunque nunca llegarán a ser cálidos y risueños como los de Gigi.

Podría largarme, dejarla con la palabra en la boca y hacerle un corte de mangas, dejándole claro que a mí nadie me desafía de ese modo.

En algo tiene razón, mal que me pese: no es fácil para ellos esta situación. Ellos esperaban otra cosa, otra vida, ya te lo dije antes. Ellos querían OTRO futuro para su hija.

No, no voy a compadecerlos, ni tampoco voy a mostrar ninguna solidaridad especial; estamos en dos mil quince, si no saben encajar esto, es su problema, no el nuestro, como me dijo Gigi el otro día.

Me despido de Brianna, lo del almuerzo ha sido una excusa tonta para poner las cosas en su sitio..., a su manera, claro.

No me han echado de la partida, pero está claro que no se tragarán «mis faroles» y más me vale tener un buen as bajo la manga si pretendo ganar.

Sí, la vida es un juego.

Y a mí me educaron para pelear. Y es lo que voy a hacer.

—Debería estar con Georgia, este es un día muy importante para ella —le recuerdo por si ha olvidado sus prioridades—. Quedar conmigo ha sido una pérdida de tiempo; no sé qué pretendía, pero supongo que ya sabrá que le ha salido el tiro por la culata.

—En absoluto, querida. Conocer al enemigo no es asunto de poca monta. Gigi conquistará al Tribunal en pleno, le sobra belleza y carisma para ponerlo a sus pies; lo que menos me preocupa hoy es esa dichosa tesis: un capricho de nuestra hija, como tantos otros antes o después. Su futuro, *su matrimonio*, sí me preocupa. Tienes una oportunidad, pero vas a tener que pelear muy duro

con oponentes de mucho nivel. Empezarás esta noche. Hay celebración en nuestra casa de Pinkston Drive; hemos invitado a nuestros mejores amigos de Glasgow y Edimburgo. Gigi no permitiría que celebráramos su triunfo sin ti, nos lo dejó muy claro anoche. Sin embargo, debo añadir que también estarán los solteros más apuestos y exitosos de Escocia. Hombres capaces de matar por una sonrisa suya.

—Estoy convencida. Pero *debo añadir* que *yo también soy capaz de matar* por una de sus sonrisas. Y lo haré a hierro y fuego. No he llegado hasta aquí para que cualquier papanatas de salón se interponga entre nosotras y ponga en jaque nuestra relación.

Me sorprende mi temple porque, por lo general, si me provocan no tengo tanta flema, y menos paciencia aún.

Brianna condesciende con una sonrisa cargada ironía.

—Puede ser un duelo entretenido.

—Oh, ya le digo que no va a aburrirse —le prometo—. Conmigo nadie se aburre.

Enarca una ceja y mantiene la sonrisa, algo menos falsa de lo que cabría esperar, pero mucho menos sincera que las de su hija.

—Cómprate un bonito vestido. Bonito y discreto, a ser posible.

La miro con mala cara. ¡Cómo se atreve a imponerme nada!

—Es solo un consejo, querida —me dice con una de sus relamidas muecas—. No te lo tomes a mal.

Me levanto y me marcho airada, casi sin despedirme. Vale, no me ha sobornado como a una de sus criadas, pero me ha tratado como si lo fuera. Solo le ha faltado recordarme cómo comportarme a la mesa.

Mientras abandono el hotel, sigo pensando que pierde el tiempo. Y me pregunto si vale la pena avisar a Gigi de las aviesas intenciones de «mamá». No sé si me creería. Puede que hasta se riera de mí y no me tomara en serio; podría llegar a pensar que me he inventado esta situación, aunque ella mejor que nadie sabe que yo no invento chorradas así.

Miro la hora en mi móvil. Las dos de la tarde.

No, todavía debe de estar en el tribunal.

¿Qué leches pinto yo en una cena de alto copete?, le pregunto a la foto de Gigi que me sonrío con candor desde mi fondo de pantalla.

No he venido a Glasgow a exhibirme como un mono de feria, delante de pijos y gilipollas varios. Porque si algo sé con absoluta certeza es que esos solteros «apuestos y exitosos» son tontos del culo y no me llegan ni a la suela

del zapato.

Por fortuna, Gigi también lo sabe. Y si ha aceptado esta pantomima, quizá sea para dejar clara nuestra relación.

Con ese pensamiento positivo, intento recordar dónde venden trajes de noche en esta ciudad.

¡Cómo lamento que Björn no viva aquí!

¿Qué sé yo de vestiditos de noche?

Podría alegar que estoy de duelo por la muerte de Jack... Pero ¿colaría semejante burrada?

¡Qué va!

Y lo más importante: no puedo darme el lujo de faltar a esa cena.

No dejaré a mi dulce e inocente Gigi a merced de esa pandilla de hienas sedientas de sangre.

Me llega un wasap al móvil.

Se acabó. No preguntes nada, ni siquiera menciones el tema. Quiero olvidar toda esta pesadilla. Ha sido horrible, pero juraría que lo he hecho medianamente bien. O no. Ni idea. Paso de agobiarme. Esta noche hay cena por todo lo alto en casa para celebrarlo. Tienes que estar a mi lado. A mi madre se le ha ocurrido invitar a todos los idiotas de Glasgow y Edimburgo.

Me echo a reír. Le he dicho mil veces que escriba mensajes cortos en vez de tanto rollo, pero como quien oye llover.

Georgia odia los mensajes y el chat. Sí, suena raro decir esto ahora, pero que se haya acostumbrado a este tipo de comunicación no quiere decir que se sienta a gusto. A ella le han enseñado que el Romanticismo se alimenta de palabras y expresiones rimbombantes. Mensajes donde dos palabras son mejores que tres, y una es mejor que dos, no casan con su espíritu victoriano.

Si la animara a ello, escribiría aún prolijas cartas de su puño y (espantosa) letra, con papel perfumado y estampado de pensamientos y primulas. Quizás hasta con un membrete con su nombre escrito en letra gótica o rococó. Ella es así, mi madre no iba tan desencaminada cuando decía que parecía una doncella salida de otra época.

La pena más grande de Gigi es no haber nacido en el siglo de Leonor de Aquitania, el amor cortés, los trovadores y las justas y torneos. O la época de San Patricio de Irlanda, los monasterios, los *scriptoriums* y los libros bella y

exquisitamente iluminados.

De eso iba la dichosa tesis, si mal no recuerdo: de la labor de los iluminadores de manuscritos, su incommensurable labor cultural y su legado inmortal a través del tiempo. Todo muy florido y medieval, como no podía ser de otro modo. En fin, si es lo que ella quiere, no seré yo quien diga lo contrario ni la desilusione.

Miro el móvil.

¿Cómo contesto a eso? Digo, a lo de los idiotas de Glasgow y Edimburgo.

¿Debo dejar ver que ya estoy al tanto de la élite que nos acompañará esta noche?

¿O me hago la tonta y espero a ver qué pasa?

Mejor me hago la tonta, prefiero que sea Brianna quien quede en evidencia, no yo.

Yo te acompañaría, pero sabes que ODIO ese tipo de cenas.

No puedo dar a entender que ya he pactado con mi «suegra» mi asistencia esta noche.

Pero Frankie, ¡no puedes dejarme sola ante la turbamulta! Esta noche NO.

Tengo que hacerme de rogar un poco o mi buena disposición resultará sospechosa. Ella sabe mejor que nadie la alergia que me provoca la *jet set* y sus corrillos de hipocresía.

No tengo ningún vestido elegante, ni sé a dónde ir a buscarlo.

Eso es una verdad como un templo.

Ay, Frankie, no me salgas ahora con esas. Tenemos la misma talla y mi vestidor está a rebosar. Cualquiera de ellos te caerá divino.

De la muerte. Seguro que sí. Bonito y discreto, a ser posible. Todavía me parece estar oyendo a Brianna con su tonito de colegio de pago.

Estamos en verano, Gigi. No puedo enseñar los tatuajes.

Más bien me lo han prohibido, pero eso no puedo decírselo.

¡Déjate de chorradas! ¿Desde cuándo no puedes enseñar los tatuajes? ¿Hay algo que deba saber, Frankie? Hoy no pareces tú. ¿Me he perdido algo mientras estaba dándolo todo en el tribunal?

No sabe lo que se ha perdido. Ni lo sabrá nunca, si depende de mí.

¿Qué hay de raro en que no quiera exhibir los tatuajes? No quiero que se rían de mí.

¿Cuándo fue la última vez que alguien tuvo el atrevimiento de reírse de ti?

Eso me pregunto yo, mira tú por dónde. ¿Cuándo fue la última vez?

No estoy en mi ambiente, Gigi, cariño. Entiéndelo, esa gente... me asusta.

No me lo creo yo y pretendo que se lo crea ella. ¡Ja!

Aquí ha pasado algo y vas a decírmelo antes de que cuente hasta diez. ¡Dispara!

Pero ¿qué quiere que le explique? No estará hablando de mi súper almuerzo con Brianna, ¿verdad?

¿Le habrá dicho algo?

La tanteo con delicadeza:

¿Cómo fue la cena de anoche con tus padres?

No me cambies el tema, Frankie. Conmigo eso no funciona.

No cambio el tema, solo quiero saber cómo fueron las cosas ayer, ¿les hablaste de mí? ¿De nosotras?

Sé perfectamente la respuesta, pero quiero ver por dónde me sale.

Claro que les hablé de ti. De hecho, no hablé de otra cosa en toda la cena. ¡Pobres!

¿Y cómo se lo tomaron?

Qué maravilla esto del WhatsApp, sobre todo porque como no hay webcam, no puede ver mi cara de angustia ni cómo me corre el sudor: a chorros.

A ver... Mmm, no te voy a mentir. Pusieron caras raras. Muy, muy raras. Ni siquiera sé si me tomaron en serio o pensaron que desvariaba a causa de los nervios de la última noche, ya sabes. Estaba tan histérica que podría haberles soltado cualquier cosa, incluso haber confesado un asesinato en mitad de una orgía.

Me deja de piedra. Malo es imaginar a Gigi en una orgía; peor aún: matando a alguien. Eso no hay quien se lo trague.

¿Asesinatos? ¿Orgías? ¿No es un poco temprano para que pilles una cogorza? Espérate a la noche, seguro que los idiotas de Glasgow nos dan buenos motivos para ir a beber... y a potar. Y a potar sin haber bebido una gota de alcohol.

Puedo ver a Gigi riéndose de mi estúpido mensaje.

Eso sería digno de ver, pero no podemos montar numeritos, Frankie. Habrá que aguantarlos, ya nos desahogaremos mañana a gusto.

Oh, habrá un mañana. De repente veo arcoíris y unicornios, y nubes rosas, incluso ángeles con alas de plumas multicolores. Y si cierro los ojos casi

puedo ver a Pipi Calzaslargas sonriéndole a la vida.

¡Menudo humor el mío!

Miro el móvil mientras pienso qué respuesta debo dar. El optimismo de Gigi siempre me ha asustado mucho, nunca soy capaz de estar a la altura de sus pensamientos ultra positivos.

Como no sé qué contestar, y lo que se me pasa por la cabeza prefiero reservármelo para mí, guardo el móvil y decido ir directamente a Pinkston Drive y acabar con todo este asunto de una buena vez. Siempre he sido de las que piensan que los malos tragos, cuanto antes pasen, mucho mejor.

Voy andando, el aire fresco de Glasgow me despeja la mente; es verano, todavía puedo ir en manga cortas.

Todavía puedo lucir los tatuajes.

No me apetece ir de compras, será más divertido ponerme uno de los modelitos de Gigi, escogido exclusivamente por ella para esta noche.

Además, su criterio en estilismo es mucho más fiable que el mío.

Saco el móvil del bolsillo y consulto en Google Maps la localización de la casa... o casoplón donde viven los MacFarland.

Imagino que me recibirá la gente del servicio antes que nadie.

Por un momento se me pasa por la cabeza la posibilidad —bastante estúpida, por cierto— de que me echen a la calle nada más verme.

Y eso que voy en un plan finolis que no me reconozco ni yo.

Me duelen los pies con estas dichosas sandalias.

Y la mansión queda lejos, demasiado como para continuar a pie.

Y no aparece ni un puto taxi.

Solo me falta llegar tarde y darle la razón a Brianna, quien me sonreirá de ese modo tan falso mientras finge lamentar que me haya «perdido» por las calles de Glasgow.

Cinco minutos, diez.

Aparece un bendito taxi.

Lo llamo con aspavientos de loca.

El conductor me mira de reojo; no sabe bien si parar o continuar adelante. Una de mis miradas irresistibles, como las llama Gigi, le hace apiadarse de mí y se detiene. Abro la puerta y me meto dentro. Suspiro. Sonrío. Le doy la dirección que tantas veces me ha chivado Georgia. Y menos mal, porque a Brianna no se le ocurrió decirme, en nuestra *amable* y *coloquial* charla, dónde demonios quedaba su magnífica residencia.

Si lo pienso bien, creo que espera que me pierda, que no llegue a tiempo a

la cena. O mejor: que no aparezca jamás por Pinkston Drive.

Pues se va a llevar un chasco de los gordos.

Y eso que me dijo que me conocía. A mí. ¿En serio?

Miro por la ventanilla mientras trato de imaginarme vestida como una pija; el taxista me mira de reojo a través del retrovisor. Mejor no hablo; la gente que habla sola no inspira confianza.

Me miro las manos, odio que me tiemblen. Odio tener miedo. Pero, joder, la situación me supera.

La habré imaginado un millón de veces desde que Gigi y yo empezamos a tontear. Sabía que tarde o temprano tendría que franquear el umbral de su mansión, introducirme en su (rancio) ambiente y codearme con sus (estúpidos) parientes.

Pero imaginarlo es una cosa, y vivirlo, otra bien distinta.

—Señorita, ya hemos llegado.

Joder, a mí no me ha llamado nadie «señorita» en mi vida.

—Frankie, si no te importa, apéame el tratamiento y dime cuánto te debo.

—A usted, Frankie, se lo dejo por cuatro libras.

Enarco las cejas. Tendré que conformarme, sonreír y hacer ver que estoy encantada con su descuento.

—Gracias —le muestro mi mejor sonrisa. No estoy de acuerdo con este atraco a mano armada, pero estoy a punto de abrazar a mi pareja y... Bueno, eso lo compensa todo, ¿no?

Pago y me bajo del coche.

Vale, ya estoy aquí. Y muerta de miedo, por cierto.

Mucho más que el que mostró Gigi cuando asomamos por Gorbals la semana pasada.

Busco el timbre o la campanilla, o cualquier cosa que me sirva para avisar de mi llegada.

La puerta, regia y pesada, intimida al más pintado; dos metros por dos metros de hierro forjado y exquisitamente trabajado; está pensada para acogotar a aquellos que, como yo, se atreven a traspasar los límites de las clases sociales.

Hay un timbre bajo una cámara de vídeo vigilancia.

Lo pulso y trato de que mi cara sea visible y demuestre la justa confianza.

Se oye un ruido; tardo en darme cuenta de que la puerta se está abriendo sin que nadie haya pronunciado una sola palabra.

Pues mira que a lo mejor sí me esperan para cenar. ¡Qué detalle más

agradable!

Cruzo la puerta y camino por un sendero de gravilla perfectamente dispuesta; no hay un solo guijarro fuera de sitio. Qué delicadeza, qué perfección, cuánta meticulosidad. Casi me da grima.

Tardo como diez minutos en llegar a la puerta de la casa propiamente dicha.

Los tacones de las sandalias me matan.

Quiero aullar de dolor, pero este no es el momento ni el lugar.

Enseguida un mayordomo atildado me dirigirá con malos modos a las dependencias del servicio, creyéndose vete a saber qué.

Mientras imagino lo que puede llegar a decirme se abre la puerta y lo veo delante de mí.

—Me mira. Voy bien vestida, tal cual me ha visto mi «suegra» en el almuerzo del mediodía, pero los tatuajes se intuyen sin querer bajo la ropa.

Él parece no reparar en ello.

—Señorita Donahue, bienvenida. Sígame, por favor, las señoras la están esperando en el salón de té.

Oh, claro, «salón de té», ¡cómo no!

Casi siento el impulso de mirar alrededor, por si veo a una institutriz o ama de llaves, ¡tiene que haber un ama de llaves en un sitio así!

Miro a todas partes, y en cada rincón, en cada palmo de esta casa, hay un objeto obscenamente caro que puede romperse si te acercas demasiado a él.

Miro al frente.

El mayordomo abre una puerta y se hace a un lado, dejándome pasar.

Qué elegancia, qué donaire, cuánto protocolo.

Espero ver a Georgia, pero no está.

Y es que el mayordomo se refería a las «señoras», y Gigi, por lo visto, todavía es una señorita soltera, ¡claro! De ahí que el tratamiento no vaya con ella.

—Querida Frances, bienvenida a nuestro hogar —la voz de pito de Brianna casi me chirría en el oído. A su lado, una señora de unos setenta u ochenta años, aguarda sentada en el sofá. Me mira y una chispa de diversión ilumina sus ojos azules.

Me mide y evalúa con la mirada. No parece enojada, ya digo, más bien divertida.

Debo de resultarle de lo más pintoresco.

—Madre, le presento a Frances Donahue, la... pareja de Georgia.

Brianna me señala con un dedo, con disimulo, con cierto reparo, con... ¿temor?

—Bueno, querida, esto tenía que pasar tarde o temprano —le recuerda, quitándole importancia al asunto—. Recuerda el revuelo que armó el hijo de los Longbottom cuando presentó a su «pareja» en sociedad. Todo el mundo se escandalizó, o lo fingió estupendamente, y mira que ellos eran artistas de teatro... Y esa gente, bueno, ya sabes cómo son; no se puede esperar mucho de ellos.

Dios, ¿en serio están hablando como si yo no estuviera presente?

Toso. Muy ruidosamente. Muy al estilo de los bajos fondos.

—Querida, siéntate —me invita Brianna con un ademán—. Georgia bajará enseguida. Ha llegado extenuada y se ha recostado un rato. Ha de estar fresca y hermosa en la cena. Todas las miradas estarán centradas en ella esta noche.

—Te equivocas, hija —la contradice la abuela con una media sonrisa—. Hoy todo el mundo tendrá ojos para esta señorita recién llegada.

Brianna vuelve a mirarme como si yo fuera una atracción de feria.

Unos pasos se acercan y yo respiro aliviada.

Pero no es Georgia, sino un hombre moreno quien entra en el salón y saluda a las señoras con una galantería pasada de moda, sin reparar en mí, como si yo fuera invisible.

—Niall, qué alegría verte después de tanto tiempo —exclama Brianna—. ¡Qué bien te ha sentado Nueva York!

Lo saluda como a un hijo, y la abuela lo trata con idéntico cariño, dándole dos besos en las mejillas.

Después posa sus ojos en mí.

Bonitos ojos, hay que reconocerlo. Grandes y felinos. Llenos de chispa, incluso de magia.

¿Por qué Gigi nunca me ha hablado de este tipo?

Está claro que es un viejo amigo de la familia y, sin embargo, yo no había oído hablar de él.

—¿Dónde está Georgia? —pregunta él, y me da a mí que parece más impaciente que yo misma.

—Descansando —la disculpa su madre—, estos días han sido muy duros para ella.

—Y esta señorita es... —el tal Niall enarca una ceja interrogante, como si no tuviera claro mi papel en la función de esta noche.

Brianna suspira audiblemente. Bufa. Se retuerce las manos. Busca las

palabras que la rehúyen sin remedio.

—Ella es Frances Donahue, una amiga del instituto de Georgia. Por lo visto, su amistad adolescente ha resistido el paso del tiempo.

Se nota en su lenguaje no verbal cuánto lo lamenta.

Niall se echa a reír.

—Ah, vaya, tú eres Frankie. Gigi me habló de ti el verano pasado —me informa—, estaba realmente entusiasmada.

A Brianna eso le ha molestado. Mucho.

Cuando está a punto de replicar con algún comentario mordaz, Gigi entra en el salón y se cuelga del brazo de Niall.

—Sabía que vendrías.

Qué bien, pues ya podría haberme avisado esta tarde por wasap y me hubiera evitado quedar como una imbécil delante de él.

Gigi me mira y sonrío de oreja a oreja.

—¿Ya os han presentado?

—Sí, cariño —provoco al personal—, ya conozco a tu...

—Es un viejo amigo de la familia —dice Gigi, confirmando mi primera hipótesis.

Bueno, con eso puedo lidiar, pienso, y lo de viejo no lo dirá por la edad, desde luego. Parece más joven que nosotras.

—Os robo a Frankie un rato. —Gigi me agarra de la mano y me conduce a la puerta—. Tengo que encontrarle un vestido a la altura para la cena.

Niall nos guiña un ojo.

Aún le tomaré cariño y todo.

Gigi me lleva hasta su dormitorio casi en volandas.

—¡Qué ganas tenía de quedarme a solas contigo!

Gigi me besa, robándome el aliento.

—¿Por qué nunca me has hablado de ese tipo?

No permito que un beso (aunque sea de película) distraiga mi atención.

—¿Tipo? ¿Qué tipo? ¿Te refieres a Niall?

Gigi pone los ojos en blanco y se echa a reír.

—A quién otro si no.

—Oh, Frankie. ¿Estás celosa? ¡Qué tontería! Niall es como un hermano para mí.

Vale, pues el modo en que la ha mirado antes, repasándola de arriba abajo sin disimulo, no ha sido como me mira Ethan a mí.

—Me divierte mucho verte celosa, en serio —Gigi sigue riendo como si

tal cosa.

—¿Él te ve del mismo modo... fraternal?

—Pues claro que sí, tontita, lo último que supe de él es que tenía una medio novia en Nueva York. No sé en qué habrá quedado eso, pero no es ninguna amenaza para ti, ni para nuestra relación.

—No creo que tu madre opine lo mismo —la desanimo—. Lo ha mirado como al yerno del año, el mejor que se pueda tener.

Gigi se pone inesperadamente seria. Me mira a los ojos, meneando la cabeza, me besa. Dulce, suave, con mimo, despacio. Vuelve a mirarme a los ojos y dice:

—Métete una cosa en la cabeza, Frankie: ahora tú y yo somos pareja —es lo más parecido a una declaración de amor que haya escuchado nunca—. O voy contigo hasta el infinito o no me muevo de aquí.

Me quedo sin palabras. Cada día me sorprende de un modo distinto.

—Vamos a liarla parda, lo sabes, ¿verdad?

—Pues sí. Y ya era hora.

—Soy una pésima influencia para ti —le recuerdo, dándole la última oportunidad de echarse atrás.

—Tienes razón, cuando estoy contigo solo quiero hacer cosas perversas y lujuriosas encima de esta cama.

Señala con un gesto de cabeza la cama primorosamente hecha, se ríe, como si nada le importara. Yo no sé si reír o llorar, pregúntamelo mañana, después de la cena.

—Menos cháchara y vamos a ver qué tenemos en el armario para ti.

Abre las puertas. Está abarrotado aunque perfectamente organizado. Todo en su sitio, separado por colores, cada prenda conjuntada, los vestidos a la derecha, los trajes a la izquierda. En la parte superior, dos docenas de jerséis y camisetas escrupulosamente doblados. En la parte inferior, hileras de zapatos y botas de diferentes estilos, predominan el rojo, el negro y el blanco. Algún toque castaño o gris. Todo muy elegante, muy propio de ella. Muy discreto porque Gigi odia llamar la atención.

Saca un par de vestidos de noche.

Es verano y no tienen mangas.

—Gigi, no puedo ponérmelos. Ninguno.

—¿Se puede saber por qué no?

—No puedo enseñar los tatuajes —la aviso.

—¿Quién lo ha dicho?

Brianna, Brianna lo ha dicho.

—Déjate de chorradas, Frankie. —Gigi hace un aspaviento para que me quite las telarañas de la cabeza—. Lo que te define son los *tatoos*. No puedes no enseñarlos. Mi madre ya los ha visto y ha vivido para contarlo. Y a mi padre, lo de la etiqueta, el protocolo y el decoro le da igual. Al contrario, probablemente quiera saber el significado de cada uno de ellos, qué representa para ti, y cuándo te los hiciste. Es muy cotilla cuando quiere.

Me lo creo porque me lo dice ella.

Elijo entre uno de rojo sangre, con escote en pico muy pronunciado, y otro en verde manzana con escote palabra de honor.

Después de mirarlos de arriba abajo, por delante y por detrás, me decanto por este último porque le cae mejor a mi color de pelo rubio natural.

—Anda, pruébate, quiero vértelo puesto.

Parece una chiquilla abriendo regalos, toda ilusionada.

Me lo pruebo a regañadientes, aunque reconozca que es una preciosidad; yo nunca me he puesto nada parecido.

Gigi aúlla cuando me lo ve puesto.

—Uau, Frankie, estás divina. Ya te lo dije yo.

—El vestido no pega con los tatuajes —protesto inútilmente.

—No —reconoce Gigi sin perder la sonrisa—, pero eso lo hace aún más especial, te hace única. Y por eso te quiero tanto. No lo olvides. Pase lo que pase en la cena, no lo olvides.

Coge el móvil y me hace una foto con el vestido puesto.

Va a vestirse. Su vestido es azul noche, largo hasta los pies y con una abertura a la derecha que llega hasta la mitad del muslo. El escote es muy pronunciado y deja ver las innumerables pecas, que la definen tanto como a mí los *tatoos*.

Sonrío. Está espectacular.

Nos hacemos un *selfie*, abrazadas y sacando la lengua como dos colegialas traviesas. Es nuestro momento. Solo nuestro.

En la cena tendremos que comportarnos. Más o menos.

Hablar con todo el mundo y tratar de controlar nuestros naturales impulsos. Las ganas de acariciarnos por debajo del mantel o darnos un beso con lengua o decirnos con la mirada lo que significamos la una para la otra.

Bueno, solo es una cena. Podré sobrevivir.

Nos cogemos de la mano y salimos de la habitación.

Bajamos juntas la escalera.

Nos reciben Brianna y la abuela, cuyo nombre aún no sé, y me da reparo preguntarlo.

Brianna se queda de piedra. Boquea como pez fuera del agua. Luego sonrío... o lo intenta. Este es un trago duro para ella.

La abuela, en cambio, mantiene su expresión de contenido regocijo, como si le hiciera gracia que la nieta le haya salido lesbiana. Como si le gustara la idea de provocar o escandalizar a los comensales que van a reunirse esta noche.

Me guiña el ojo y tengo la certeza de que, de algún modo, sin saber cómo ni por qué, me la he ganado para nuestra causa.

Nos dirigimos al salón de banquetes.

Podría sentirme intimidada, pero voy del brazo de Georgia.

Y esto es lo único que importa esta noche.

8

Somos veinte en torno a la mesa.

Los padres de Gigi se sitúan uno en cada cabecera y, como cabía suponer, a Georgia la sientan al lado de ese tipo, el tal Niall que, sin caerme mal, tampoco me inspira mucha confianza que se diga.

Pero no voy a dejarme llevar por las paranoias. No, no. Voy a ser la perfecta invitada, que sonrío y se comporta como una verdadera dama.

Alguna película he visto y algo recuerdo. Tampoco soy tan lerda.

Cuando estamos todos acomodados, le lanzo una mirada traviesa a mi novia, rápidamente interceptada por mi «suegra», quien me mira con mala cara y me desafía a dar la nota y quedar en evidencia.

¡Cuánto le gustaría poder decir: «ya te lo dije, querida, este no es tu ambiente»!

Pero voy a conseguir que se trague su soberbia y su condescendencia. Más le vale que se vaya acostumbrando a mí.

Gigi habla con Niall como si hiciera siglos que no se ven o como si temieran no volver a encontrarse nunca más.

Bueno, si consigo convencerla de que venga conmigo a Amsterdam, el tal Niall se olvidará de ella tarde o temprano.

No será fácil porque Gigi es de las que, a la chita callando, y casi sin proponérselo, dejan huella.

A mí lado está sentado un señor, con bigote y aires de terrateniente, a quien no tengo el «placer» de conocer todavía. Y me da apuro preguntar y dejar en evidencia que es la primera vez que asisto a un evento así.

Por fortuna, la abuela me salva de un muy probable ridículo.

—Frances, querida, espero que todo esté a tu gusto. Georgia nos insistió mucho con el menú. Quería que hubiera todo lo que más te gusta.

Gigi, al oír su nombre, interrumpe su apasionante charla con Niall y sonrío.

—Le he dicho a Bridget que prepare el salmón con la receta de aquel restaurante parisino que tanto nos gustó hace un par de veranos.

Bridget es la cocinera, deduzco, y sí, aquel restaurante de París me chifló... pero no por la comida, precisamente.

Sonrío de oreja a oreja al recordarlo. Más bien por el postre y por lo que llegó después.

Intento que el recuerdo no me manche las bragas.

Brianna mantiene la mirada fija en mí, como si esperara pillarme en un renuncio de un momento a otro.

Para evitar que la cena derive en una lucha sin cuartel entre mi «suegra» y yo, Nat, el padre de Gigi, interviene y me pregunta si me gusta la ópera o soy más de ballet.

Lo ha dicho con toda la inocencia del mundo, y estoy convencida de que no es una pregunta trampa. Pero sigue siendo letal.

¿Qué decir, cómo admitir que nunca he presenciado ninguno de los dos?

Gigi acude en mi auxilio:

—Papá, no seas antiguo —protesta con su sonrisa de querubín—. Ya nadie va a la ópera ni al ballet. Estamos en dos mil quince, la gente se divierte con otras cosas.

—Oh, sí, maldita tecnología. Está acabando con el romanticismo de nuestra juventud, Bri —se dirige a su mujer en un tono plañidero—. ¿Sabías que estas niñas se conocieron en un chat?

Se refiere a nosotras, y Gigi, amable y paciente como siempre, lo saca de su error.

—Papá, nos conocimos en el instituto. Nos reencontramos en el chat.

—Lo que yo os diga —se dirige ahora a todos en general—, la gente se comunica mal.

—Mal no —lo contradice su hija—, diferente. Más cómodo, más práctico y más rápido.

—Prisas, prisas, prisas —protesta Nat, repentinamente enojado—; todo son prisas. Tu madre y yo hicimos un cortejo a la antigua y no nos fue nada mal.

Mira a Gigi con cierto reproche, pero ella se ríe.

—A mí tampoco me va *nada mal* con Frankie —y con esto quiere desalentar a todos los que ponen en entredicho nuestra relación.

Brianna enarca una ceja y la abuela contiene una sonrisa.

—Yo me muero por estar a solas con Gigi cuando traen el primer plato. No estoy acostumbrada a que me sirvan y no sé cómo colocarme ni qué decir.

Unas clases de etiqueta y eso no me hubieran venido nada mal.

Brianna parece adivinarme el pensamiento y sonrío con malicia.

«A ver cómo sales de esta, tú que te crees tan lista».

Pues no, señora, no me creo *tan lista*, quiero gritarle, pero donde yo vivo la gente es clara y honesta, no hace trampas (excepto Jack) y no pone la zancadilla mientras sonrío solapadamente y espera a que te rompas la crisma.

—Naturalidad —me chiva mi vecino—, la clave está en la naturalidad. Si te equivocas, no pasa nada —me susurra—; todos hemos venido aquí a equivocarnos y aprender —me sonrío—; no le sigas el juego a Brianna, se crece cuando está con gente que ha salido de su zona de confort. Y está claro que este no es tu ambiente.

Me jode que se me note tanto. Me jode que el vestido no haga nada por arreglar esta situación. Pero, ¿qué esperaba, un vestido mágico, como el de Cenicienta?

Ahogo una carcajada.

—¿Nos cuentas el chiste, Frankie? Nosotros también queremos reírnos.

Brianna me recuerda a la señorita Sheridan, del tercer curso; le encantaba humillarme en clase, recordarme de dónde venía y adónde no podría llegar nunca.

Si me viera ahora, se envenenaría con su propia lengua.

—Pensaba que soy como una Cenicienta en este banquete, casi espero oír las campanadas que me devolverán a mis harapos, abrazada a una calabaza que ha dejado de ser carroza.

Todos ríen, incluso Georgia. El ambiente se distiende, y hasta mi «suegra» fuerza una sonrisa.

—Bonito símil —señala Nat—, pero Georgia no es ningún príncipe ni esto es un baile palaciego —me recuerda como si yo pudiera olvidarlo—; solo somos un grupo de amigos y familiares, celebrando con orgullo los éxitos académicos de nuestra única hija.

Si pretendía hacerme sentir mejor, pues..., lo ha conseguido a medias.

Sé que no encajo ahí, que no encajaré en la vida, por mucho que me lo proponga o me esfuerce, y ni siquiera sé si quiero esforzarme.

El amor no debería suponer ningún esfuerzo, para ninguna de las dos partes.

De reojo veo cómo Gigi y Niall han retomado su charla.

Y me siento inesperada y furiosamente celosa.

Me como los celos junto con el consomé, y bebo un largo trago de agua de mi copa, tras la que escondo mi mala leche.

No debo permitir que Brianna me vea alterada o, peor aún, indefensa.

Niall me mira con simpatía. Yo lo miro con manifiesta aversión.

No me gusta verlo hablar o más bien coquetear descaradamente con Gigi.

No me gusta ni pizca que sea tan apuesto, y no me creo que ella sea inmune a sus encantos.

Le susurra qué-sé-yo a la oreja ante mi mirada atónita y la más complaciente de Brianna.

Cree que se está saliendo con la suya.

Cree que Niall puede ocupar mi lugar apenas sin pestañear.

Presumiblemente, tendría que haber más hombres guapos y disponibles en esta cena, pero solo aparece él.

Tampoco hacen falta más, la verdad. Solo este ya consigue ponerme de los putos nervios.

Mi vecino también me mira con simpatía. Y empatía, porque enseguida ve que no quiero entablar conversaciones triviales con nadie; lo único que quiero es largarme de aquí, a ser posible acompañada de mi novia.

—Gigi, cariño —llamo su atención con un tono casi demasiado estridente para mi gusto y para el de los demás—, ¿cuándo va a llegar el salmón ese del que me hablaste antes?

Todos se echan a reír.

De repente visualizo, como ellos, un salmón recién sacado del río, uno que todavía colea al aire, como si lo hubieran pescado unos *boy scouts* y se dispusieran a asarlo en una improvisada y rústica barbacoa.

Mientras quedo en ridículo delante de todos los comensales, una doncella trae una bandeja en la que se dispone a colocar los platos vacíos del consomé. Yo apenas he tocado el mío, pero comer como un pajarito es sinónimo de buenos modales, ¿o no?

Minutos después tengo la oportunidad de catar el dichoso salmón, pero me sabe a cuerno quemado y me dan ganas de escupirlo solo por ver las caras de todos.

Me contengo. Por Gigi. Solo por ella.

Jugueteo con el salmón, los guisantes caramelizados, las patatas liliputienses y algo verde a lo que no puedo ponerle nombre.

—Rúcula —me chiva mi vecino de nuevo, con una sonrisa cómplice. Ahora que me lo miro bien, se da un aire a Bradley Cooper. Me dan ganas de ponerme a coquetear con él, pero cuento hasta diez y decido dejarlo tranquilo. Quién sabe si tiene familia numerosa en algún sitio no muy lejos de aquí. Que

haya venido solo no significa nada.

Podría preguntarle, ser cotilla o simplemente amable, pero no me sale.

Noto mis nervios a flor de piel, noto que me voy encendiendo sin remedio, si no salgo a respirar aire puro, la voy a armar y va a ser peor.

—Si me disculpan, saldré a tomar un poco de aire. Me siento mareada.

Todos fijan sus ojos en mí; no sé si me creen o sencillamente les importa un ardite a dónde vaya. Como si no vuelvo. Como si desaparezco y me voy al país de Nunca Jamás.

Solo Gigi me mira con preocupación.

Lo mismo se ha tragado el cuento.

Me levanto y me dirijo a la terraza.

Julio, calor, luna llena; tengo el estómago revuelto y no he bebido ni un trago de alcohol.

Salgo al aire libre.

Respiro hondo.

Me sereno.

Cuento hasta diez y contengo un grito de pura histeria.

Odio este tipo de situaciones, odio todo lo que me haga sentir mal, pequeña, indefensa, vulnerable y estúpida.

Sobre todo estúpida.

Una mano sobre mi hombro.

Un beso en mi mejilla.

No necesito volver la cabeza para saber que está a mi lado, su aliento y su perfume la delatan.

—No pensé que te fuera a caer tan mal.

No sé de qué me habla.

—Llevábamos mucho tiempo sin vernos —Gigi se disculpa—, solo queríamos ponernos al día; no ponerte celosa, ni tampoco en ridículo.

Todo me suena a falso sin saber por qué.

—No necesitas disculparte, menos conmigo —replico aún con mal humor—. Puedes hacer lo que quieras, estás en tu casa.

—Estamos en *nuestra* casa. Tú y yo, Frankie. Pero necesito saber que puedo contar contigo, que vas a estar ahí para mí. Que no vas a ponerte celosa ni a la defensiva cada vez que me veas hablando con gente de mi entorno, de cualquier sexo o edad.

De repente me siento estúpida.

Yo y mis pajas mentales.

Yo y mis paranoias.

Yo y mi maldita mentalidad de barrio marginal.

Y ella, que me quiere por encima de todo, dándome la mano, diciéndome que nada va a cambiar entre nosotras.

Y quiero creerla. Pero no puedo.

El abismo es demasiado grande. Nos atraemos por un rato, lo que dura un coqueteo, unos besos, un revolcón entre las sábanas. Pero cuando llega el día siguiente, y llega, siempre llega, nos topamos (yo me topo) con la cruda realidad.

—Si te rindes ahora, no eres la Frankie de la que me enamoré —me reprocha—. Te dije que no sería fácil, que no nos extenderían la alfombra roja, que no nos recibirían con los brazos abiertos, no como pareja —me recuerda acto seguido—; pero también te dije que, a tu lado, todo valdría la pena. Pero no te veo con ganas de luchar.

—No es eso, Gigi. No es que no quiera luchar... —protesto débilmente.

—¿Cuál es el problema, entonces?

—Este no es mi sitio. Ya lo has visto, no sé de ópera, ni de ballet, ni cómo se manejan los cubiertos. Ni siquiera sabía qué coño es la rúcula.

—¿Y a quién le importa eso?

—A tu madre.

—Que le den a mi madre —me aprieta el brazo en señal de solidaridad—. En serio, Frankie. Ya te lo dije: no es más que una niña malcriada. No voy a seguirle el juego. Niall me ha dicho que ha intentado convencerlo para que me seduzca. ¿Te lo puedes creer?

Gigi se ríe con esa risa cantarina tan suya, tan especial, tan querida.

—Pues ahí lo tienes: el mejor partido de todo Glasgow, no dejes que se te escape.

Me mira con gesto serio, calibrando hasta qué punto le estoy vacilando o realmente creo que hace mejor pareja con él que conmigo.

Se da media vuelta y entra en el salón, dejándome a solas.

No es un castigo, no lo siento como tal. Aunque su actitud dice a las claras que ella está molesta y yo necesito pensarme las cosas con calma.

Mientras Niall la seduce por orden de la señora de la casa.

O no.

No me ha dicho si a él se le veía dispuesto, o si todo le parecía una broma de mal gusto.

De entrada, no parece el tipo de hombre que se deja engatusar o comprar

o sobornar. Pero Brianna puede ser muy persuasiva, y sabe Dios que pone ganas y empeño en separarnos.

Y otra Frankie, más joven y rebelde, no se lo hubiera permitido ni de coña.

Pero esta Frankie, esta que ya ha sobrepasado la treintena, esta quiere vivir tranquila y sin sobresaltos; sin tener que mirar por encima del hombro constantemente, viendo ofensas y puñales imaginarios.

Sabiendo que sobra en las reuniones y en los picnics, y en los bailes, y en las noches de ópera y ballet ruso.

Es el único que conozco, lo siento.

Temiendo que en cualquier momento, cualquier Niall con otro nombre y otra cara, pueda dejarse engatusar y decida seducir a una Gigi que, bueno, tiene su carácter, claro, pero... no quiere disgustar a nadie. Mucho menos a sus padres. Y aunque me jure que no le importa lo que piensen o digan los demás, yo sé que al cabo estas cosas terminan jodiendo hasta la mejor de las relaciones.

Quizá necesitemos un tiempo.

Y un poco de distancia.

Aunque largarme de aquí ahora mismo apesta a derrota. Y me gustan muy poco las derrotas.

Gigi no aparece ni en cinco ni en diez minutos.

Y yo empiezo a preocuparme en serio.

Porque la veo con mucha, demasiada, determinación.

Y eso me asusta porque no sé cómo demonios gestionar esto.

El silencio es mi cómplice, pero a mí los silencios nunca me han gustado; en mi vida representaban la calma que precede a la tempestad.

Aquí suponen un interludio incómodo donde nadie se atreve a meter baza.

Si vuelvo adentro, será como admitir que he dado mi brazo a torcer y estoy dispuesta a seguirles el juego.

Si me largo, pensarán que me he rendido, que toda esta pantomima me ha superado. Que no estoy hecha para estos saraos ni estos ambientes.

Dudo, dudo, dudo.

Yo, que siempre lo he tenido todo claro, que siempre he sabido cómo actuar; yo, que siempre tenía la última palabra en todo, y nunca, nadie, me chistaba.

Yo estoy hundida hasta el cuello en un mar de dudas.

Porque ninguna solución me parece ideal. Y quedarme quieta y callada va

contra mi naturaleza.

Unos pasos se acercan. Temo que Brianna venga a restregarme por la cara mi ridículo en la mesa.

Temo mi reacción, a veces es incontrolable. Sobre todo ante gente que me enciende la sangre.

Pero es Niall. Reconozco su perfil a pesar de la oscuridad.

—¿Molesto?

Me encojo de hombros.

—Lo tomaré por un «no» —se sienta a mi lado en el banco de piedra—. Me gustas. Y sí, es verdad, han intentado «sobornarme» para que seduzca a Georgia. Pero, ¡por Dios, es como una hermana para mí!

—La endogamia está muy bien vista en vuestros círculos.

—La endogamia tal vez, no el incesto.

—Pero no eres su hermano. No os une ningún lazo de sangre, que yo sepa.

—No, no somos hermanos. Pero nos hemos criado como si lo fuéramos. Y seamos sinceros: adoro a Gigi, pero no es mi tipo. No me pone nada.

Lo miro como si fuera un alienígena. Eso es imposible. Gigi es... escandalosamente guapa.

Me da la razón cuando se lo expongo, pero señala, con una sonrisa pícaro, que a él le gusta otro tipo de mujer.

—No me irás a decir que te gusto más yo.

Sonríe con picardía.

—Si no fueras quien eres, y dejando aparte tus preferencias en cuestión de género, digamos que lo hubiera intentado.

—Ayyy, Brianna se equivocó de chica.

—Mejor que no se lo digamos. El mal humor de Brianna es una leyenda en Glasgow, y en Edimburgo. Y diría que llega hasta los Hamptons, en Nueva York.

No sé por qué debería extrañarme que esta gente tenga dónde poner el culo, también en Nueva York.

—Tranquilo, no pensaba decírselo. Si pudiera pasarme el resto de mi vida sin dirigirle la palabra, sería una experiencia de lo más satisfactorio.

—Si finalmente decides darle otra oportunidad a Gigi, tendrás que lidiar con Bri y Nat. No te toca otra.

—¿Otra oportunidad? Yo no tengo que darle «otra» oportunidad. Nunca he dicho que fuera a romper con ella.

—Pues entonces habré entendido mal, porque Gigi me ha dicho que habéis

roto la relación.

Lo miro de hito en hito.

No puede estar hablando en serio.

Yo no he hablado de ruptura en ningún momento.

Me levanto y me dirijo, casi corriendo, al interior de la casa.

No veo a Georgia por ningún lado.

Brianna me mira, sonrío satisfecha, y empieza a hablar con su madre. No sé qué de una fiesta en no sé dónde.

Mis ojos recorren despavoridos la sala; hay gente reunida en corrillos, y mi vecino está hablando con otro señor, al que no recuerdo haber visto en la cena. Pero qué más da. Toda esta gente es como figurines en un escaparate. Y la única persona que en realidad importa no aparece.

Intento recordar dónde estaba su dormitorio.

Pero la inmensidad de lo que me rodea me apabulla y bloquea.

Decido ir en busca del mayordomo.

Pero no recuerdo su nombre, y apostaría mi sueldo de un mes a que nadie se ha molestado en decírmelo.

Lo localizo finalmente en un rincón, dando instrucciones a una de las doncellas.

Me acerco con inusitada timidez.

—Disculpe, el dormitorio de Georgia... —dejo la frase en suspense, animándolo a terminarla en mi lugar.

—La segunda planta, a la derecha, al final del pasillo. ¿Quiere que la acompañe?

Estoy por decirle que sí, pero fiel a mi temperamento decido buscarlo por mi cuenta.

Tardo unos diez minutos en dar con él.

Acerco mi rostro a la puerta y aplico la oreja con ánimo curioso, pero no oigo nada.

Permanezco unos segundos así hasta que una mano en mi hombro me hace pegar un salto.

—Pierdes el tiempo, niña —la abuela, que se mueve por todos lados sin ayuda y con una agilidad sobresaliente para su edad, me mira con ojo atento y añade—: Georgia está abajo, con los demás invitados. No tiene ganas de discutir y sí de celebrar. Pensé que habías venido a celebrar con ella.

Sí, yo también lo pensaba. Pero, por alguna razón, mis paranoias han estado a punto de ganarme la partida.

—Tiene razón, hoy es un día para celebrar.

La tomo del brazo y bajamos juntas a reunirnos con la familia y el resto de invitados.

Brianna nos ve llegar. Hace un mohín pero no se acerca a nosotras.

He de reconocer que al lado de la abuela de Gigi me siento a salvo del veneno de su madre.

Miro alrededor.

Gigi ha vuelto al lado de Niall, pero verlos juntos ya no me da (tanto) miedo.

Me relajo, esbozo una sonrisa, y me encamino hacia ellos con paso decidido, después de dejar a la abuela hablando con mi antiguo compañero de mesa.

—¿Interrumpo?

Los dos me miran y sonrían.

—Frankie, tú nunca interrumpes. ¿Ya se te ha pasado el berrinche?

Debería enojarme porque Gigi parece mi madre regañándome como cuando era pequeña.

—Sí, ya se me ha pasado la rabieta. Tranquila. Prometo no volver a montar ningún otro pollo en lo que nos queda de noche.

Georgia suspira y me besa. Si no la conociera, diría que ese beso suyo suena a premio de consolación.

Como la conozco, sé que es una declaración de intenciones en toda regla.

Todos nos miran.

Yo bizqueo. Me muero por ver la cara de Brianna, pero la melena pelirroja de Gigi no me lo permite. Tampoco importa porque incluso alguien con tan poca imaginación como yo, puede deducir lo que pasa por la cabeza de mi «suegra» ahora mismo.

Y ya te digo que no es agradable.

Desde luego, ni la mitad de agradable que el beso de Gigi.

9

Domingo, 19 de julio

Hola, hola.

Qué hago yo aquí, te preguntarás.

Pues, esto... Mmm... Se acerca el final, ¿no lo hueles?

Esta historia está a punto de acabar, necesita un final que le haga justicia.

Y tú y yo sabemos que a Frankie no se le dan nada bien los finales felices; que no es lo suyo, vamos.

Y por eso ha delegado en mí.

Sabe que a mí me encantan los finales felices, los cuentos de hadas y las fantasías animadas. Sabe que le pondré la mejor guinda a este pastel.

Y no va a ser lo que se dice coser y cantar, no te creas.

La cena de anoche estuvo regular; a mi madre le encanta fanfarronear y meterle miedo a la gente. Frankie se lo puso en bandeja de plata y ella aprovechó la ocasión y se despachó a gusto. Le hizo creer a la pobre que había cola esperando por mis favores, cuando en realidad siempre he sido «el patito feo» entre los hijos de los amigos de mis padres. Y estos ya me habían colocado la etiqueta de «solterona» antes de conocer la existencia de Frankie.

En cuanto la conocieron, desearon que de veras me hubiera quedado soltera de por vida.

Mi padre disimuló más que mi madre, pero se veía a las claras que Frances no era lo que habían esperado. La única que parecía estar encantada con nuestra extravagante relación era mi abuela. La madre de mi padre, que de jovencita ya escandalizó a media ciudad casándose con un director de arte y ensayo.

A mi abuela le encantan los escándalos, los rumores y la chismografía más amarilla que se pueda leer. La divierte, tanto como saber que a su única nieta le gustan las mujeres.

Es la pesadilla de mi madre, quien la ha tolerado mal que bien todos estos años para asegurarse la jugosa herencia.

Yo no sé si a mí me gustan las mujeres, en plural, porque solo he estado con Frankie y, entre tú y yo, no imagino otra compañía.

Mi madre tenía la extraña ilusión de que Niall y yo fuéramos pareja, pero eso es imposible porque, bueno, no hay química. Ni para atrás. Y nos queremos demasiado para confundir al otro con vanas esperanzas.

Nos despedimos con un beso y lo invité a visitarnos en Amsterdam, donde muy probablemente yo acabe compartiendo piso (y todo lo demás) con la rubia más sexy y ácida de toda Holanda.

Pero no me quejo, no; ¡de qué voy a quejarme yo!

Ahora mismo estamos en Edimburgo, en una habitación doble y escandalosamente cara en Princes Street.

Nos fugamos como un par de ladronas, protegidas por la oscuridad y la complicidad de mi abuela y Charles, el mayordomo, que es como otro padre para mí. No nos despedimos de nadie porque a las dos nos pareció más romántica esa huida desesperada en mitad de la noche.

Y así llevamos diez días de luna de miel.

Anoche estuvimos con su hermano en el club que regenta.

Por lo visto, sus días como boxeador le dejaron unas suculentas ganancias que ha sabido invertir con buen tino.

Frankie apenas da crédito porque, según ella, es un bala perdida y demasiado parecido al difunto Jack.

De él no habla nunca, por supuesto, y yo tampoco saco el tema para no ponerla de mal humor. Ya habrá tiempo de expulsar los demonios y hacer terapia cuando estemos en Amsterdam.

Estos días son solo nuestros.

Para amarnos y reencontrar Edimburgo, una ciudad que llevaba años sin visitar.

Vine con mis padres cuando era adolescente, pero me pareció demasiado sobria y tristonca, alargada y gris.

Sin chispa ni glamour.

Sí, a esa edad el glamour lo era todo para mí.

Cómo acabé del brazo de Frances Donahue es un auténtico misterio digno de Agatha Christie, la reina del crimen.

Pero sospecho que la clave reside en la habilidad de Frankie para hacerme reír.

Y para hacerme gozar. Sí, vale, no vamos a negarlo cuando ya estamos tan cerquita del final de la historia.

Aquí donde me ves, yo soy una mujer fogosa a la que le gusta que le hagan gritar en la cama.

Y Frankie me hace gritar mucho. Mucho.

Se acerca, me abraza, me besa.

Habla de ir a comer a un restaurante que le recomendó Ethan anoche, uno que lleva una antigua ex.

—¿Desde cuándo haces caso de los consejos de tu hermano?

—Siempre hay una primera vez. Anoche lo vi muy centrado, muy maduro; casi no parecía él.

—¿Estás dispuesta a enterrar el hacha de guerra?

—No seas exagerada. Vale que nunca he confiado mucho en él —admite Frankie—, pero de pequeños éramos uña y carne. Y lo pasábamos de muerte haciendo rabiar al viejo.

Como todos los críos, supuse no sin cierta envidia, porque yo nunca he sabido lo que es un hermano.

—¿Crees que me adoptará como hermana postiza? —le sugiero mientras le doy un mordisquito en la oreja.

Frankie se ríe.

—No lo digas muy alto, Ethan se quedó bizco contigo. No sé yo si es buena idea que se arrime mucho a nosotras.

La acompaño en sus carcajadas.

Te lo dije: no hay nada que me haga más feliz que ver a Frankie reír.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a todas las personas que día a día, continuamente y sin descanso, trabajan para visibilizar y legitimar las relaciones LGTBI, a todos lo que, como yo, creen que el Amor no tiene género, y son capaces de expresarlo negro sobre blanco, allá donde se encuentren.

En los últimos tiempos da la sensación de que hay lesbianas «hasta en la sopa». Todo el mundo habla del tema, a veces con pleno conocimiento de causa, y otras muchas sin saber, al tun-tun, porque sí, porque «el rollo lésbico está de moda».

Esta historia nació en 2015 cuando empezaba a hablarse del tema con relativa libertad, pero sin el eco social que tenemos ahora. Agradezco a todos los que me han abierto (un poco más) el camino, a los que están dispuestos a probar con romances diferentes, no apoyados por el heteropatriarcado y condenados en muchos países del mundo.

Gracias a ti, lector, por darles una oportunidad a Frances y Georgia, porque todavía, en 2019, la necesitan; necesitan tu apoyo y que rompas una lanza a su favor.

Gracias a Nieves, siempre mi hada madrina, a todos los lectores que se han acercado a mí durante 2018 y han decidido acompañarme en la aventura de la literatura. Gracias a los que siempre habéis estado ahí para mí.

Y a ti, que tienes este pequeño romance en tu Kindle, gracias una vez más por confiar en mí.